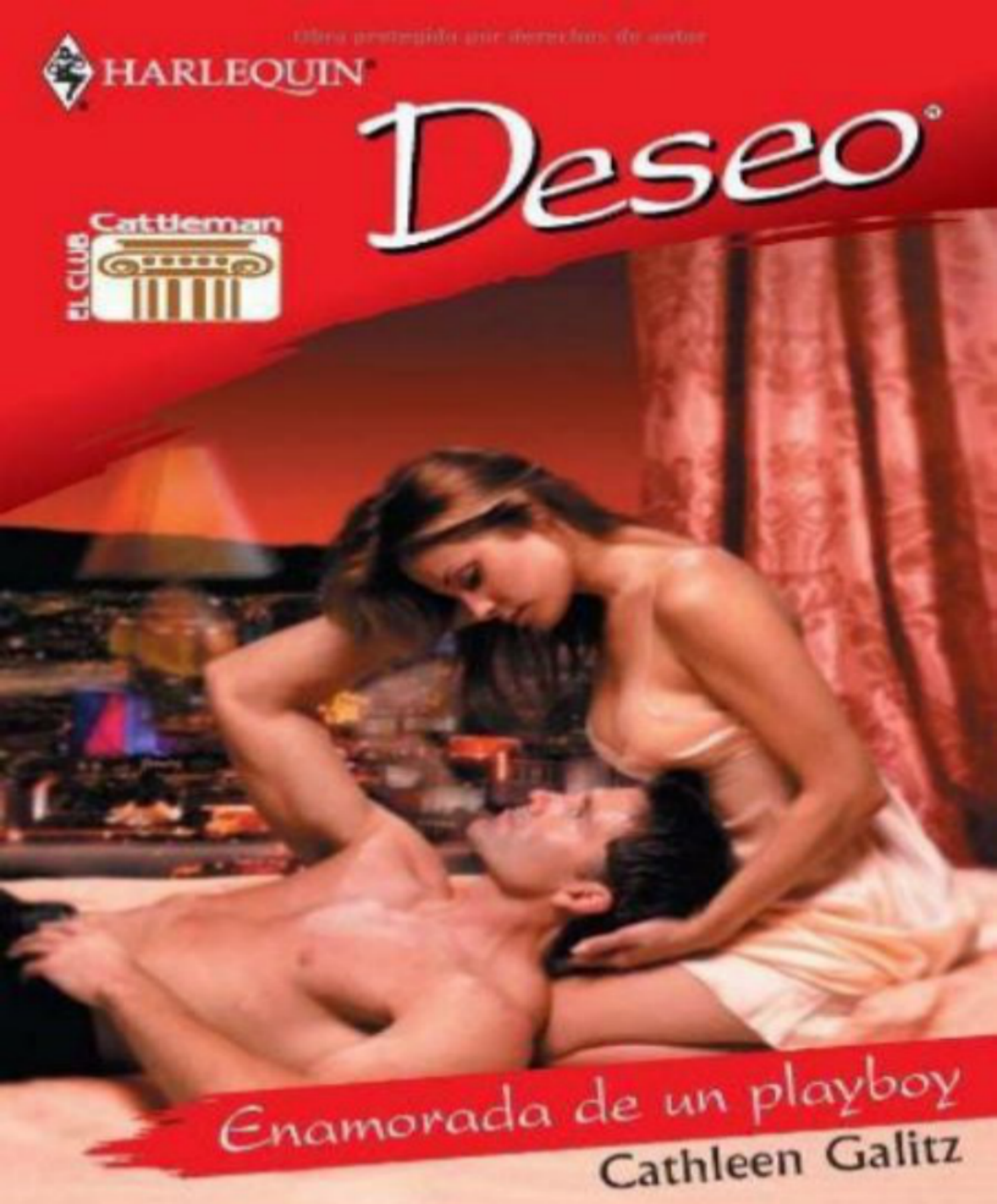
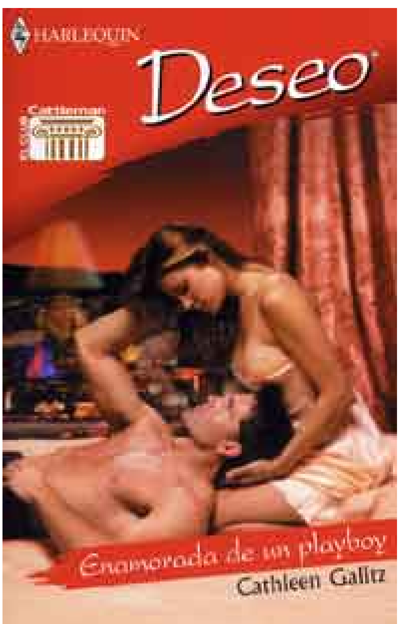

Obra protegida por derechos de autor
HARLEQUIN
Deseo
EL CLUB Cattleman
Enamorada de un playboy
Cathleen Galitz
Obra protegida por derechos de autor

ENAMORADA DE UN PLAYBOY

Cathleen Galitz



Serie multiautor: El Club Cattleman 5
Título Original: Pretending with the playboy
Colección: Deseo 1463 – 28.6.06
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Alexander Kent y Stephanie Firth
Argumento:
¿Qué pasaría cuando ella dejara a un lado todas sus inhibiciones?
Alexander Kent necesitaba una mujer que se hiciera pasar por su esposa para ayudar al Club Cattleman. El afamado playboy tenía ciertas reticencias a que alguien se hiciera pasar por su esposa, aunque fuera de manera temporal. Lo cual hacía que la profesora de teatro, Stephanie Firth, fuera la ideal para la misión, pues era una mujer normal y corriente que no pretendía nada con él. Pero, por muy corriente que fuera, Alex no tardó en darse cuenta de que se sentía atraído por ella y, en cuanto le puso la alianza en el dedo, sintió el deseo irrefrenable de demostrarle lo seductor que podía llegar a ser…

Prólogo

-Lo siento, chicos. No puedo hacerlo -informó Alexander a los miembros del prestigioso Club de Ganado de Texas.

Pero, sin embargo, su voz no parecía indicar el menor arrepentimiento al rechazar el honor de llevar a cabo la misión que le habían encomendado. Las primeras protestas no tardaron en escucharse desde el fondo del salón que les servía como sala de reuniones. Clint Andover, uno de los miembros que había contraído matrimonio recientemente, tuvo el valor de decir en voz alta aquello que todo el mundo estaba pensando.

-¿Y por qué diablos no?

Alex examinó la taza de porcelana en que estaba bebiendo su café irlandés. El emblema del club estaba minuciosamente grabado en oro sobre la porcelana. Su significado iba mucho más allá de lo que cualquier persona ajena al club podría entender.

Aquel club formado por un montón de chicos buenos no era más que la fachada de una organización de ex militares dedicados a salvar vidas inocentes y garantizar el cumplimiento de la justicia. Mientras su generosidad hacia las organizaciones benéficas era de sobra conocida, eran sus operaciones secretas las que realmente testificaban la integridad de sus miembros y el éxito de sus misiones.

Alex se tomó su tiempo para contestar. Su mirada deambuló por la habitación observando las diferentes piezas de animales que decoraban las paredes. De repente, sintió cierta empatía hacia el león disecado que tenía frente a él.

Alex imaginaba que la pobre bestia sabía que sus amigos le propondrían que contrajera matrimonio como parte de un elaborado plan que habían tramado a su favor.

Encima de una de las arañas que proyectaban luces de colores a toda la sala, estaba la placa que recordaba el lema del club. Alex tenía grabadas aquellas palabras en su corazón como si lo estuvieran en un pedazo de madera.

Liderazgo, justicia y paz.

Pero no era falta de valor lo que le impedía a Alex aceptar la última misión del club cuyo objetivo era desarticular una red de criminales dedicada a la adopción ilegal.

El escándalo saltó a la luz el fatídico día en que Natalie Pérez irrumpió en esa consabida fortaleza con el bebé de Travis Whelan en brazos. Reconstruir sus recuerdos no había sido fácil ni seguro para quienes habían decidido ayudarla. Y frustrar un plan valorado en medio millón de dólares había resultado para sus autores mucho más peligroso de lo que ninguno de ellos podría haber llegado a pensar.

El hecho de que Natalie, Travis y su bebé estuvieran actualmente fuera de peligro no ponía fin a la intervención de los

miembros del club de ganado en este complicado caso. Motivados por su compromiso hacia la justicia, los miembros habían acordado elegir a alguien para que, de incógnito, se infiltrara en la banda criminal y llevara a cabo una investigación que les permitiera diseñar un plan para poner fin a la red ilegal de adopción. Debido a su previa experiencia en el FBI, Alex era el mejor candidato para llevar a cabo esa tarea. Con treinta y cinco años, soltero y económicamente independiente no parecía existir obligación laboral o familiar alguna que le impidiera aceptar.

-Esperamos ansiosos tu respuesta -dijo Ryans Evans lacónicamente.

Alex sonrió de mala gana a quien, en su día, había sido una estrella de los rodeos.

-Me honra que hayáis depositado vuestra fe en mí, pero hay un problema que, parece, todos habéis pasado por alto.

Alex dudó. Tenía la intención de hacer algún comentario burlón al respecto, algo que pudiera convencer a sus colegas y pudiera sacarle de ese aprieto, pero necesitaba hablar claro. Alexander Kent no podía mentir a los que, para él, llenaban aquella habitación y sentía como hermanos. Así que, tomando aire, se preparó para ser el blanco de las burlas.

Mientras Alex exponía sus razones, el hastío podía verse reflejado en sus verdes ojos.

-Para desempeñar el papel de marido dentro del plan que habéis urdido, necesitaré una esposa adecuada. Y la verdad es que no conozco a ninguna fémina que esté dispuesta a prestarse a ello por mucho que se trate de una buena causa.

La sala se llenó de risas ante aquel comentario. Nadie se creía que uno de los playboys más famosos del lugar no pudiera engatusar a ninguna hembra para que se hiciera pasar por su mujer.

-¿Qué ha pasado con la gloriosa Gloria? -preguntó alguien desde el fondo de la sala.

-Ya no me habla -explicó Alex, refiriéndose a la supermodelo con la que había cortado recientemente tras haberse negado a abordar el tema del matrimonio-. Como, me temo, el resto de las mujeres que engrosan mi agenda.

Sus bellas amigas nunca habían sido capaces de aliviar la soledad que había sufrido en silencio como herencia de un padre rico que se había dejado llevar por un gran número de codiciosas madrastras. Siendo aún muy pequeño, aquellas mujeres le habían enseñado a Alex a apreciar el valor de la soltería. Gloria Vuu había sido la última en la larga lista de mujeres que, en vano, habían intentado que Alex se comprometiera. Su dramática separación había terminado con la ruptura de un florero de porcelana contra la pared.

-De todos modos ella no nos hubiera servido para nuestros

propósitos -añadió otra voz conocida-. Nadie en su sano juicio creería que alguien como Gloria está desesperada por tener que lidiar con bebés y pañales sucios.

Haciendo gala de su habitual aplomo, Ryan Evans fue capaz de silenciar la sala con tan sólo aclararse la garganta.

-¿Es esto todo lo que te impide aceptar la misión? -le preguntó a Alex, examinándolo con una mirada inquisitiva.

«¡Como si eso no fuera bastante!».

Alex asintió. Sólo porque sus compañeros estuvieran cayendo como moscas en las redes del matrimonio no creía justo que, de repente, eso les hiciera considerarse expertos en la materia.

-Si ése es el caso, yo ya me he ocupado de eso, amigo -dijo Ryan con gran desparpajo.

La sonrisa de su colega preocupó a Alex.

Como si temiera ser interrumpido, Ryan continuó de inmediato.

-Dado que ninguna de las mujeres con las que sales habitualmente te proporcionaría una coartada fiable, me he tomado la libertad de preguntarle a Carrie si conocía a alguien que pudiera ser válida para desempeñar el papel. Y resulta que tiene una amiga que podría ser la esposa perfecta para ti.

Alex estuvo a punto de preguntarle qué quería decir con eso, pero, entonces, Travis interrumpió al que pronto sería su cuñado.

-Si mi hermanita ha dado el visto bueno, para mí es más que suficiente.

La expresión de su cara impidió que nadie se atreviera a contradecir su comentario. Dado que Carrie había estado anteriormente unida sentimentalmente al doctor sospechoso de encabezar aquella vil trama a pesar de que luego se volviera contra ella para llevar a cabo una diabólica venganza, no había necesidad de darle instrucciones acerca de la confidencialidad relacionada con su plan. Siendo Travis y Ryan quienes aprobaran la elección de la misteriosa mujer que Carne había elegido para ser su esposa, nadie vio la necesidad de discutir. Alex tenía curiosidad por saber quién era la mujer de quien Ry pensaba, podría desempeñar el papel de la mujer perfecta para él. Sabía que, si tan sólo era la mitad de guapa de lo que lo era Carrie, tendría que hacer un gran esfuerzo para mantenerse centrado en el plan que les ocupaba.

Aquel pensamiento le alegró considerablemente.

«¿Quién será?», quiso saber mientras repasaba mentalmente la lista de las mujeres solteras del lugar.

Pero el nombre que Ryan proporcionó le sorprendió sobremanera.

-¿La bibliotecaria de la escuela? -preguntó Alex, totalmente sorprendido.

-La misma. Antes de que te opongas, debes saber que tiene

todas las cualidades necesarias para lograr nuestro objetivo y que, además, cuenta con experiencia en el terreno de la interpretación.

Francamente, le ofendía que Carrie hubiera elegido a una mujer tan insulsa para actuar como su media naranja. No era que Alex tuviera nada en contra de las mujeres que habían elegido vivir virtuosamente. Quizá, si su madre le hubiera inculcado algo más de compostura, ahora no fuera tan emocionalmente inestable como Gloria y otro buen número de mujeres afirmaban que era. Pero ella les abandonó a él y a su padre cuando él tenía tan sólo cinco años...

Pero pensándolo bien, había ciertas ventajas en el hecho de que una mujer tan feúcha se hiciera pasar por su mujer en una misión como aquélla. No era probable que una mujer de este tipo echara por tierra su plan con ideas preconcebidas acerca de establecer una relación sentimental con él, cosa que también le haría mucho más fácil mantenerse centrado en la materia. Cuando se trataba con criminales peligrosos, cuantas menos distracciones, mejor. Por mucho que quisiera creer que aquella misión era una chorrada, Alex sabía lo peligroso que era el juego al que estaban jugando. Un hombre capaz de robarles sus bebés a unas madres vulnerables no parecía presagiar que fuera a tener reparos a la hora de matar.

Fuera cual fuera la amenaza que esta misión le supusiera a nivel personal, Alex no le daría la espalda a aquello a lo que se aferraba con fuerza. La promesa que había hecho al formar parte del club de ganado le impedía decir no a los compañeros que habían depositado su fe en él. Pensar que mujeres decentes como Natalie sufrieran por los bebés que, creían, habían muerto al nacer, exigía, si era necesario, poner su vida al servicio de aquella misión.

Alex miró a su alrededor, a las caras expectantes de sus colegas.

-Muy bien, chicos. Si creéis que existe la posibilidad de convencer a la bibliotecaria para seguir adelante con esto, podéis contar conmigo.

Capítulo Uno

-Romeo, Romeo, ¿dónde está mi Romeo? -preguntó una impaciente Julieta con la mano apoyada en la cadera-. Probablemente en las nubes -añadió entre dientes antes de gritar-: Señorita Firth, ¿es que no va a hacer nada respecto a la forma en que Júnior retrasa sus salidas a escena?

Stephanie se mordió los labios para evitar que los improperios salieran de su boca. Shakespeare se levantaría de su tumba si fuera capaz de oír la desastrosa versión que estaban haciendo de la más grande de sus historias de amor. Tomando aire, se recordó a sí misma que el reparto estaba compuesto por estudiantes de instituto y, como tal, no podía esperar que la representación estuviera al nivel de las producciones de Broadway. Aun así, Stephanie no tenía ninguna gana de ser públicamente humillada.

En respuesta a la petulancia de Julieta, la voz que Stephanie empleó para responderle fue la de una disciplinada empleada de instituto acostumbrada a trabajar con adolescentes revolucionados hormonalmente.

-Launa Beth, ¿cuántas veces tengo que recordarte que te ciñas a tu papel y dejes que sea yo quien me preocupe del resto de los actores? Ahora, quiero que te centres en suavizar el tono que utilizas en esta escena.

Disgustada por ser reprendida cuando era Junior Weaver el merecedor de aquella reprimenda, Laura desapareció en la oscuridad del teatro. Se sentía frustrada por la irritación que le había causado la entrada a destiempo de Romeo, un joven atlético que hacía ahora su aparición en el escenario.

Furiosa, Julieta le lanzó el insulto más de moda entre los adolescentes.

-Junior, ¡eres imbécil!

Girándose y dedicándole una sonrisa irresistible, Romeo corrigió a Julieta al más puro estilo isa-belino.

-¿En verdad lo creéis, mi dama?

-¡Corten!

La voz de Stephanie retumbó en todo el teatro ahogando la risa contenida de un inesperado espectador sentado al fondo. Sin ella saberlo, aquel mecenas de las artes no estaba allí para visualizar la producción sino para examinar a la directora. Si Stephanie hubiera sabido que le estaban haciendo una prueba para desempeñar el que sería el papel de su vida, probablemente hubiera sido más consciente al subirse al escenario y proceder a dar instrucciones a sus alumnos en cuanto a interpretación.

Absorto en la escena que se desarrollaba frente a él, Alexander Kent se inclinó hacia delante. Reconocía a la bibliotecaria que había sido elegida para fingir ser su esposa por la sencillez de sus ropas y lo práctico de su peinado, pero se sorprendió de la pasión con la que dirigía a su desaliñado reparto. La transformación era asombrosa.

-Tenéis que dejar los sentimientos personales a un lado y meteros en la piel de vuestro personaje -dijo Stephanie a los actores mientras emergía desde la oscuridad al escenario-. ¿Tengo que recordaros que, cuando estáis sobre el escenario, estáis viajando en el tiempo no sólo para poneros en el lugar de vuestro personaje, sino para darlo todo por el bien del amor? Os estoy pidiendo que encontréis el suficiente coraje para olvidaros de vosotros mismos durante un par de horas y asumáis la responsabilidad de un verdadero actor.

Stephanie tomó un trozo de gasa que colgaba del balcón de Julieta y se rodeó con él los hombros, adquiriendo una pose teatral. El tono violeta de su improvisado chal contrastaba con el color beige de la falda y el jersey que llevaba. Aquel color tan apagado no le sentaba nada bien, pero, sin embargo, sus ojos brillaban de una manera tan intensa que incluso Alex, sentado en la última fila, pudo ver.

-Tal y como Shakespeare dijo: «El mundo es un gran teatro en el que hombres y mujeres son meros actores. Todos tienen sus entradas y salidas y cada hombre, en su debido tiempo, desempeña varios papeles en distintas representaciones...».

Alex se sorprendió por la calidad y la sinceridad de la voz que recitaba aquellos versos de memoria. Si su profesora de instituto le hubiera enseñado con tanto fervor, habría sido posible que desarrollara cierta apreciación hacia el maestro Shakespeare.

Sin ser consciente de que su exhibición estaba siendo contemplada en múltiples niveles, Stephanie continuó con verdadero fervor.

-Si os atrevéis a internalizar esos versos y recitarlos desde lo más profundo de vuestro ser, sabréis lo que significa clavarse un puñal en el pecho y morir por amor sobre el escenario.

Stephanie hizo una pausa para hacer un gesto hacia el escenario.

-Si podéis hacer eso, entonces podréis entender el trágico sacrificio de Romeo y Julieta como un brillante meteorito que se abre paso en la oscuridad del cielo hacia la mente de vuestros espectadores para cambiar su percepción del mundo para siempre.

Alex resistió la tentación de aplaudir. Estaba totalmente asombrado de haber descubierto que, bajo el pecho de aquella bibliotecaria tan modosita, latiera el corazón de una romántica empedernida. Alguien capaz de inspirar a un reparto de adolescentes sin olvidarse de un autoproclamado playboy que, hacía ya mucho

tiempo, había dejado de creer en el amor verdadero. Alex no podía recordar la última vez que había deseado que una relación fuera más allá de lo efímero. Sin ser siquiera consciente de que él era parte de la audiencia, esa insulsa bibliotecaria le había hecho desear no sentirse tan hastiado.

Quizá había estado equivocado respecto a Stephanie Firth. Alguien capaz de hacer revivir en él la llama del amor eterno bien podría ser capaz de convencer al peor de los criminales de que, fuera cual fuera el precio, estaba dispuesta a pagar para hacer realidad sus sueños y convertirse en madre.

De repente, Alex sintió un golpe en el codo.

-¿No te dije que era maravillosa? -le susurró Carrie Whelan al oído. Sus ojos color avellana brillaban al igual que su pelo.

-No tienes que convencerme a mí -le dijo a la emisaria encargada de procurar la ayuda de aquella mujer-. Estamos aquí para ver si tu amiga acepta poner sus artes interpretativas al servicio de una experiencia real.

-¡Por supuesto que no! -exclamó Stephanie, agitando la cabeza.

No podía creer que su amiga hubiera sido capaz de sacarle el tema y pensar que ella se prestaría a fingir un matrimonio con uno de los playboys más infames de Texas. Examinando el área para ver si había cámaras ocultas, se preguntó si su reacción estaba siendo retransmitida como en uno de esos *reality shows* que tanto detestaba. En su opinión, aquellas bromas eran más mezquinas que divertidas. Y aquélla no era una excepción. Si Carrie había soportado aquel desastroso ensayo sólo para hacer que Alexander Kent subiera al escenario con ella, Stephanie tenía que cuestionarse su amistad. Le parecía una broma de mal gusto. Odiaba siquiera tener que pensar en esa posibilidad.

La consternación de Stephanie era evidente en sus ojos. Aquellos ojos marrones se agrandaron de tal forma que a Alex le pareció saborear su color chocolate. Estaba sorprendido por su antagonismo y por lo bonitos que se veían aquellos ojos sin la ayuda de cosméticos. Las mujeres con las que normalmente salía nunca se dejaban ver si no estaban minuciosamente maquilladas. Pequeñas motas doradas brillaban en las pupilas de los ojos de Stephanie cuando, al parpadear de asombro, revelaron un alma que no conocía la maldad.

Esperando que el humor fuera un buen recurso para aliviar la tensión, Alex hizo gala de su habitual encanto.

-En ciertos barrios -dijo-, se dice que las mujeres brincarían de alegría si se les presentara la oportunidad de tenerme como esposo.

-¿No será en el barrio francés? -le preguntó Stephanie. No

parecía en absoluto impresionada ante la idea de sumarse al grupo de aquellas mujeres.

Carrie resopló.

Mientras que Alex tenía la audacia de mostrarse herido, Stephanie se negaba a sentir cierta empatia hacia él. Si Alexander Kent esperaba ganársela haciendo gala del carisma superficial con el que engatusaba al resto de las mujeres, tenía un largo y duro camino por delante. Si le hubiera preguntado por qué parecía desagradarle tanto, Stephanie habría tenido que admitir que no tenía nada que ver con su éxito con las mujeres, sino con el hecho de que él nunca le hubiera dedicado una simple mirada. Ella nunca había tenido la esperanza de estar incluida en el círculo de amistades de aquel hombre. Pero eso no le molestaba tanto como el hecho de que la hiciera ser consciente de sus deficiencias en cuanto a los estándares de belleza que uno veía en las revistas para mujeres, las mismas revistas en las que su última novia aparecía este mes luciendo la ropa de baño de la próxima temporada.

Un caso a señalar fue el último acto benéfico del instituto en el que Alex y ella tomaron contacto por primera vez. Por supuesto, no esperaba que Alex recordara aquel incidente. Carrie había coaccionado a Stephanie para que pusiera su talento creativo al servicio de una de las casetas de poesía en las que, como una mera donación, Stephanie había escrito algunos versos a elección de los visitantes. Carrie era quien escribía los versos en una bonita caligrafía y los envolvía con una cinta en forma y papel de pergamino. Por muy ingenioso que hubieran resultado sus esfuerzos, la caseta de al lado echó por tierra su negocio.

Stephanie se quedó pasmada cuando, el más sexy de los playboys, Alexander Kent, apareció en la caseta de los besos dispuesto a conseguir más dinero que todas las otras casetas juntas. La frívola oferta de su amiga Carrie de regalarle un ansiado beso de semejante sinvergüenza, le vino de repente a la memoria. Quizá, en aquel momento, sus protestas no tenían tanto que ver con el hecho de que estuviera desesperada, sino con la tentación de haber estado a punto de aceptar la oferta de Carrie. De todas formas, Alexander estaba tan ocupado besando la interminable fila de chicas que aguardaban en el gimnasio, que probablemente tampoco se habría percatado de la presencia de Stephanie.

Ahora que, de repente, el señor «Labios ardientes» la necesitaba para formar parte de una trama absurda, seguramente pensaría que todo lo que necesitaba era una de sus irresistibles sonrisas para hacer que se derritiera como un helado en un día de verano.

Pero estaba equivocado.

El que ella fuera un patito feo no le daba derecho a pensar que no tenía su orgullo.

-Mira, Steph -intercedió Carrie antes de que Alex aprovechara la oportunidad de defenderse-. Debes saber que no te pediría algo así si no fuera por una buena causa. Por favor, escúchanos antes de tomar una decisión.

Sospechando que ella era la buena causa, a Stephanie le preocupaba que Carrie hubiera vuelto a su vieja manía de hacer de casamentera. Sin duda, este auténtico Adonis poco tenía que ver con el último tipo con quien le había concertado una cita a ciegas, pero al menos él no le había hecho sentir como si se tratara de una obra de caridad. Pero también había que decir que, aquel hombre agradable pero poco interesante, no había tenido el efecto que aquel Don Juan proporcionaba a sus sentidos. Stephanie sentía cómo, ante la proximidad de Alex, su cuerpo traicionaba el sentido común y reaccionaba aumentándole el pulso y la conciencia de su feminidad.

-Si el señor Kent necesita lucir un bombón agarrado de su brazo, no creo que se encuentre en el sitio correcto -dijo Stephanie remilgadamente.

No estaba dispuesta a permitir que nadie hiciera chistes sobre su apariencia física.

Alex se apoyó contra uno de los pilares que sostenían el balcón de Julieta. Era tremendamente macizo. Él siguió su ejemplo y la replicó como un profesional.

-Con una disposición tan dulce como la tuya, no puedo creer que no creas que tú lo eres.

Ambos se miraron fijamente. Como si temiera hacia dónde podría llevarles aquella dialéctica, Carrie alzó las manos en señal de paz.

-Esto no es un juego -le aseguró Carrie-. Se trata de ayudar a mujeres confiadas, como mi futura cuñada, a quienes les hicieron creer que los bebés que alumbraron nacieron muertos, mientras un monstruo, que se dice llamar doctor, los vende al mejor postor.

El grito ahogado de Stephanie puso de relieve sus sentimientos ante aquella atrocidad.

Toda la ciudad conocía el incidente que había protagonizado unos meses atrás una enajenada Natalie Pérez al hacer aparición en el Royal Diner con su bebé en brazos. Sin embargo, pocos conocían la verdadera historia que había detrás de su amnesia. Cualquier otro tipo de especulación había sido silenciado por el hecho de que, recientemente, se había casado con el super protector e irascible hermano de Carrie. Ahora que Carrie había procedido a contarle los detalles de la desgarradora experiencia de Natalie, Stephanie se encontró con que las lágrimas amenazaban brotar de sus ojos y nublar su visión.

Después de dar a luz a una niña, a Natalie le había dicho su jefe, que resultaba que también era su doctor, que su bebé había

nacido muerto. Natalie había descubierto que Birkenfeld había empleado a otras mujeres embarazadas y solteras para que trabajaran para él. Curiosamente, un elevado porcentaje de ellas también habían perdido a sus bebés en el parto o poco después de él. Una investigación más profunda le llevó a encontrar un listado parcial de los certificados de nacimiento que correspondían a las supuestas defunciones.

Cuando le robaron a su propio bebé, a través de un sin fin de circunstancias anómalas, fue capaz de recuperar a su hija, así como una cantidad importante de dinero destinada a financiar tales operaciones. Consciente de que tendría que involucrar al padre en todo aquel embrollo si quería ofrecerle a su hija una vida normal, intentó buscarlo a través de la tarjeta del club de ganado de Texas que él le había dado al marcharse, insistiendo en que le llamara si alguna vez necesitaba su ayuda.

Carrie confiaba en que su hermano Travis fuera el padre biológico de la hija de Natalie y, como tal, había aceptado oficialmente su responsabilidad el día en que contrajeron matrimonio. Stephanie entendía ciertamente por qué Natalie no había querido involucrarse en una investigación más profunda hasta que los autores de aquellos crímenes estuvieran entre rejas, y por qué aún le preocupaba la seguridad de su bebé.

Carrie admitió que Natalie aún tenía pesadillas en las que los criminales a quienes había burlado la buscaban sin descanso con la intención de recuperar el dinero que ella les había robado y perpetrar su venganza contra ella. Actualmente, lo único que Natalie podía hacer sin poner en peligro su vida ni la de su bebé era indicar a los miembros del club de ganado de Texas la dirección correcta de la agencia privada de adopción de Las Vegas de la que, como había visto cuando trabajaba para él, el doctor Birkenfeld recibía correspondencia.

Stephanie sabía poco más de lo que había leído en prensa sobre los exclusivos miembros del club de ganado de Texas. Lo que Alex procedió a contarle en la más estricta confidencialidad, la impactó tremendamente. Parecía que el club era una tapadera para que los hombres más ricos del estado trabajaran en cubierto en misiones secretas para salvar vidas. Lo que era aún más increíble era pensar que Alexander Kent fuera miembro de esa organización. La idea de que él estuviera utilizando su imagen de playboy como subterfugio para ocultar semejante secreto le era difícil de asimilar. Stephanie siempre había mirado a aquellos hombres tan estirados con cierto desdén. A pesar de las contribuciones que el club hacía a innumerables causas benéficas, no podía evitar sentir cierto resentimiento hacia una organización que sólo incluía entre sus filas a los más privilegiados.

Aún así, a Stephanie le conmovió el trágico relato. Romeo y Julieta no podían compararse con Natalie Pérez. Habiendo deseado siempre tener su propio bebé, pensar que alguien pudiera robar un niño por razones económicas la ponía enferma.

-¿Podemos contar contigo? -le preguntó Carne.

La confianza que su amiga depositaba en ella era un gran peso. Que la hubieran honrado contándole información confidencial acerca del club de ganado de Texas y sus operaciones clandestinas era en sí todo un honor. Sin mencionar que había que tener un corazón de hierro para no querer ayudar a unas jóvenes tan desventuradas y a sus pobres bebés. Carrie bien sabía que uno de los mayores defectos de Stephanie era tener un corazón de oro.

Pero, aún así, ella tenía una reputación que salvaguardar. Como empleada de un instituto era un modelo a seguir para los jóvenes con los que trabajaba. Stephanie no podía recorrer el país fingiendo ser la mujer de uno de los playboys más famosos del estado y esperar tener un puesto vacante a su vuelta. Tampoco le hacía gracia la idea de que todo el mundo se riera a sus espaldas al saber que el soltero más solicitado de Texas había sentado la cabeza con alguien tan poco atractiva y tan conservadora como la bibliotecaria del instituto. Sin duda, muchos asumirían que la sombra del embarazo planeaba sobre aquel matrimonio tan precipitado.

A los treinta y un años, quizá hubiera abandonado el sueño de desempeñar el papel de ingenua en una representación real, pero la idea de representar ese papel junto a un héroe como Alexander tampoco le resultaba muy atractiva. Habiendo pasado la mitad de su vida haciendo todo lo posible para ganarse el respeto de los demás y no ser objeto de burla, ahora dudaba si comprometerse a aceptar aquella oferta.

-No estoy segura -tartamudeó.

-Así que supongo que toda esa parrafada acerca de dejar a un lado los sentimientos personales para el bien de la causa no era más que un acto estudiado para manipular a esos ingenuos adolescentes. Porque parece ser que no lo aplicas a tu persona.

Aún sintiendo que Stephanie se echaba para atrás, Alex fue incapaz de reprimirse y arremeter contra ella. Él había presenciado la aparición de Natalie en el Royal Diner aquella noche. Jamás olvidaría la terrible expresión de su mirada antes de que se desmayara. Además, pensar que aquel ratoncillo de biblioteca se creyera demasiado buena para él, le hería su orgullo masculino. Estaba a punto de agarrar un espejo para que pudiera verse ella misma.

Stephanie se puso tensa.

—¿Quién eres tú para juzgarme? No tienes ni idea de quién soy ni de lo que me interesa. Aun así, tienes la desfachatez de burlarte de mí.

El fuego que emanaba de aquellos ojos intrigó a Alex. Se preguntaba si, como su indignación, la pasión tendría el poder de reavivar el fuego de aquellas brasas.

-Se podría decir lo mismo de ti -contestó Alex-. Como bibliotecaria, creo que debería saber que a las personas, como a los libros, no se les juzga sólo por su portada, señorita Firth.

Aquel axioma no consiguió arrancarle una sonrisa. Stephanie era obviamente escéptica, pero aunque, en un principio, él mismo había dudado acerca de involucrar a Stephanie Firth en aquella misión, ahora, de repente, quería llegar a conocer mejor a esa mujer aunque sólo fuera para probarle que él no era el tipo frívolo que ella pensaba que era.

Presentía que tendría que proceder muy cuidadosamente si esperaba convencerla para que se uniera a las filas del club de ganado de Texas.

-La única razón que veo para que rechaces nuestra oferta es que no confíes en que tus artes interpretativas puedan ponerse al servicio de una representación real. ¿Prefieres quedarte entre bambalinas a exponer tu propio talento?

Dirigiendo sus ojos verde esmeralda hacia ella, Alex se dispuso a rematar la jugada.

-Estoy seguro de que te resulta familiar la expresión «Los que pueden, pueden. Los que no, enseñan».

Ninguna otra cosa que pudiera haber dicho hubiera tenido el poder de enfurecer a Stephanie de semejante manera.

-Si hay alguien aquí que tiene que preocuparse de sus habilidades interpretativas, desde luego, no soy yo, señor Kent. Va a necesitar mucho más que su apariencia física para convencer a alguien de que, realmente, desea tener un hijo por algo más que poder sacarse una bonita foto.

Sus palabras le hicieron mucho más daño que lo que Stephanie hubiera imaginado. Aquellas palabras transportaron a Alex a una infancia en la que, él mismo, se había sentido utilizado por un sin fin de mujeres egoístas como medio para engatusar a su vulnerable padre, después de que su madre les hubiera abandonado.

-Estoy dispuesto a aceptar el desafío si tú lo estás -dijo él, arrojándole el guante con una sonrisa burlona.

-Lo estoy, bonito -le dijo, aceptando así el desafío con el ímpetu propio de un personaje teatral en vez del de una recatada mujer que pasaba el día catalogando libros en la biblioteca de un instituto de secundaria de Texas.

-Si vas a ser mi mujer, ¿no crees que deberías llamarme por mi nombre, cariño? -le susurró, dedicándole una sonrisa que habría derretido a una princesa de hielo.

-No es ése el nombre que me viene a la mente -murmuró

Stephanie entre dientes.

-Entonces ya está todo arreglado -saltó Carrie, cuya presencia ambos habían olvidado.

Carrie aplaudía de alegría. A pesar de que Julieta usara un puñal menos letal que la mirada que su amiga le dedicaba, estaba encantada con la forma en que marchaban las cosas.

Aunque ellos dos no quisieran admitirlo, la tensión sexual que había entre ellos sólo reforzaba su creencia de que ella era una buena celestina.

Capítulo Dos

«Creo que la dama protesta demasiado».

Sonriendo, Carrie recitó un verso del famoso Shakespeare dirigido a Stephanie cuando ésta se quejaba acerca de haber sido engañada para participar en un esquema imposible que bien podría costarle algo más que su dignidad y amor propio.

Claramente, a la mañana siguiente, Stephanie tenía serias dudas.

-¿Cómo te atreves a poner a Shakespeare al servicio de un elaborado plan para hacer de casamentera? -preguntó ella.

La inocente mirada que Carrie le dirigió hizo que Stephanie apartara la mirada. Carrie podía pensar que era astuta, pero lo cierto es que era tan transparente como el cristal.

-Oh, vamos -le instó Carrie-. ¿Vas a negarme que la idea de pasar una temporada en Las Vegas como la novia de Alexander Kent no te excita siquiera un poquito?

-Sí, claro que sí -afirmó Stephanie-. Y lo negaré con todas mis fuerzas mientras me quede aliento.

-Pues trata de convencerte a ti misma, amiguita, porque estás perdiendo el tiempo conmigo. Por mucho encanto que tenga la biblioteca y este precioso apartamento, no me creo que no estés intrigada ante la idea de desempeñar el papel de tu vida junto a un hombre tan guapo como Alexander Kent.

Tomando un sorbo de su café, Carrie hizo una pausa para suspirar. El placer que su suspiro evocaba le hizo preguntarse a Stephanie qué le había hecho suponer a Carrie que una mujer tan inexperta como ella podría hacerse pasar por una mujer enamorada. Y, especialmente, de alguien como Alexander Kent.

-¿Cómo ve tu prometido que le otorgues el título de Míster Perfecto a otro nombre?

-No he sido yo, ha sido el *Texas Tattler*-respondió Carrie, abriendo el periódico por las páginas de sociedad.

-Aquí dice que después de romper con Gloria Vuu, Alexander Kent está de nuevo en el mercado y, por lo tanto, ostentando el título de soltero de oro de Texas.

-No puedo esperar a ver qué dirán cuando vean que ha contraído matrimonio casi sin pensarlo -reflexionó Stephanie en voz alta. Ya le parecía estar viendo un titular diciendo: «La bella y la bestia se han casado». Sin duda la prensa la pondría a ella en último lugar.

Aunque Carrie le asegurara que se había con-* vertido en una mujer atractiva, Stephanie aún pensaba en sí misma como la empollona larguirucha y desgarbada que había sido en sus días de escuela. Ahora las gafas de culo de botella habían sido reemplazadas

por lentillas, pero los insultos que aún resonaban en su cabeza todavía tenían el poder suficiente de hacerle dudar si resultaba o no atractiva para el sexo opuesto.

-Dirán que, al fin, ha tenido suerte de encontrar una persona maravillosa que le ha hecho sentar cabeza. Las editoras estarán tan celosas que la tinta de sus plumas se tornará verde.

Stephanie miró a su amiga con indecisión.

-La gente se dará cuenta de que no estamos particularmente...

Se detuvo para buscar la palabra correcta.

-Hechos el uno para el otro.

—Los opuestos se atraen -fue la respuesta de Carrie-. En caso de que no lo hayas notado, el calor que ambos despedíais la otra noche estuvo a punto de incendiar el teatro.

-En caso de que no lo reconocieras, a eso se le llama hostilidad -le explicó Stephanie.

-Vaya.

La terquedad de Carrie era tan exasperante como la actitud de Alexander.

-¡Muy bien! -exclamó Stephanie, consciente de que no tenía sentido negar lo obvio-. No voy a discutirte que el tipo es espléndido y, además, más rico que Creso.

La sonrisa triunfante de Carrie fue efímera.

-Pero también es arrogante, creído y frívolo.

Su amiga se sorprendió ante la vehemencia de semejante proclamación.

-Y no está más feliz de lo que yo lo estoy por el hecho de que sea yo la elegida para ser su esposa. De hecho, si se supiera la verdad, apostaría un mes de sueldo a que el ego de Alexander Kent se sintió herido cuando sus colegas del club sugirieron que alguien tan simple y fea como yo fuera la elegida para hacerse pasar por su esposa en esa misión.

-¡Eres una de las personas más extraordinarias que conozco! -protestó Carrie con la misma fuerza que Stephanie.

-Querrás decir extraordinariamente fea.

-No, no quiero decir eso. Pero tampoco entiendo por qué te empeñas en ocultar tu belleza. Sabes, no te haría ningún mal ponerte algún cinturón de vez en cuando y hacerte un corte de pelo más moderno. Llevas el mismo peinado desde que íbamos al instituto.

Instintivamente, Stephanie deslizó las manos por su pelo.

-¿Qué le pasa a mi pelo?

-Nada que mi estilista no estuviera encantado de...

El sonido de alguien llamando a la puerta les interrumpió.

-No vas a creerte quién es -susurró, mirándola por encima del hombro.

Carrie se rió. Agarró el bolso de la silla en la que había estado sentada anteriormente y se puso en pie.

-¿Tu marido, quizá?

Stephanie la respondió con un gruñido. Carrie apuró su café mientras caminaba hacia la puerta.

-Si no tienes inconveniente, os dejaré a solas -le dijo.

-No tengo ninguno -respondió Stephanie, pero ya era demasiado tarde. Su amiga ya había abierto la puerta.

Carrie se marchó saludando animosamente a Alex.

Entró en su casa con un ramo de rosas rojas que le presentó a Stephanie con un elegante ademán. Su fragancia y su color inundaron la estancia. Su presencia, increíblemente masculina, hacía que la habitación pareciera aún más pequeña.

-Espero que aún no hayas hecho la maleta -le dijo Alex, mirando a su alrededor.

Por mucho que Stephanie quisiera creer que era inmune a las atenciones de un hombre tan guapo como aquél, lo cierto era que su cuerpo pensaba de otra forma.

Su pulso había registrado su proximidad con precisión. Sentía calor por todo su cuerpo y el latido de su corazón se descontrolaba al pensar que Alexander estaba allí para decirle que había cambiado de opinión y que ya no era ella la elegida.

-No he empezado siquiera -dijo, felicitándose por haber resistido la tentación de hacerlo la noche anterior cuando hubo llegado a casa.

Por mucho que lo intentara, Stephanie no podía dejar de pensar que estaba siendo el blanco de una broma de mal gusto. Había invitado a Carrie a tomar café con el propósito de que le confirmara sus sospechas, pero ella no había validado su teoría y, por lo tanto, le había resultado imposible evitar la creciente emoción que le hacía sentir embarcarse en una aventura romántica con uno de los hombres más deseados de Texas. ¿Qué mujer no estaría ilusionada?

-Me alegra oír eso. Me gustaría llevarte de compras esta mañana -le dijo-. Una mujer con una nueva identidad y un nuevo marido necesita un nuevo vestuario, ¿no crees? El tiempo en Las Vegas es más cálido que aquí. Si vamos a fingir estar casados, mi mujer necesita un ajuar adecuado.

Stephanie no se habría sorprendido más si Alex hubiera aparecido en calzoncillos en medio de su salón.

-¿Qué? -tartamudeó ella.

-Ajuar, ropa nueva normalmente adquirida para estrenar en la luna de miel.

-Sé lo que significa ajuar. Simplemente no creo que sea necesario hacer semejante gasto.

-Por supuesto que sí. Aunque sólo sea para mantener la ilusión.

Con las manos apoyadas en las caderas, Stephanie le miró a los ojos.

-¿Por casualidad estás insinuando que mi ropa no es apropiada para la ocasión?

Alexander no esquivó la verdad.

-En una palabra, sí.

Stephanie pudo controlar su ira antes de contestarle.

-¿Acaso no sabes que el hábito no hace al monje?

-Estoy seguro de que sabes que el vestuario es , una parte importantísima en una representación teatral.

El rubor de las mejillas de Stephanie rivalizó con el color de las rosas que él le había traído. A pesar de que Alex no había querido herir sus sentimientos con relación a su limitado vestuario, era tan quisquillosa que resultaba difícil andarse con tacto.

-Mira, sé que no empecé con muy buen pie contigo. Pero te he traído las flores en señal de paz. Lo menos que puedes hacer es ponerlas en agua.

—Gracias. Son preciosas.

La sonrisa que Stephanie esbozó pilló a Alex por sorpresa. Cuando dejó de mirarlo para esconder la nariz entre las rosas y disfrutar de su perfume, sintió que algo dentro de él se agitaba. No recordaba cuánto tiempo hacía que una mujer le había mostrado tanta gratitud ante un regalo tan simple como ése.

-¿No quieres sentarte? -le preguntó.

Alex se sentó. Mirando a su alrededor vio que ella se ganaba la vida honestamente y que vivía con sencillez. Pensar en una mujer tan trabajadora que luchaba a diario para apartar a la gente de los televisores y hacer que leyera, le hacía sentirse culpable por vivir en la abundancia.

-Las flores son una cosa, pero un vestuario entero es algo completamente diferente. De ninguna forma, aunque se trate de una buena causa, aceptaría un regalo tan extravagante e íntimo de un hombre. Además, ¿no ha oído nunca eso de «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda»?

Alex frunció el ceño. Además de no recordar mujer alguna que no hubiera intentado aprovecharse de su generosidad, no pasó por alto aquel comentario tan reprobatorio hacia su persona. De alguna forma sintió que le embargaba cierta sensación proteccionista hacia ella.

-Si lo que te preocupa es el dinero, no tienes por qué hacerlo. Por si no te lo había mencionado, la cantidad que Natalie nos ha proporcionado ronda el medio millón de dólares. Está a salvo en el club, y a nuestra disposición siempre que lo necesitemos con el fin de proteger a su bebé y todos aquellos bebés en las mismas circunstancias.

Alex no vio razón alguna para decirle a Stephanie que él mismo financiaría la semana que ambos pasarían en Las Vegas así como su

nuevo vestuario. Tenía la sospecha de que aquella información le haría creerse en la obligación de tener que compensarle de alguna forma.

-¡Medio millón de dólares! En ese caso, supongo que no habrá nada de malo en comprar algunas cosillas.

La sonrisa de Alex la reconfortó. De repente, la idea de ir de compras no le parecía tan desalentadora. Tenía que reconocer que elegía la ropa dejándose llevar por su sentido práctico en vez de pensar en agradar a los hombres. Y eso era algo que se esperaba de una recién casada. Esperaba que Alex no le pidiera llevar cosas que la hicieran sentir incómoda, pues estaba acostumbrada a la comodidad y a lo asequible. Ella no se veía con los modelos que aparecían en las revistas de moda, pero, por otra parte, tampoco se veía entrando en tiendas de saldos con aquel hombre.

-Espero que estés preparado -le dijo, imaginándose la conmoción que, estaba segura, le causaría.

-Lo estoy deseando -le aseguró a la que pronto sería su mujer.

Habiendo sido centro de todos los cotilleos desde que su madre le había abandonado a los cinco años, a Alexander no le importaba lo más mínimo lo que se dijera de él a sus espaldas. Sin embargo, debía tener en cuenta que la reputación de Stephanie en una comunidad tan conservadora como aquélla era algo preciado por ella.

-Tengo una idea -le dijo, bajando la voz-. Puesto que ambos sabemos que esto va a dar mucho que hablar, ¿qué me dices si les damos algo realmente morboso para que puedan cotillear?

Su sugerencia le pareció tan divertida que empezó a reírse en voz alta. A Alex le pilló desprevenido que el sonido de una risa tan tremendamente femenina pudiera salir de sus labios. Con demasiada frecuencia las mujeres reían a su alrededor para asegurarse de que todo el mundo en torno a ellas supiera que estaban juntos. Aquella risa de pura diversión estaba libre de falsedad y era tan contagiosa que no pudo evitar sumarse a ella.

El delicado aroma del perfume que Stephanie llevaba, amenazaba con debilitar la amistad que estaba surgiendo entre ellos. Lejos de los caros perfumes de las mujeres que él frecuentaba y que dificultaban la interacción de la química entre ellos, estaba seguro de que la marca que Stephanie usaba se encontraba fácilmente en cualquier tienda de la ciudad, pero su fragancia era totalmente embriagadora.

Los ojos de Stephanie brillaron maliciosamente al aceptar su oferta. Una invitación de auténtica diversión.

-Supongo entonces que si lo que realmente quieres es ir de compras y buscarte problemas, creo entonces que puedes contar conmigo.

Capítulo Tres

Tal y como Stephanie había predicho, encontraron problemas en una gran variedad de tallas y colores en las tiendas más exclusivas de la ciudad. Y, justo como temía, Alex se negó a pisar las tiendas en las que ella habitualmente compraba, insistiendo en que su mujer debería empezar a actuar como si formara parte de la alta sociedad.

La dependienta de la primera tienda en la que entraron miró de reojo los vaqueros gastados de Stephanie e hizo una señal de desprecio.

-¿Puedo ayudarla? -le preguntó.

Alex se detuvo un momento en la calle para saludar a un viejo amigo, pero estaba observando cómo la dependienta dirigía a Stephanie hacia la sección de rebajas que había en el fondo de la tienda. Una vez allí, se deshizo de su cliente con cierto desdén. La expresión del rostro de Stephanie al mirar la etiqueta de las prendas que estaban rebajadas no ayudó a que aquella dependienta tan presuntuosa la tratara con amabilidad.

-¿Están locos? -exclamó, incapaz de creer los precios tan exorbitados que tenían aquellas prendas.

-Hay una tienda al otro lado de la calle con una gran sección de oportunidades en la que podrá encontrar algo que se ajuste a su presupuesto -informó la dependienta a Stephanie antes de dirigir la atención hacia Alex, que, en aquel momento, estaba entrando por la puerta.

Simplemente su ropa indicaba ya que él era un hombre distinguido. Además, siempre había tenido reputación de ser muy generoso. Si en aquella tienda hubieran tenido una alfombra roja, Stephanie estaba segura que aquella dependienta tan pelota la hubiera tendido a sus pies. La única cosa que le impidió marcharse de allí inmediatamente fue ver la forma inquisitiva en la que, el que pronto sería su marido, miraba a la dependienta.

-Dime que no te he oído sugerirle a mi prometida que se marchara a otra tienda.

—Por supuesto que no, señor Kent —tartamudeó la dependienta.

Desconcertada, esperó que aquella afortunada mujer apareciera detrás de él. Sus labios esgrimieron una pequeña sonrisa en señal de bienvenida.

Alex agarró a Stephanie del codo. Le resultaban familiares todos los posibles aspectos del esnobismo, sin embargo, a Alexander le molestó que la que pronto sería su mujer no se considerase merecedora de la cortesía de una dependienta.

-Sígueme -le dijo, encaminándose hacia el frente de la tienda.

Agradecida, Stephanie se dirigió hacia la puerta. Incluso

rebajadas, el precio de las prendas que había ojeado era superior a su sueldo de tres meses. Nada podría darle más placer que dejar a aquella dependienta sola en la tienda, lamentándose por haber perdido una enorme comisión.

-Espera -dijo Alex, conduciendo a Stephanie hacia la sección con los avances de la nueva temporada.

Alex estudió su figura. No era tarea fácil teniendo en cuenta el enorme jersey que tan eficazmente utilizaba para esconderla. Para su sorpresa, debajo de todo ese material superfluo se encontraba una hermosa silueta femenina.

-Tráele una talla nueve de este modelo -le dijo a la dependienta, señalando un maniquí que lucía un suntuoso vestido de seda de color añil.

El vestido tenía una caída maravillosa y era clásico en su diseño. A Stephanie le pareció más propio de una modelo de pasarela que de una mujer de a pie. Cuando empezó a protestar, Alexander le puso una mano en mitad de la espalda y la empujó levemente para que se metiera en el probador.

-Ahora, cielo, déjame que sea yo quien elija unas cuantas cosas para tu ajuar. Así no tendrás que preocuparte por los precios.

Stephanie refunfuñó para sus adentros. Su actitud machista no era la única cosa que le molestaba. Por mucho que quisiera recordar a Alex que ella no era una de las típicas modelos con las que él solía salir, no se le ocurría ninguna forma lo suficientemente educada de decírselo sin que la dependienta se diera cuenta. Así que, en vez de armar un escándalo, aceptó el vestido de seda con una amplia sonrisa.

Alexander se percató de cómo Stephanie tomaba cuidadosamente el vestido de seda entre sus manos. Parecía temer arrugarlo. La manera en que Stephanie lo miraba hizo que algo se removiera dentro de él. Había presenciado cómo otras mujeres arrojaban al suelo, como si fueran trapos, los diseños exclusivos que él les había regalado. Por eso, el cuidado que Stephanie ponía con aquel vestido le pareció algo fantástico. Le sorprendía que no le emocionara la idea de que alguien gastara su dinero en ella. Aquel hecho hizo que Alex estuviera decidido a comprarle a aquella mujer todo lo que deseara.

-Venga, no seas tímida -le dijo a través de las cortinas del probador-. Date prisa y deja que te vea, cariño.

Las expresiones de cariño que él le dedicaba eran tan suaves como el tejido del vestido. Por muy realista que fuera acerca de sus deficiencias físicas, la mujer que había en ella no podía evitar responder a las dulces palabras que él pronunciaba. ¿Cuántas veces había soñado que un hombre le susurraba algo como aquello? Tampoco es que ella estuviera pidiendo la luna y las estrellas. No necesitaba a alguien tan sofisticado como Alexander Kent. Se

conformaba con un hombre que la quisiera por ser lo que era y no por lo que pudiera llegar a ser.

La insistencia de Alexander por que luciera el modelo frente a él, hizo que se lo pusiera rápida-.mente, pero entonces echó algo en falta.

-¿Necesitas ayuda con la cremallera?

La voz de Alex hizo que su mente se llenara de imágenes en las que sus manos rozaban suavemente su espalda buscando la cremallera que la modista, tan sutilmente, había ocultado bajo el tejido que coincidía con el broche del sujetador. La visión de una de sus manos deslizándose bajo el vestido para acariciar sus senos, hizo que Stephanie se quedara sin aliento. En su imaginación, podía verlo reflejado en el espejo, delante de ella, acariciándole el cuello y, por lo que podía ver en el reflejo de su propio rostro, insinuándole algo bastante provocativo.

-Si es eso, me encantaría ayudarte.

Aquella oferta la sacó de su sueño erótico. Stephanie se colocó bien el vestido y le respondió:

-Ni lo sueñes.

Un momento después, salió del probador. No pudo evitar alegrarse al ver la reacción de Alexander y su mirada de aprobación.

-Sensacional.

Alex no se refería al vestido. Su mirada se detuvo en la forma en que el vestido marcaba sus curvas. No podía entender por qué la mayoría de las mujeres con las que salían se empeñaban en estar tan delgadas como palos. La silueta femenina debía estar bien moldeada. Le sorprendió que Stephanie llegara a tales extremos para cubrir su voluptuoso cuerpo con ropa tan suelta y poco favorecedora.

-¿Qué me dices de unos zapatos a juego? -sugirió Alex.

La dependienta se dispuso a cumplir sus deseos sin ni siquiera preguntarle a Stephanie cuál era su número. Regresó enseguida con una pila de cajas de zapatos que sobrepasaba la altura de su pecho. La deferencia con que aquella mujer trataba a Alex era tan irritante como lo había sido su hostilidad hacia Stephanie.

Sin tener mucho más que decir al respecto, Stephanie se encontró de repente ante una avalancha de ropa. Alex elegía los modelos más deprisa de lo que ella era capaz de tardar en probárselos.

-Esto es demasiado -decía cada vez que salía del probador para lucir un nuevo modelo.

-Y eso es demasiado poco -dijo en voz baja al ver cómo Alex y la dependienta se dirigían hacia la sección de lencería para elegir varias prendas.

Aparentemente, no se conformaba con comprarle la ropa necesaria para la misión, sino que parecía querer renovar su vestuario entero. Cuando la pila de ropa creció y creció, Stephanie se alarmó

ante tanto exceso.

-Es precioso -dijo, señalando un conjunto muy elegante-. Pero dime, una vez que acabe nuestra misión, ¿cuándo crees que podré llevarlo?

Alexander la miró como si no pudiera creer que hubiera sacado ese tema. Nunca antes ninguna mujer había cuestionado su generosidad.

-Al instituto -le dijo-. Al club, a la panadería... Eso no importa. Si vas a ser mi mujer es importante que vistas como tu función exige.

Con el propósito de lograr ese fin, sacó su teléfono móvil y concertó una cita urgente con el estilista más codiciado de la ciudad. Satisfecho con la labor que estaba haciendo con Stephanie, le extrañó que ella no le dedicara una sonrisa. Y es que, el hecho de que él la hiciera pavonearse frente a él con tanto glamour, la hacía sentirse una de sus muñecas Barbie.

Se marcharon de la tienda poco después cargados con un montón de bolsas que dejaron en el maletero del Jaguar de Alex. Una vez se hubieron encontrado en el interior del vehículo, Stephanie tomó aire, y le dijo muy en serio:

-Renovar el vestuario es una cosa, pero dejar que alguien me toque el pelo es algo muy distinto, Alex.

Su larga y abundante melena lisa era el pequeño tesoro de Stephanie. Aunque a veces la recogiera en una cola de caballo o en un moño, le encantaba cuando, para cepillársela por las noches, la dejaba caer sobre sus hombros. Aquello la hacía transformarse en una mujer sensual.

Alexander se negó a escuchar sus quejas alegando que cualquier mujer estaría encantada de tener la oportunidad de que Karol le hiciera, personalmente, un cambio de imagen. Probablemente el famoso estilista había cancelado algún compromiso con alguna adinerada matriarca para hacerle un hueco en su agenda a Stephanie.

-Tú, mejor que nadie, deberías saber lo importante que es el atrezzo para lograr un efecto total. No permitirías que Julieta saliera a escena luciendo un corte de pelo ultramoderno al igual que yo no permitiré que mi mujer no luzca sino espléndida.

-¿Y qué es lo que le pasa a mi pelo? -quiso saber ella.

-Absolutamente nada.

Inclinándose hacia delante en su asiento, Alex liberó un mechón de pelo atrapado detrás de su oreja. Era tan suave como los vestidos de seda que le había comprado. Su color era comparable al del buen whisky y combinaba a la perfección con el tono avellana de sus ojos. Fascinado por ver cómo el cabello de Stephanie resplandecía a la luz del sol, sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Sus ojos se posaron en los de ella. La vulnerabilidad de sus pupilas logró hacerle reaccionar de una forma propiamente masculina sobre la que

él no tenía control.

Aclarándose la garganta, intentó aparentar ser imparcial.

-Absolutamente nada que los excepcionalmente ricos no puedan percibir. Lo último que quiero es herir tus sentimientos, pero la diferencia entre un buen corte y lo que un estilista de renombre como Karol puede hacer con una melena tan bonita como la tuya es, como la diferencia que existe entre las prendas que acabamos de comprar y las que tú llevabas al entrar a la tienda.

-¡No tienes derecho a...! Esa ropa se puede usar perfectamente -protestó. Sus mejillas se habían encendido.

La ira de Stephanie no tenía nada que ver con sus posesiones, sino con la forma en la que él estaba intentado convertirla en una de sus muñequitas. Y ella jamás podría ser como una de sus anteriores novias.

-Mira, si no podemos ponernos de acuerdo en algo tan sencillo como esto, ¿cómo crees que lograremos convencer a alguien de que nos amamos y merecemos la oportunidad de criar un hijo juntos? ¿Por qué te resulta tan difícil dejarme que te trate de forma especial? Confía en mí. Cosas como éstas marcan una tremenda diferencia en ciertos círculos sociales. No podemos dar a esos criminales la opción de que duden sobre nuestro matrimonio y nuestra capacidad para pagar una exorbitante cantidad de dinero por la adopción ilegal de un bebé.

A Alex le apenó ver que la chispa que brillaba en los ojos de Stephanie había desaparecido. Sentía ser el culpable de hacer que fuera reemplazada por el dolor que reflejaban ahora sus pupilas. Como no estaba acostumbrado a sentirse un canalla simplemente por ayudar a una mujer a mejorar su imagen, no supo muy bien cómo reaccionar. Su intento de entablar conversación de camino hasta la peluquería fue un fracaso. Sospechaba que la razón por la que Stephanie no giraba la cabeza era evitar que viera sus lágrimas. A pesar de ser un hombre famoso por hacer gala de sus encantos, de repente, se sintió torpe al no saber manejar la situación con aquella enigmática bibliotecaria.

El silencio llenó todo el espacio que había entre ellos. Era tan grande como el abismo que, como ella imaginaba, separaba las clases sociales a las que ambos pertenecían. Un nuevo vestuario y un corte de pelo no iban a acortar la distancia.

Unas cuantas manzanas después, llegaron al salón de belleza de Karol. Stephanie entró con el mismo entusiasmo con el que un cordero se dirige al matadero.

Tratando de mantener su imagen de novio adorable, Alex le gritó:

-Diviértete, cariño.

Agradeciendo disponer de un poco de tiempo libre para sí mismo, Alex la vio marcharse y se encaminó hacia el club de ganado

para tomar una copa y recopilar la información necesaria para seguirle la pista a los ladrones de bebés en su viaje a Las Vegas. Eso si lograban concertar una cita con la agencia mientras se encontraban allí. Eso si realmente convencían a alguien de que Stephanie y él estaban hechos el uno para el otro. Eso si podía convencer a su compañera para que se alegrara un poco y disfrutara de su misión antes de que la trama fuera demasiado peligrosa.

Eso si…

Pensar en exponer a Stephanie a cualquier otro peligro que no fueran las tijeras de Karol le ponía enfermo. No podía evitar preocuparse por ella. A pesar de tener carácter, aquella mujer estaría totalmente indefensa en un mundo repleto de criminales que nada tenían que ver con los que se amontonaban en los libros de su biblioteca. Aquel compromiso proteccionista era lo que había llevado a Alex, en un primer momento, a unirse a los miembros del club de ganado de Texas.

Después de haberse tomado unas cuantas cervezas y haber charlado con sus colegas acerca de su inminente matrimonio, Alex guardó cuidadosamente en su bolsillo el listado con toda la información que Natalie le había proporcionado. Cada uno de los nombres en aquella lista representaba a uno de los bebés muertos al nacer y a otro que había sido después adoptado en un breve espacio de tiempo. Según la investigación de Natalie, los bebés eran los mismos. Era poco para empezar, pero, en el pasado, Alex había resuelto casos con menos datos.

Para cuando se disponía a marcharse del club, sintió renovada su convicción acerca del rol que le tocaba desempeñar en la última misión del club.

Y también sintió un nuevo sentimiento de responsabilidad hacia la dulce persona que, tan valerosamente, había accedido a colaborar con él sin importarle su propia seguridad.

Aquella tarde, cuando había oído en las noticias que el verdadero doctor Belden había sido hallado muerto, Alex creyó que el supuesto homicidio estaba relacionado con la red de adopción ilegal en la que el club trataba de infiltrarse. Aunque el hombre que se estaba haciendo pasar por Belden, el doctor Román Birkenfeld, se encontrara a disposición de las autoridades, aún había muchos otros que tenían que ser capturados.

La bella criatura que le esperaba en la recepción del salón de belleza estaba casi irreconocible. Casi no se parecía a la mujer que, en la gala benéfica en la que sus colegas le habían incitado a participar, le había mirado frunciendo el ceño. Si no hubiera sido él mismo quien le hubiera comprado toda aquella ropa y la hubiera llevado a Karol,

Alex no se lo habría creído. La transformación de Stephanie era increíble. La mujer de treinta y un años atrapada bajo la apariencia y modo de pensar de una vieja solterona había salido de su capullo como una bella mariposa temblorosa ante el temor que le producía desplegar sus alas.

Para alivio de Stephanie, Karol sólo le había cortado las puntas, le había hecho una ligera permanente y le había dado forma a su melena con el objetivo de resaltar sus facciones. Alexander tenía razón. Aunque no se trataba de un cambio drástico, la diferencia entre su antiguo peinado y el nuevo era espectacular.

Cuando Karol giró la silla para que Stephanie pudiera verse en el espejo, casi no se reconoció a sí misma. La mujer reflejada en el espejo bien podría posar para una revista de moda.

Aunque en secreto, Stephanie estaba encantada con la reacción que Alex había tenido al verla. Lo único que le faltó fue silbarla. Por mucho que, acorde sus valores feministas, la aprobación masculina fuera innecesaria, la mujer coqueta que había en su interior estaba loca de contenta.

Sin querer mostrarle sus verdaderos sentimientos, Stephanie lanzó a su futuro marido una sagaz mirada.

-Me han dicho que he quedado muy bien -le dijo con sequedad.

Capítulo Cuatro

-¿No es ésa Stephanie Firth? -preguntó una voz incrédula.

-¡No puede ser ella!

Stephanie oía susurrar a la gente mientras que Alexander y ella seguían al maitre hasta la mejor mesa del mejor restaurante de la ciudad. Famoso en el lugar por su cocina francesa, Claire's alardeaba de tener una selecta atmósfera que le diferenciaba del Royal Diner donde normalmente Stephanie solía ir a comer.

Una rosa adornaba la mesa. Su color competía con el rubor de sus mejillas. Era consciente de que se sentía como Cenicienta en el baile, pero, aun así, fue capaz de alzar la barbilla ante las miradas curiosas de todos aquellos que les observaban mientras Alex, cortésmente, le señalaba la silla donde sentarse.

-¿Cómo has podido confundir a esa biblioteca-ria tan sosa con la preciosidad que está con Alexander Kent?

-Porque ése es Alex, ¿verdad?

-He oído que está otra vez disponible. ¿Quién es la que está con él?

Stephanie fingió no oír los desagradables comentarios de la mesa de al lado al igual que fingía que no le hacían daño. Aquél le pareció un buen momento para mostrarle a Alex que sus dotes interpretativas hacían de ella una buena compañera para llevar a cabo su misión.

Ella no vio la mirada asesina que dirigió a las dos mujeres que estaban sentadas junto a ellos, pero, al instante, su maliciosa risita cesó. Alex pidió una botella del champán más caro y procedió a servir mientras conversaba para que Stephanie asumiera que lo hacía para que la audiencia se familiarizara con la idea de que eran pareja. Sin embargo, lo hizo para que ella se sintiera a gusto. Una copa de champán podría hacer mucho más que cualquier comentario ingenioso que Alex pudiera hacer.

Para cuando se encontraban en mitad de la cena, Stephanie ya se sentía mejor. Si bien era cierto que estaban de cara al público, Alex estaba siendo encantador. Su mordaz sentido del humor la ayudó a relajarse y no vio necesario recurrir a la interpretación para fingir estar pasándoselo bien.

Por su parte, a Alex le sorprendió sobremanera el sentido del humor de Stephanie. Su risa era auténtica y natural. De hecho, no parecía ser consciente de lo bonita que era. Alex encontró su transformación más que satisfactoria. No sólo su apariencia física había sufrido una gran transformación, su personalidad parecía haber mejorado con el cambio. Ahora estaba menos a la defensiva y resultaba mucho más divertido disfrutar de su compañía.

A Alex no le costó mucho comprender que la forma en la que

ella veía la vida era totalmente diferente de cómo lo hacían las otras mujeres con las que había salido. Sin tener intención de hacerlo, en cierta forma, ella también había cambiado la percepción que ahora Alex tenía del mundo. Ella le hacía reír. Era irónica y tenía la mente muy despierta. Sorprendentemente, aquella cita estaba resultando mucho más satisfactoria que la segunda copa de champán que ella se atrevió a tomar. Stephanie era totalmente encantadora. Alexander encontró su sinceridad tan refrescante como su forma de ver la vida.

-Siempre me había preguntado cómo sería cenar en un sitio tan bonito como éste... Y con un hombre tan guapo -admitió.

A la luz de las velas, sus ojos brillaban con más intensidad que las burbujas de su copa de champán. A sabiendas de que se estaba poniendo en peligro, Alex encontró su sincera apreciación muy modesta.

Por mucho que Alex se estuviera divirtiendo, no podía pasar por alto el hecho de que ambos eran el centro de atención. Contento de que Stephanie hubiera dejado a un lado su aversión personal hacia él, ahora ya no sabía si estaba actuando o si realmente era una criatura tan fascinante como sospechaba. Sólo había una manera fiable de saberlo.

Sus labios esbozaron una ligera sonrisa mientras Alex llevaba su mano hacia el bolsillo interior de su chaqueta. Sacó una cajita de terciopelo negro que ofreció a Stephanie por encima del pastel de chocolate que ella estaba degustando. Alex no recordaba la última vez que había estado con una mujer lo suficientemente segura de su cuerpo como para poder disfrutar de un postre sin tener que escuchar lamentos y promesas acerca de hacer dieta al día siguiente.

-¿Qué es esto? -preguntó ella. Stephanie parecía estar adorablemente confusa.

-Ábrela -sugirió él.

Todo el mundo en el restaurante parecía estar conteniendo la respiración cuando Stephanie agarró la cajita. Estaba temblando. No conseguía abrir el cierre de la cajita, pero cuando lo hizo, dio un grito ahogado.

Ni siquiera en las revistas había visto Stephanie un diamante tan grande ni tan exquisito.

No fue la única sorprendida por semejante extravagancia. Su grito hizo eco en todo el restaurante. A Alexander casi le parecía oír el sonido de las rotativas calentándose. Sonrió al imaginar que, a la mañana siguiente, la primera edición de las revistas llegaría ya demasiado tarde para la mayoría de sus lectores. Los teléfonos móviles habían salido al paso y ya estaban dando la noticia.

Con los espectadores al borde de sus sillas, Alex se aclaró la garganta y se arrodilló en el suelo.

Se sentía totalmente ridículo al actuar de una forma tan

romántica, pero, aun así, tomó las manos de Stephanie.

-Stephanie Firth -dijo en voz alta para aclarar las dudas de aquellos que no sabían de quién se trataba-. ¿Quieres casarte conmigo?

La expresión de su cara era algo inefable. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos. El color de sus pupilas se asemejaba al tono del chocolate fundido. Stephanie se había quedado sin palabras. Parecía que los ojos de Alex la habían hipnotizado. No podía articular palabra. Sólo le parecía que se estaba enamorando.

Deslizó el anillo en su dedo. Se sorprendió al ver que encajaba a la perfección. El diamante brillaba con tanta intensidad que se preguntaba si el reflejo podría verse desde otro planeta. Parpadeando, se obligó a recordar dónde estaba y qué era lo que estaba haciendo allí. Convenciéndose de que aquel magnífico anillo no era más que una imitación en circonita, hizo todo lo que pudo para recordar cual era su papel en aquella representación. La última cosa que quería era decepcionar a aquel hombre. Y menos en el primer acto.

-Claro que sí. Me casaré contigo -dijo, dejando caer las pestañas tímidamente para que Alex no pudiera ver lo lejos que había llegado con sus fantasías.

-Me haces el hombre más feliz del mundo -respondió suavemente para que sus palabras sonaran sinceras.

La gente afinaba el oído para escuchar la conversación. Las reacciones variaban desde las viudas que suspiraban ante los recuerdos que la proposición de Alex les evocaba a las jóvenes que parecían impactadas mientras que sus madres murmuraban ocultando sus labios bajo las servilletas.

-Hagámoslo creíble -susurró Alex mientras se ponía en pie y la tomaba entre sus brazos.

Stephanie se vio presa del pánico al darse cuenta de que iba a besarla. No había nada que ella pudiera hacer para evitarlo. Y aunque hubiera podido hacerlo, la verdad es que soñaba con besar a aquel hombre desde el primer momento que le vio en la caseta de la gala benéfica en la que ella y Carde habían ido juntas.

-Al menos no tendré que pagar por éste -murmuró en voz baja, de forma que Alex apenas pudo oírla.

Pero sabía que eso era mentira.

Sospechaba que tendría que pagar por aquel beso durante el resto de su vida.

Alex no sabía de qué estaba hablando, pero tampoco le importaba. La audiencia ante la que estaban actuando estaba expectante. Alex inclinó la cabeza hacia ella mientras que una de sus manos se deslizaba por su espalda estrechándola contra su cuerpo. Con su otra mano atrajo suavemente la cabeza de Stephanie hacia sí. Ella cerró los ojos y sus labios se entreabrieron sensualmente.

Alex quería besarla de forma convincente, pero sin la voracidad ni el ansia que podría hacer pensar que había perdido la compostura en público. Estrechándola aún más contra su cuerpo, Alex exploró su boca y, para su sorpresa, la encontró deliciosamente dulce y adictiva. Stephanie correspondió el beso con la misma intensidad con la que él lo hacía. Ella le rodeó el cuello con las manos mientras que su cuerpo se arqueaba contra el suyo. Un ligero gemido escapó de las profundidades de su cuerpo.

Sintiendo la excitación de sus pechos contra su torso, Alex se atrevió a ir más allá y poner más intensidad en su beso. Luchando por mantener el control, supo detenerse justo a tiempo. Separó sus labios de los de Stephanie y examinó su cara. La pasión iluminaba su rostro. O aquella mujer era la mejor actriz que había sobre la faz de la tierra o Alex se encontraba ante un serio problema.

Una pareja de ancianos sentada en una mesa cercana comenzó a aplaudir. El sonido retumbaba en los oídos y en el corazón de Stephanie. Que Alexander la mirara de forma tan intensa no la ayudaba nada a calmarse. Siendo una mujer que siempre se había sentido orgullosa de su compostura y decencia, no podía creer que ahora su cuerpo estuviera traicionándola de esa manera. Si no hubiera sido por el autocontrol de Alexander, bien podría haber terminado retozando sobre la mesa.

Stephanie se sonrojó ante aquel pensamiento.

Al susurrarle al oído, sintió la voz de Alex más áspera.

-¿No deberías tú decir unas palabras o algo?

Parecía como si a Stephanie le hubieran tirado un vaso de agua a la cara. Sabía que aquel beso había alterado para siempre su relación. Una relación que, recientemente, había pasado de una animadversión total a una amistad superficial. También había alterado su creencia de que, algún día, sentaría la cabeza al lado de algún hombre insulso. Stephanie dudaba si Alex era consciente de cómo había arruinado el sueño de su vida por haberla involucrado en semejante fantasía.

Stephanie tenía la garganta seca.

Sabía que las lágrimas no le gustarían a su audiencia, así que hizo todo lo que pudo para restaurar la intimidad que habían compartido hacía un momento.

-No te lo has ganado -le susurró al oído.

Cuando, a modo de respuesta, Alexander la miró perplejo, ella sonrió.

-Hay mujeres que hubieran pagado el doble por un beso como ése.

La sonrisa que le dedicó a Alex parecía forzada. Era todo lo que

podía hacer para abstenerse de volver a besarla.

El papel de novio adorable estaba resultando más fácil de lo que había pensado en un primer momento. Aunque sabía que, una vez su misión hubiera acabado, Stephanie nunca consentiría quedarse con el anillo que le había regalado, había hecho bien en elegir la pieza más llamativa de la joyería. Alex estaba convencido de que sólo lo hacía para incitar al cotilleo y la rumorología que surgiría entorno a su romance además de hacer aún más creíble su fuga hacia Las Vegas. Pero, de hecho, su elección tenía más que ver con la expresión que deseaba ver en la cara de Stephanie cuando ella se sintiera tratada como una preciosa gema.

Y no lo había decepcionado. De hecho, su reacción había sido tan auténtica y emotiva que casi . logró derretir el corazón del soltero más codiciado de todo Texas. Casi hizo que Alex deseara que alguien le importara tanto como para arriesgarse y aceptar un compromiso que durara para el resto de su vida. Pero sólo casi.

La ironía que había en aquella compra no le pasó inadvertida. En innumerables ocasiones el hecho de que una mujer le pidiera un anillo como símbolo de su compromiso había marcado el fin de su relación. Ahora se imaginaba cuántas de ellas se sorprenderían al ver anunciado su matrimonio en los periódicos. Todo formaba parte de una estrategia para crear un escenario creíble para los recién casados, una vez que éstos intentaran desmantelar la red de adopción ilegal de la que Natalie les había dado pistas.

Cuando se dispusieron a marcharse del restaurante, algunos de los comensales le pidieron a Stephanie que les enseñara el anillo.

-¡Qué bonito!

-¿Acaso no lo es ella? -respondió Alex, mirando a Stephanie y haciendo que se sonrojara.

Alex la agarró del brazo y la condujo hacia la puerta. Una vez allí, miró su reloj y empezó a hablar en voz alta para asegurarse de que todo el mundo le oía.

-Cariño, será mejor que nos demos prisa si queremos llegar a tiempo.

-¿Adonde vamos ahora? -preguntó Stephanie, olvidándose por un momento de que su plan se había puesto en marcha.

-¿Acaso no lo sabes? A la capilla, naturalmente.

Capítulo Cinco

Una capilla de Las Vegas no era exactamente la iglesia que su madre había imaginado para la boda de su única hija, pero Alex llevaba dentro de la maleta una copia falsa de un certificado matrimonial que evitaba tener que celebrar una ceremonia.

Aunque sólo se tratara de una interpretación, a Stephanie le aliviaba el no tener que pasar por el mal trago de celebrar un matrimonio rodeada de fotos de Elvis. Mientras miraba a través de la ventanilla del avión y veía disminuir el tamaño de las casas de su ciudad natal, pensó que ojalá sus preocupaciones pudieran minimizarse tan fácilmente.

Era difícil creer que hacía tan sólo un par de noches se encontraba en el escenario de un instituto animando a un grupo de adolescentes a repasar el guión de la obra que estaban ensayando. Sin embargo, les había prometido volver en dos semanas y hacer un ensayo general en el que no les permitiría utilizar sus guiones.

Si al menos ella tuviera un guión que poder seguir ahora...

Por muy halagador que pudiera resultarle que Carrie hubiera confiado en sus habilidades interpretativas para desempeñar aquel papel, lo cierto era que Stephanie temblaba al pensar que tendría que compartir dormitorio con Alexander Kent. Bastante difícil le resultaba ya tener que controlar su fantasía ahora que estaban compartiendo vuelo en asientos de primera clase. Pero la cosa cambiaría cuando entraran en la suite nupcial que habían reservado. Claro que, tampoco esperaba tener que consumar aquel supuesto matrimonio. Bien sabía que el único contacto físico que tendrían serían algunos besos de vez en cuando con el fin de reforzar y dar credibilidad al hecho de que querían tener un hijo.

El mismo tipo de beso que había provocado que su mundo se tambaleara. De hecho, aquel beso era en lo único que había pensado desde que se habían marchado del restaurante.

Stephanie se apresuró a templar sus nervios aceptando la copa de champán que le ofrecieron a bordo.

No resultaría nada fácil tener que retomar su solitaria y aburrida vida una vez su misión hubiera terminado. Sería imposible olvidar aquel beso... Tomando otro sorbito de champán, Stephanie llegó a la conclusión de que no le importaba arriesgar su vida. Lo que realmente le preocupaba era poner el peligro su corazón.

Sospechaba que la única forma de mantener su orgullo intacto era convencer a Alex de que ella era la mejor actriz del mundo. Quizá si pudiera imitar la actitud displicente de aquel playboy, tendría alguna posibilidad de no quedar como una completa imbécil. No había razón alguna por la que una mujer como ella no pudiera adoptar la

misma actitud que él.

Así que su reto era convencer a Alex de que él no le afectaba en absoluto mientras que, de alguna manera, tendría que convencer a su corazón para que no se rindiera ante sus encantos. Mientras bebía un último trago de champán, pensó que aquello sería pan comido.

Creyendo que el nerviosismo de Stephanie se debía a su miedo a volar, Alex le tomó la mano con el fin de reconfortarla.

-¿No quieres saber dónde vamos a alojarnos?

Cuando vio que ella no se definía al respecto, él le proporcionó la información.

-En un hotel nuevo llamado Lost Spring Casino.

-Suena muy bien.

Alex conocía a muy pocas mujeres que no tuvieran la necesidad que estar hablando constantemente. Aunque el silencio no le resultara incómodo y así podía pensar en cómo iniciar el contacto con la agencia de adopción, no podía evitar preguntarse qué estaría pensando Stephanie en esos momentos.

Llegaron a Las Vegas al anochecer. Stephanie nunca había montado antes en una limusina, así que disfrutó inspeccionado todos los chismes que encontraba a su alrededor mientras eran transportados hasta el hotel.

A Alex aquello le hizo mucha gracia.

-Eres peor que un crío.

No podía recordar la última vez que uno de sus ligues había mostrado tanto entusiasmo hacia el medio de transporte que les llevaba de una fiesta a otra.

-Trataré de comportarme mejor y parecer más sofisticada cuando no estemos a solas -le prometió.

El sonido de la música country llegó a sus oídos. Stephanie sonrió. El casino en el que iban a alojarse era nuevo en la ciudad y, por lo tanto, contaba con todas las atracciones que uno pudiera pensar.

Stephanie giró la cabeza para mirar al exterior a través de las lunas tintadas.

-¿Qué es eso? -preguntó Stephanie, señalando a una multitud.

-Para, por favor -ordenó Alex al chófer.

Un momento después se unieron a un grupo de turistas entre el cual intentaron hacerse con un buen sitio para ver el espectáculo que el casino ofrecía. Se trataba de una representación de dos barcos piratas en las aguas del Caribe. El joven actor que hacía de pirata era impresionante. El sonido de los cañones hizo a Stephanie saltar. Después, cuando el joven pirata fingía su muerte en una dramática escena en la que saltaba al agua antes de que el barco se hundiera, Stephanie dejó escapar un grito ahogado.

A Alex el show le pareció patético, pero sabía que a ella le

había encantado.

Después fueron hacia el hotel sin hacer ninguna otra parada a pesar de que Alex estaba tomando nota de todos los lugares que Stephanie, le había dicho, quería visitar.

-¿No te gusta el juego? -le preguntó.

Todas las mujeres que conocían disfrutaban apostando con su dinero. De hecho, había traído bastante dinero para gastar en el casino con el fin de aportar credibilidad a su coartada. Además, raramente perdía en las mesas de póquer.

-Quizá un poco -admitió Stephanie, pensando cuánto podrían durarle veinte dólares en un sitio como aquél.

Entrar en la recepción del Lost Spring Casino era como regresar al siglo diecinueve cuando la fiebre del oro en California había convertido en millonarios a todos aquellos que habían probado suerte.

Abrumada por las luces y los sonidos que había a su alrededor, Stephanie dejó que Alex la condujera hasta el mostrador de recepción. Allí se registraron como el señor y la señora Kent. El recepcionista les dio la bienvenida y les facilitó la llave de la suite nupcial que ocuparían durante dos semanas. Después de darles la enhorabuena por su boda, les dijo que el hotel les obsequiaría con una botella de champán para que pudieran celebrar su noche de bodas.

Stephanie palideció. Era poco probable que la suite nupcial tuviera más de una cama, así que asumió que, por muy galante que Alex pudiera ser, ver cómo se las apañarían para dormir resultaría extraño.

Y habiendo saboreado ya sus besos, tenía serias dudas acerca de lo caballeroso que podría llegar a ser dadas las circunstancias.

Alex colocó la llave en su mano y Stephanie sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Él la sonrió. Sabía lo que estaba pensando. Ella estuvo a punto de ponerse a llorar. Odiaba ser tan transparente.

-¿Quieres pasar algo más de tiempo en el casino antes de subir a la habitación? -sugirió Alex.

Stephanie asintió, aliviada.

-Déjame conseguirte unas fichas. Volveré enseguida.

-Espera un segundo -le dijo agarrando, su monedero y sacando de él un billete de cincuenta dólares, que era más del doble de lo que tenía intención de gastarse. Pero si esa cantidad servía para prolongar el angustioso momento de subir a la habitación, el gasto valdría la pena.

Aunque, con su suerte, Stephanie pensaba que la desplumarían en tiempo récord.

Sonriéndole, Alexander se negó a aceptar aquel billete.

-No tengo intención de dejarte gastar tu propio dinero, cielo -dijo, devolviéndole el billete y dirigiéndose hacia la caja.

Stephanie no podía creer la forma tan increíblemente dulce en la que Alex estaba actuando. A pesar de que actuar fuera la palabra correcta, se preguntaba si era posible que, en realidad, él no fuera el granuja que siempre había imaginado. Nunca antes un hombre la había tratado como un objeto precioso ni le había dedicado en público tantas atenciones y piropos. Falsos o no, aquellos cumplidos hubieran subido la moral a cualquier mujer.

Para cuando Alex regresó, alguien había ofrecido a Stephanie una copa de bienvenida. Estaba estudiando una máquina tragaperras y haciendo cabalas acerca de cómo rentabilizar su apuesta. Alex no pudo hacer otra cosa más que reírse al ver la expresión de su rostro. De hecho, era lo único que podía hacer para evitar tomarla entre sus brazos y llevarla hasta la habitación para disfrutar de ella a solas. Aquel pensamiento le hizo sentirse tan nervioso como un adolescente en su primera cita.

Depositando un montón de fichas en sus manos valoradas en cien dólares, le preguntó si quería acompañarle a las mesas de juego. Sin saber cuánto dinero estaba en juego, Stephanie le miró de forma escéptica.

-¿Estás seguro de que sabes lo que haces?

Alex respondió con cierto tono de humor en su voz.

-Claro. Te apuesto lo que quieras a que, al final de la noche, habré ganado más dinero que tú.

Mirando el montón de fichas que sostenía, Stephanie pensó que, en realidad, no tenía nada que perder.

-¿Y qué es lo que me apuestas?

Asombrado por su disposición hacia querer asumir aquel riesgo, él levanto sus verdes ojos hacia ella. Sus pupilas brillaban tanto como las de un niño travieso.

-Si gano, tendrás que dejar que te vea con uno de esos magníficos picardías que te he comprado -dijo mientras levantaba una mano antes de que ella protestara-. Ni que decir tiene que no tengo intención de tocarte, aunque es una opción si es que tú así lo deseas. Simplemente me gustaría verte luciendo algo tan bonito y suave como lo es mi esposa.

Stephanie no sabía si abofetearlo o derretirse ante su cumplido. Aquella apuesta era tentadora, pero también era bastante aterradora.

-¿Y si gano yo?

-Pídeme lo que quieras -respondió Alex.

Stephanie se paró a pensar un momento. De todas las cosas que podría pedirle, pensó que podría ser divertido elegir algo que Alexander Kent fuera incapaz de proporcionarle. Tendría que ser algo que todas las mujeres desearan y que ninguna tuviera el suficiente arrojo de pedirle por miedo a parecer mezquinas.

-Si gano -dijo, mirándole a los ojos-, quiero que me lleves a

cenar y a ver un espectáculo de mi elección.

Esta vez fue ella quien alzó la mano para evitar que él protestara.

-Y -añadió-. A pesar de lo hermosas que sean las mujeres que haya en el escenario o entre el público, tú tendrás que tratarme como si yo fuera la más bella de todas ellas.

Habiendo esperado que alguna condición económica entrara en juego, a Alex le pareció la petición más extraña del mundo.

-Puedo hacerlo sin problemas. De hecho, haré todo lo que esté en mi mano para que, incluso, te lo creas.

Alex se detuvo para tomar su mano y alzarla hasta sus labios. Con un beso, selló el trato. El escalofrío que recorrió el cuerpo de Stephanie hizo que él también se estremeciera.

***

Dos horas más tarde, Alex se lamentaba de la pésima racha que estaba teniendo. La suerte parecía estar dándole la espalda. Miró el reloj antes de meterse la mano en el bolsillo y ver cuántas fichas le quedaban. Después de un día tan largo, esperaba que Stephanie estuviera tan cansada como él lo estaba. Ya era hora de abandonar el juego.

La idea de perder la apuesta le fastidiaba a pesar de que él tan sólo había querido apostar para que Stephanie se sintiera más cómoda ante el inminente cambio que supondría la convivencia durante el tiempo que durara su misión. Él no podría soportar verla cada noche bajo las sábanas sin intentar echar un ojo para ver qué camisón llevaba. Conociéndola, sabía que era capaz de enrollarse entre las sábanas llevando el albornoz sólo para preservar su imagen casta.

De hecho, parte de la lencería que él la había comprado le parecía bastante recatada. Incluso aunque Stephanie eligiera la prenda más atrevida, Alex esperaba que ella no pensara que perdería el control y se abalanzaría sobre ella. Él no era el tipo de hombre que forzaba a las mujeres, nunca le había hecho falta, y ciertamente nunca lo haría con alguien tan puritana como aquella entregada ' bibliotecaria. Alguien tan obviamente inexperta y atemorizada ante su propia sexualidad. Alguien tan adorable e inconsciente de lo bella que era en realidad.

Mientras Alex se ponía en pie dispuesto a marcharse, oyó que una mujer estaba gritando en el casino. La voz le resultaba tremendamente familiar.

-¡Cinco mil dólares! ¡Acabo de ganar cinco mil dólares! ¿Puedes creerlo? -dijo al acercarse a él.

Por mucho que Alex detestara perder, merecía la pena verla de aquella forma. Sus ojos brillaban con más intensidad que el diamante

que lucía en su mano. Que él se hubiera gastado una cantidad superior en su vestuario no impedía que ella pensara que había ganado una pequeña fortuna. Cuando Alex le dio la enhorabuena, ella lo abrazó.

-¡He ganado!

-Ya lo veo. Supongo que eso quiere decir que pasará algún tiempo hasta que te vea en camisón.

Sosteniéndola entre sus brazos, su risa y aquella suave fragancia que despedía hicieron que Alex viera su derrota como algo lamentable. Sin embargo, podría saldar su deuda fácilmente. Sospechaba que a Stephanie le gustaría cualquiera de los espectáculos que fueran a ver, así que, en el fondo, estaba encantado.

-Hoy debe ser tu día de suerte -le dijo-. Me gustaría poder decir lo mismo, pero creo que la suerte me ha abandonado.

Stephanie inclinó la cabeza hacía atrás y se rió haciendo que varios mechones de su cabello cayeran sobre su rostro. Sorprendido ante semejante visión, Alex pensó cómo había podido considerar a aquella mujer algo feúcha.

Ella le dedicó una enigmática sonrisa.

-¿No crees que va siendo hora de que nos vayamos a la cama?

Aquel comentario hizo que los ojos de Alex brillaran de emoción.

-Por fin he ganado una mano -murmuró, esperando que, si jugaba bien sus cartas, ambos pudieran ser vencedores antes de que, oficialmente, acabara su noche de bodas.

Capítulo Seis

Alexander la cubrió con una manta y suspiró. Stephanie estaba tan cansada después del aturdimiento que le habían producido sus ganancias, que se había quedado dormida encima de la cama sin darle tiempo siquiera a retirar la ropa de cama.

Desde luego, la escena no tenía nada que ver con cualquier fantasía que pudiera haber albergado acerca de su noche de bodas.

Al lado de la cama, como obsequio, habían dejado una cubitera con una botella de champán helado. Distraídamente, retiró la etiqueta de la botella y decidió que quizá se tomaría un trago aunque fuera a solas. Después de todo, ¿qué hombre no se merecía un brindis en su noche de bodas? Y más aún si era uno que, como él, no iba a tener posibilidad de consumar su matrimonio.

Al aceptar la misión, Alex no había supuesto que Stephanie acabara gustándole y, mucho menos, que pudiera sentirse atraído hacia ella hasta el punto de tener que controlar los lujuriosos pensamientos que pasaban por su mente al verla ahora echada en la cama. Nunca había imaginado que, una bibliotecaria tan remilgada como ella, pudiera constituir un deporte tan sano como rendirse ante el trato de una maleducada dependienta, un pretencioso estilista y los cotilleos que con tanto humor había encajado. El gusto con el que se enfrentaba a las cosas le había hecho cambiar su forma de ver la vida. Era imposible ser cínico con una mujer como ella.

Sus besos le habían dejado sentado en la oscuridad, mucho más excitado y frustrado sexualmente que cualquier otra ocasión que pudiera recordar. Stephanie Firth quizá fuera la mejor actriz que hubiera sobre la faz de la tierra, pero nunca sería capaz de convencerlo de que su respuesta física hacia él no era auténtica.

Alex era un hombre que reconocía el verdadero sentimiento cuando lo veía.

Y la pasión cuando la sentía.

Desgraciadamente, en el instante en que había abierto la puerta de la suite, Stephanie sólo tuvo ojos para la cama de matrimonio que ocupaba la mayor parte del espacio. No podía culparla por ello. Incluso para un ex agente del FBI como él, había sido un día muy largo.

Alex la observó mientras dormía. Cuando finalmente decidió no seguir torturándose, Alex corrió las cortinas y se dispuso a acostarse. Puesto que Stephanie se había echado encima de la cama vestida, pensó que no le importaría que él durmiera a su lado. Y mucho menos si, al igual que ella, se acos-' taba sobre la ropa de cama y se dejaba los pantalones puestos.

Y si no, siempre podría divorciarse de él a la mañana siguiente.

***

Stephanie se levantó desorientada. El dolor de cabeza le recordó que no estaba acostumbrada a beber tanto champán en un solo día. El sonido de alguien roncando levemente a su lado hizo que abriera los ojos rápidamente y tratara de recordar dónde estaba y quién era.

Miró al reloj que había en la mesilla. Eran las once y cuarto. El brazo desnudo de un hombre reposaba sobre su pecho. Miró debajo de la manta que la cubría para ver cómo se encontraba y le alivió bastante descubrir que no estaba desnuda.

Satisfecha por no haberse puesto en evidencia, consideró la mejor forma de salir airosa de una situación tan embarazosa.

Se dio media vuelta para mirar de frente a Ale-xander sin intención de despertarlo. No pareció inmutarse por sus movimientos, así que intentó liberarse del brazo que él apoyaba sobre su pecho. Stephanie estaba contenta de que Alex tuviera el sueño profundo. No quería que su involuntaria respuesta física revelara el profundo deseo que sentía. Mientras mantuviera los ojos cerrados, Stephanie podía examinar a salvo sus bellas facciones. Incluso dormido aquel hombre era tremendamente atractivo.

Stephanie le apartó un mechón de pelo de la frente. Su pelo color caoba cobrizo era tan bonito y tan suave al tacto… El calor del cuerpo de aquel hombre junto al suyo le hizo pensar a Stephanie cómo sería levantarse cada día de semejante manera. Ella no quería todas las cosas superfluas que aquel supuesto matrimonio le ofrecía: chófer, limusinas, asientos en primera clase, ropa de firma… Lo que ella añoraba era la posibilidad de amar a alguien que llenara su solitaria vida.

En aquel momento maldijo a Alexander por haber hecho renacer en ella, sin darse cuenta, el deseo de encontrar marido y formar una familia.

El año anterior, después de haber pasado la barrera de los treinta, decidió que ya era hora de enterrar aquel viejo sueño. Sin haber experimentado nunca un romance siendo más joven, a esa edad ya veía imposible encontrar su media naranja. Gradualmente, Stephanie había aceptado cuál era el papel de su vida: ser una bibliotecaria correcta y formal con aspiraciones dramáticas y deseos de ayudar a los adolescentes a cumplir sus deseos antes de que fuera demasiado tarde para hacerlos realidad. La triste verdad era que no iba a aparecer ningún príncipe azul cabalgando en el horizonte para pedirle matrimonio.

Aunque Alexander Kent no fuera su príncipe azul, no podía negar que era guapísimo y se sentía atraída hacia él. Stephanie levantó la mano para contemplar el increíble diamante que lucía en su

dedo. Tenía que ser una circonita. Ningún hombre en su sano juicio habría comprado semejante pedrusco sólo para aparentar encajar un papel que detestaba.

Pero, por qué aquel anillo la hacía derretirse cada vez que lo miraba, escapaba a su razón, de la misma forma que no comprendía por qué sus manos deseaban acariciar el magnífico cuerpo de Alex mientras dormía. Ignorando cómo aumentaba su deseo, deslizó sus manos por los hombros de él con la suficiente fuerza para darle la vuelta.

Tenía poco pelo en el pecho, pero tenía un torso muy tentador. La respiración de Stephanie se entrecortó al estudiar sus labios e imaginar qué sentiría al posar sus labios sobre los de él. Sin duda sabía que las mujeres hacían cola para tener la oportunidad de saborear aquellos labios, así que no pudo contenerse y posó sus labios sobre los de Alex. Él abrió los ojos de repente. Parecía sorprendido. Stephanie se echó hacia atrás, esperando que aún estuviera lo suficientemente adormilado para pensar que su indiscreción había sido un sueño.

-Buenos días, dormilón.

Creyendo que se merecía un período de adaptación similar al que ella había disfrutado, no se quejó cuando, de repente y mientras se desperezaba, se vio de nuevo inmersa entre sus brazos.

Ya habría suficiente tiempo para enfrentarse a los criminales que robaban bebés para lograr beneficios económicos. Ahora mismo, lo único que Stephanie quería era perderse en el calor que, los brazos de su supuesto y adorable esposo, le proporcionaba.

Para Alex había sido un terrible error haber dormido junto a Stephanie. Se reprochaba a sí mismo el haber permitido que ocurriera. ¡Maldita sea! A pesar de que hubiera habido entre ellos un muro que marcara una separación prudencial, aquello no hubiera hecho que su erección disminuyera lo más mínimo. Estaba tan excitado y frustrado a la vez, que le resultaba imposible mantener sus hormonas bajo control. Durante toda su vida, las mujeres habían ido a él. Nunca antes había estado tan prendado de alguien como ahora lo estaba de la recatada señorita Firth.

-Buenos días, mi bella esposa.

-No tienes por qué fingir cuando estemos a solas -dijo Stephanie, poniéndose en pie.

-Lo sé.

Alex lamentó que se apartara de él de esa forma. Mientras que el resto de las mujeres hacían comentarios acerca de lo feas y gordas que eran para que él le regalara los oídos, Alex sospechó que Stephanie, al rechazar de aquella forma su cumplido, simplemente no

lo creía.

-Ven aquí -le pidió, encendiendo la luz que había junto a la cama.

Stephanie hizo de mala gana lo que él le pedía. Alex se levantó y, rodeándola por detrás con sus brazos, la llevó hasta el espejo que, estratégicamente, habían dispuesto sobre la cómoda para que proporcionara la mejor vista desde la cama.

-Quiero que te mires en el espejo.

Los ojos de Stephanie buscaban los de él en el reflejo del espejo. Alex vio cómo el pánico se reflejaba en sus pupilas.

-Soy un adefesio.

Sus manos empezaron a alisar el jersey de cachemir con el que, tan inconscientemente, se había quedado dormida. Alexander tenía todo el derecho del mundo a estar enfadado por haber tratado de esa manera un regalo tan caro.

-Lo siento.

-¿Por qué? ¿Por hacerme desear ser yo el culpable de que te levantes con una apariencia tan sexy y desaliñada?

Alex se negaba a dejarla marchar hasta que no reconociera lo que veía en el espejo.

Stephanie deseó tener un pañuelo de papel con el que poder limpiarse los restos de máscara que había olvidado retirar la noche anterior. Por qué Alex estaba siendo tan amable con ella, iba más allá de su razón. Todos aquellos cumplidos no hacían otra cosa que hacer volar su fantasía. Pero tenía que dejar de construir castillos en el aire. Sin embargo, ver a un hombre tan magnífico como Alex frente a ella con el torso desnudo no ayudaba en absoluto.

-¿Te importa si me ducho antes que tú?

A Alex se le ocurrieron un montón de respuestas para aquella pregunta.

-Por supuesto que no. Adelante.

Se soltó de sus brazos con tanta habilidad y rapidez que Alex se quedó pasmado. ¿Cuántas veces se había despertado en compañía de una mujer y había tenido que rebanarse los sesos para lograr escabullirse de una forma tan ágil? ¿Era ésa la forma en que ellas se sentían cuando él se marchaba?

Aquella situación parecía mostrarle ahora la otra cara de la moneda. Ahora sabía por qué su miedo a intimar impedía compartir momentos de ternura como el que acababa de compartir ahora con una mujer que, al igual que él, parecía temer el compromiso.

Se deshizo de aquellos pensamientos agitando la cabeza. Sospechaba que Stephanie, si encontraba al hombre correcto, jamás dudaría en aferrarse a él con fuerza para no dejarle escapar. Lo que ella temía era enamorarse de Alexander Kent, ese play-boy con tan mala reputación. Y ese pensamiento le hacía entristecer.

Pero tampoco es que él tuviera la culpa de que alguien tan puro como ella quisiera evitar enamorarse de alguien a quien el *Texas Tattler* había tachado de granuja y vividor. Aquella imagen le venía de perlas para trabajar en cubierto bajo las órdenes del club, pero, de repente, le pareció terrible que le etiquetaran así para el resto de su vida.

El sonido del agua fluyendo en la habitación contigua hizo que Alex sustituyera sus pensamientos por otros más eróticos. Pensar en inmovilizar a Stephanie contra la pared de la ducha y hacer el amor con ella mientras el agua caliente caía sobre ellos, le hizo gemir de placer. En vez de seguir torturándose de aquella manera, decidió ir hacia el teléfono y llamar al servicio de habitaciones. En un intento de saciar su voraz apetito, todo lo que podía hacer era tomar un abundante desayuno.

Capítulo Siete

Al salir de la ducha, Stephanie se sintió una mujer nueva. No hay lugar mejor para ahogar el llanto que una cascada de agua caliente.

Desde que Alexander había deslizado el anillo de compromiso sobre su dedo, se había dejado llevar por su fantasía y se había tomado el papel de esposa en serio. Intentó dar una explicación a aquel comportamiento recordándose que incluso los mejores actores y actrices a veces sucumbían ante sus papeles más difíciles. Sin embargo, sabía que debía controlar su imaginación antes de que alguien saliera perjudicado. De hecho, ella era la que tenía el mayor número de papeletas para ser la que más sufriera con todo ello.

Stephanie intentó no ser demasiado dura consigo misma. Cualquier mujer, a menos que no estuviera hecha de piedra, sucumbiría a los encantos y al magnetismo de Alexander Kent. Y ella no era una excepción.

El corazón le dio un vuelco al pensar que, algún día, su sueño podría hacerse realidad. Podría convertirse en una esposa sin que ello tuviera que interferir con el hecho de estar ahora allí. Mucha gente contaba con ella, así que no iba a poner en riesgo su cabeza y su corazón por una farsa que sólo iba a durar un par de semanas.

Estaba segura que alguien tan sofisticado y elegante como Alexander Kent se burlaría ante su sueño de formar una familia con un hombre sencillo que la quisiera por lo que era. Así que Stephanie decidió que la única manera de sobrevivir a aquel matrimonio era mantener a salvo su corazón e impedir que Alexander traspasara su coraza emocional. Para cuando el agua caliente empezaba a estar tibia, Stephanie ya se había armado del suficiente valor y energía para hacer frente a la situación.

Pero aquella actitud sólo le duró un instante. Justo hasta cuando, después de echar un vistazo a su alrededor, descubrió que la ropa que había llevado al cuarto de baño para vestirse había desaparecido. Sin saber muy bien cómo reaccionar ante aquella broma de Alex, no tuvo otra opción sino salir hacia el dormitorio y plantarse frente a él sin nada más que la cubriera que una suave y esponjosa toalla del hotel.

-¿Qué has hecho con mi ropa? -quiso saber ella.

Alex casi derramó su café al ver entrar en el dormitorio a aquella guerrera medio desnuda. El cabello mojado caía sobre sus pálidos hombros. Su rostro irradiaba el blancor y frescura de la belleza. ¡Dios bendito! Si su compañera tenía ese aspecto a primera hora de la mañana sin todo el ritual de belleza que todas sus otras amigas llevaban a cabo antes de permitir que cualquier persona las

viera sin maquillar, sería muy difícil para él, mantener toda la profesionalidad que aquella misión requería.

-La he mandado a la lavandería -dijo, esperando no tener que protegerse de ella con el cuchillo de la mantequilla. Nunca la había visto tan enfadada. De hecho, nunca le había parecido más adorable-. También te he pedido el desayuno. Espero que ninguna de las dos cosas te haya molestado.

Stephanie se quedó con la boca abierta. Nunca se le había pasado por la imaginación que Alexander pudiera ser tan atento con ella.

-Por supuesto que no -tartamudeó.

El aroma del café recién hecho hizo que agarrara el albornoz que Alex le había dejado sobre la cama y se fuera al baño a ponérselo. Regresó un momento después. El carro que el servicio de habitaciones había llevado al dormitorio estaba repleto de fruta fresca, nata y los gofres más grandes que jamás había visto.

Incapaz de resistirse a aquellas exquisiteces, se sentó frente a Alex y contempló a través de la ventana la panorámica de la ciudad.

-Esto es magnífico -dijo ella.

-Sí, lo es -respondió Alex sin quitarle la vista de encima.

Stephanie hizo caso omiso a su cumplido. Aquello no le hizo perder el apetito. Para Alex era algo raro ver comer a una mujer como Stephanie. Después de superar la broma de la ropa, Stephanie se encontraba de buen humor. Pasaron un rato ameno desayunando, en el que ella le servía café cada vez que Alex le ofrecía su taza, además de recordarle, siempre que tenía oportunidad, que le había ganado la apuesta la pasada noche. Fue así que, como consecuencia de haber ganado, recordó que debía elegir un espectáculo para que Alex la llevara aquella noche.

-¿Y qué vas a hacer con el dinero que has ganado? ¿Quizá comprar un abrigo de piel o alguna joya que lucir en el show de esta noche? -preguntó Alex, sugiriéndole lo primero que se le pasó por la cabeza.

-¡Por amor de Dios, no! -exclamó Stephanie-. Utilizaré ese dinero para cancelar el préstamo de mi coche. Si me sobra algo, me gustaría comprar vestuario nuevo para la función. La falda de Julieta está a punto de separarse del corpiño... Espero que estén trabajando el texto durante mi ausencia.

Alex pensó que la forma que tenía de morderse los labios cuando estaba preocupada era una de las cosas más eróticas que jamás había visto. Le daban ganas de mordérselos él mismo.

-Dado que se trata de una buena causa, me gustaría echaros una mano con eso -le dijo, esperando que entonces decidiera darse algún capricho con el dinero-. No queremos que la dulce Julieta derrame sobre el escenario algo que no sea sangre de verdad, ¿no es

así?

Stephanie se rió.

-¡Claro que no!

Pero había llegado el momento de discutir el asunto que se traían entre manos. Estaban haciéndose pasar por un matrimonio incapaz de tener hijos. Su misión era ponerse en contacto con la agencia ilegal de adopción a través de la cual su confidente, Natalie Pérez, creía que el doctor Román Birkenfeld robaba bebés para venderlos a parejas ricas y desesperadas. Natalie sólo había podido proporcionarles una lista con nombres que había reunido cuando se encontraba al servicio del doctor. Ahora, eran Alex y Stephanie los encargados de reunir las pruebas necesarias que evidenciaran que esas sospechas eran ciertas y descubrir al resto de los malhechores involucrados en la trama.

-¿Por dónde empezamos? -preguntó Stephanie.

Era todo lo que podía hacer para abstenerse de pensar en lamer los restos de mermelada que su compañero tenía en la comisura de los labios y utilizar en su lugar el filo de la servilleta. Aquel pensamiento hizo que su mano temblara mientras que Alexander se inclinaba sobre la mesa y cubría su mano con la de él. Estremeciéndose ante su tacto, se apartó como si una serpiente acabara de morderle.

Alex frunció el ceño.

-Primero me pondré en contacto con la agencia de adopción, concertaré una cita y trataré de convencerles que estamos sondeando el mercado para conseguir un bebé. A ello contribuiría sobremanera el hecho de que dejaras de asustarte cada vez que te toco. Prefiero que piensen que no hemos sido capaces de concebir un hijo tras innumerables y placenteros encuentros sexuales y no porque me encuentres un monstruo aterrador.

Alex mantuvo las apariencias, pero la reacción de Stephanie le había dolido. Le desconcertaba pensar que sus insinuaciones pudieran parecerle repugnantes. Para que un hombre no sintiera nada hacia la mujer que había pasado la noche entre sus brazos, debía no tener sangre en las venas. Una mujer, cuyas curvas estaban echas para encajar a la perfección contra su cuerpo. Una mujer cuya sonrisa ponía en evidencia los luminosos de toda Las Vegas.

Alex no sabía cuánto tiempo podría mantener el control en circunstancias tan tentadoras, pero una ducha fría podría ayudarlo. De repente, se puso en pie.

Stephanie se disculpó por haber reaccionado de semejante forma y haberle enojado.

-Lo siento. Es sólo que no estoy acostumbrada a...

-¿A qué no estás acostumbrada? -quiso saber él-. ¿A que un hombre te dedique atenciones? Tratarte de forma exquisita haciéndote sentir deseable...

-Nunca he estado con un hombre. ¡Y punto!

Aquella revelación hizo que sus mejillas se sonrojaran, mientras que Alex se quedó totalmente asombrado.

Sin duda creía que su compañera era una mujer virtuosa, pero nunca había pensado que aún pudiera ser virgen. De hecho, prefería enfrentarse a solas con la mafia que tener que lidiar con el impacto emocional de semejante complicación. Alexander Kent no era tan insensible y cruel como . otros creían. De ahí que se hiciera socio del club de ganado de Texas.

Ya era hora que admitiera, aunque no se lo dijera a Stephanie, que sentía algo por ella que iba más allá de la mera atracción física. El pequeño, abandonado por su madre, se había convertido en un soltero de oro que miraba con recelo el matrimonio. Cualquier mujer que pasada la veintena seguía siendo virgen, definitivamente no iba a dejar de serlo en una o quince noches en Las Vegas. Una mujer así buscaba un compromiso a largo plazo, familia e hijos y no un breve romance con un playboy.

Alex sólo sabía que, a diferencia de las mujeres que conocía, una verdadera mujer nunca caería tan bajo como para utilizar a un hombre para lograr lo que quisiese. Por eso no creía a Stephanie capaz de hacer algo semejante. Además, no podía permitirse el lujo de dar rienda suelta a sus hormonas y echar por tierra su misión y la tapadera que había usado durante años para enmascarar su añoranza de un verdadero y duradero amor. A pesar de todo lo que apareciera en el Texas Tattler, debajo de esa apariencia de playboy, Alexander Kent era un hombre íntegro y sensible.

-Muy bien, señorita Miss Drama -refunfuñó Alex-. Si eres capaz de hacer todo lo posible para aparentar que no te molesta que te toque, yo haré todo lo que esté en mi mano para fingir no querer tocarte cada minuto de los que estemos juntos.

Diciendo eso se dirigió hacia la ducha donde ni siquiera se molestó en abrir el grifo del agua caliente.

Stephanie se había puesto nerviosa al admitir la verdad. No era cierto que nunca hubiera estado con un hombre. De hecho, en su adolescencia, había paseado agarrada de la mano de muchos jóvenes y se había besado con ellos. Pero ninguno de esos hombres había sido tan maravilloso como Alexander Kent. Ciertamente, nunca había respondido a ninguno de ellos con la intensidad que el más mínimo roce de Alex la hacía experimentar. Si se estremecía ante su tacto no era porque no le encontrara atractivo como él parecía creer. Más bien era al contrario. Se apartaba de él porque su tacto le hacía desearlo de una forma con la que nunca antes había deseado a alguien.

Y saber que él realmente la encontraba atractiva era mucho

más embriagador que todo el champán que había bebido el día de boda.

Llevaban en Las Vegas menos de veinticuatro horas, así que tuvieron suerte de que, a pesar de que habían descubierto que el teléfono de la agencia de adopción no figuraba en la guía telefónica, el número que Natalie les había proporcionado siguiera operativo. La persona que contestó cuando Alex hizo la llamada parecía educada y profesional.

-Un amigo me ha recomendado altamente su agencia. Mi mujer y yo vamos a estar en la ciudad muy poco tiempo y esperamos poder concertar , una cita lo antes posible.

Stephanie mantuvo la respiración cuando él se detuvo. Cuando volvió a hablar de nuevo fue para asegurarle a la persona que había al otro lado de la línea que el dinero no era problema y repetirle que, lo que verdaderamente importaba, era el tiempo.

Un momento después Alex anotó una dirección y una hora en una libreta del hotel.

-Bien. Pasado mañana, entonces. Le agradezco que haya podido hacernos un hueco. Significa mucho para mi mujer y para mí.

Stephanie se había quedado sin habla. De hecho, aún temblaba cuando Alex colgó el teléfono. Esta vez, cuando él se acercó a calmarla, no se apartó. Por el contrario estrechó fuertemente su mano para buscar consuelo. Su sueño estaba a punto de dar un serio giro.

-¿Qué te parece si nos ponemos en marcha y vamos a ver qué hay en esta dirección? -preguntó Alex.

Stephanie le contestó asintiendo con la cabeza. Ése era el motivo por el que estaba allí, así que no podía echarse atrás ahora. Mientras Alex se duchaba, ella se había vestido. Como hacía bastante buen tiempo, no agarró más que su bolso y una chaqueta de punto ligera antes de ir hacia la puerta.

-Así que empieza la diversión. Será como montar en una montaña rusa -dijo, sonriendo cuando él cerró la puerta, aunque no esperaba que Alex se tomara su comentario al pie de la letra, ya que en cierta ocasión le había dicho que le gustaría montar en una montaña rusa que había en la ciudad y era de las más grandes.

Condujeron hasta la agencia de adopción ilegal y aparcaron al otro lado de la calle para estudiar a la clientela que requería sus servicios. Para sorpresa de Stephanie, el establecimiento no se encontraba en uno de los barrios sórdidos y conflictivos de la ciudad. La agencia se encontraba en un edificio de ladrillo al cual acudían parejas con poca pinta de criminales. De hecho, lo que reflejaban sus caras era desesperación. Todo aquello y la mezquindad de aquel negocio le producían ganas de llorar.

Sintiendo que Stephanie le contagiaba sus sentimientos, Alex arrancó el Mercedes que habían alquilado y se dirigió hacia, lo que él pensaba sería, la aventura de su vida. Stephanie no se molestó en decir que ella ya estaba viviendo una aventura desde el mismo día en que él había aparecido en el teatro. Toda esa aventura a ella le estaba pareciendo un sueño en el que mantener los pies firmes en el suelo le estaba costando más a medida que pasaba el tiempo. No tenía sentido decirle que su comentario acerca de la montaña rusa había sido en broma.

Tendría que medir cuidadosamente sus palabras en un futuro. Para su sorpresa, Alexander Kent resultaba ser un magnífico oyente al que nunca se le escapaba nada. Sin duda, ésa era una de las razones por las que las mujeres acudían a él como las abejas a la miel.

El corazón le dio un brinco. Haría bien en recordar que no era más que una más de las admiradoras de Alexander Kent. Y si no era cuidadosa, bien podría terminar siendo una de sus conquistas.

-Debemos mantener las apariencias en caso de que nos sigan mientras estemos en la ciudad -fue su respuesta cuando Stephanie le repitió que no tenía por qué tomarse tantas molestias con ella.

Diez minutos después se colgaba de él como si le fuera la vida en ello. A Stephanie le encantaban las montañas rusas desde que era una niña. Siendo adulta era la única forma en la que podía olvidarse de sus inhibiciones y dejarse llevar y gritar hasta el abandono. Era imposible mantener la dignidad en una montaña rusa y, para alguien como Stephanie que en su vida intentaba mantener siempre una imagen adecuada, ése era su mayor encanto. Sospechaba que sus alumnos se sorprenderían de verla gritando al borde de un precipicio por unos minutos de pura diversión. El hecho de que ahora se estuviera sujetando de alguien tan guapo como Alexander Kent no le restaba nada de emoción al asunto. Al contrario.

Él parecía bastante pálido cuando la vagoneta se detuvo.

-Subamos otra vez -le rogó ella.

Alex consintió con un gemido. Le encantaba ver a Stephanie de aquella forma. No podía recordar la última vez que se había divertido tanto. Llevaba a sus espaldas ya muchas misiones y los años también pesaban, pero se sintió como un niño de nuevo.

Y tenía que agradecérselo a Stephanie. Una verdadera luna de miel en un crucero no hubiera sido más excitante y divertida.

Para cuando llegaron a su habitación para cambiarse e ir a cenar y ver el espectáculo que Stephanie había elegido, Alex estaba hambriento.

Para aquella velada Stephanie había elegido un vestido corto de satén y un chal a juego que iban de maravilla con el color de su pelo.

Un collar de época, una pulsera y unos pendientes de ámbar resaltaban el tono de su piel. Llevaba el pelo recogido en un moño suelto que a Alex le recordaba el perfil sereno tallado en un camafeo. Un par de zapatos de tacón de terciopelo negro le permitían admirar la belleza de las piernas mejor contorneadas que jamás había visto. Alex supuso entonces que, normalmente, llevaba prendas tan anchas y largas para evitar que la mirada de los adolescentes se posara sobre las maravillosas piernas de la bibliotecaria.

Estaba prácticamente babeando cuando ella desfiló ante él.

-Me lo has puesto muy fácil -le dijo.

Ella frunció el ceño. No sabía a qué se refería.

Alex se explicó dedicándole una sonrisa.

-Va a resultarme muy fácil cumplir con la promesa que hice al hacer la apuesta. Viendo cómo luces esta noche, no va a ser para mí ningún reto el tener sólo ojos para ti.

Stephanie se sonrojó.

-Bromeaba al decir eso -le aseguró-. No sólo soy consciente de que no eres de piedra y por lo tanto no eres inmune a la belleza de las mujeres. Pero tampoco estamos casados. Fue una estúpida apuesta, así que te libero de cualquier obligación que hayas podido sentir hacia ella.

Alex vestía un traje oscuro de raya diplomática y una corbata lisa roja. No tenía un pelo fuera de lugar. Como siempre, emanaba un aire de sofisticación y elegancia. En una palabra, Stephanie nunca lo había visto tan guapo. A su lado, ella se sentía una princesa.

Aquella mirada de apreciación que él le había dado merecía todo el dolor que aquel par de zapatos pudiera proporcionarle durante la velada. De hecho, creía que los zapatos de cristal de Cenicienta habrían sido más cómodos. Stephanie suspiró ante su estupidez. Bien sabía que, como en aquel cuento de hadas, su fantasía estaba dispuesta a fracasar, así que prometió disfrutar al máximo mientras durara.

Capítulo Ocho

Durante el resto de la velada, Alex no tuvo ojos para nadie más excepto para su acompañante. Las estrellas del escenario no podían compararse con el brillo de los ojos de Stephanie mientras contemplaban el gran espectáculo. Tenían las mejores localidades del teatro, ni muy cerca ni muy lejos del escenario.

Stephanie había disfrutado mucho de la cena a la luz de las velas previa al musical. Después de mucho dudar, se había decidido por Will Rogers Follies. Lo tenía todo: un gran guión, magníficos decorados, danza y montones y montones de bellas mujeres. Y con la forma en que Alexander la miraba, ella se sentía como una de esas mujeres que resplandecía en el escenario. Por una vez en su vida se sintió sofisticada y sexy.

Stephanie era tan dulce... Alex no conocía a ninguna otra mujer que se hubiera tomado tan bien el hecho de verse inmersa en una misión que conllevaba tanto peligro. Al ponerse en contacto con el club de ganado, le habían dado la mala noticia de que el doctor Birkenfeld se las había ingeniado para escapar y estaba de nuevo en paradero desconocido. Como no veía razón alguna por la que preocupar a su compañera, había decidido no compartir con ella la noticia.

De hecho, no estaban solos en aquella misión. Antes de terminar aquella llamada, su buen amigo Darin ibn Shakir le había asegurado que él también seguiría atentamente el rastro de Birkenfeld. Siendo uno de los rastreadores más importantes del país, aquel ex militar no descansaría hasta atrapar a su presa. Lo único que preocupaba a Alex era la tendencia que su amigo el jeque tenía a trabajar solo.

-Hay mucho en juego para permitir que trabajes solo en esto -le dijo a Darin-. Voy a informar al FBI de todo esto.

A Darin no le gustó mucho la idea. No era un hombre acostumbrado a que se cuestionaran sus decisiones.

-Volveremos a hablar pronto. Me llevará algún tiempo organizar mis fuentes. Cuando lo haga, comenzaré la búsqueda en serio -le prometió Darin.

A pesar de tener un mal presentimiento, Alex se sintió reconfortado. El círculo estaba empezando a estrecharse alrededor del doctor.

Mirando a Stephanie, Alex asumió ser su protector. Pensar que algo malo pudiera sucederle a esa mujer era mucho más de lo que podría soportar. Dio un sorbo a su bebida y pensó en todo el trabajo que aún estaba por hacer.

Stephanie estaba demasiado absorta en la producción teatral

como para imaginar los peligros a los que estaban a punto de enfrentarse.

Alex la miró. El espectáculo la tenía fascinada. Esperó que no estuviera comparando sus esfuerzos con los estudiantes con los profesionales que había sobre el escenario. Después de todo, su reparto de adolescentes neófitos y, de hecho, en los próximos días su propia interpretación podía conllevar muchas más consecuencias que cualquier acción que se estuviera desarrollando ahora sobre el escenario.

Durante una escena romántica, Stephanie se dejó llevar y apoyó la cabeza sobre su hombro. Suspiró con satisfacción. Alex se acercó e inspiró el aroma de su pelo y la fragancia de su cuerpo. Ya no era necesario fingir estar enamorado de ella. Por primera vez en su vida, Alexander Kent estaba locamente enamorado, y ésa era la cosa más terrorífica que jamás le había acontecido.

Stephanie estaba harta de tener que luchar contra sus sentimientos. La atracción que sentía hacia Alex desde el día en que irrumpió en el escenario del instituto, y después de darle aquel beso, no había disminuido un ápice en el breve tiempo que habían estado juntos. Había intentado convencerse de lo frívolo e insensible que era, pero sabía que eso no era cierto.

Quizá sólo hubiera estado fingiendo no fijarse en el resto de las mujeres que les rodeaban en un " intento de pagar la apuesta que había perdido. Quizá lo hacía para proporcionar una mejor coartada a su matrimonio. Quizá estuviera empezando a preocuparse por ella. Fuera cual fuera la razón, el caso es que Stephanie se sintió amada y valorada como mujer por primera vez en su vida.

Se había pasado la vida protegiendo su castidad como si fuera un preciado tesoro. Pero ahora sabía que, aunque Alex se deshiciera de ella al igual que lo había hecho con muchas otras dejándole el corazón roto, estaba decidida a probar suerte. Estaba harta de ser una buena chica. Estaba cansada de ver pasar la vida desde la barrera. Estaba cansada de proteger una virtud que le hacía sentirse seca y no deseada.

El anillo que lucía en el dedo bien podía ser una imitación. Podía ser la prueba de su elaborado engaño, pero le daba el suficiente coraje para hacer lo que tenía que hacer. Si no lo intentaba, sabía que lo lamentaría durante el resto de su vida. Después de pasar unos días en compañía de Alex, Stephanie ya no quería seguir viviendo con miedo.

¿Qué mejor regalo podía hacerle a un hombre que lo tenía todo?

Así fue que se acurrucó entre sus brazos para seguir el resto de la función. Se inclinó y, alzando la voz por encima del sonido del

latido de su corazón, le susurró algo tan tentador al oído que Alex estuvo a punto de derramarse encima la bebida.

-¿Qué has dicho? -le preguntó por miedo a haber entendido mal.

-Lo que has oído -le dijo lamiéndole suavemente el lóbulo de la oreja-. Después de todo, creo que no es mala idea hacerte un pase de modelos con algo de la lencería que me compraste.

Ver cómo Alex inspiraba profundamente alegró a Stephanie. Al menos, no se había burlado de ella ante su proposición. Y tampoco la había rechazado. Él la estrechó contra sí de forma que era imposible que ella no pudiera percatarse del grado de su excitación.

La mirada que él le lanzó cuando se encendieron las luces, le dejó claro que Alex estaba tan convencido como ella de querer consumar su supuesto matrimonio. El camino de regreso a casa fue cortó y tenso. Mientras cruzaban la recepción del hotel, Stephanie lo agarró de la mano. La forma en la que él la miraba hubiera convencido al más duro de los críticos de que era un hombre enamorado.

Stephanie se inclinó contra él en el ascensor y, en silencio, Alex maldijo a los huéspedes que entraron detrás de ellos. Alex no recordaba haberse sentido nunca tan tentado ante la idea de hacer el amor. Saber que era virgen le había hecho dedicarse por completo a su misión. Siempre se había comportado con ella como un perfecto caballero. Que fuera Stephanie quien le hiciera una oferta tan erótica le había puesto a mil por hora. De hecho, notaba que respiraba con dificultad y se le había acelerado el pulso ahora que intentaba insertar la llave en la puerta de la habitación y la abría hacia un mundo lleno de nuevas posibilidades.

Encendió una suave luz que había al fondo del dormitorio. Le quitó el chal y dejó que cayera a sus pies mientras que acariciaba suavemente sus hombros. Stephanie sintió cómo se estremecía ante su tacto. Gentilmente la llevó hasta el borde de la cama. El se arrodilló allí frente a ella. Las pupilas de Stephanie brillaban anhelantes. Sintiendo su miedo, Alex se dispuso a hacerle sentir a gusto. Tomando uno de sus tobillos entre sus manos, le quitó primero un zapato y después el otro.

Luego empezó a masajear sus pies de la forma más sensual que Stephanie jamás hubiera imaginado. Sus manos eran pura magia. Frotó las plantas de sus pies y sus dedos con maestría. Alex sonrió.

-Ésta es mi manera de comprobar si tienes los pies fríos.

Le era casi imposible mantener su libido bajo control, pero si ella hubiera dicho que tenía dudas habría estado dispuesto a marcharse directamente al baño donde podría haberse encerrado para disfrutar de una buena ducha fría durante el resto de la noche.

Stephanie era incapaz de pronunciar una sola palabra y asegurarle así que no sentía frío en ninguna parte de su cuerpo. Temerosa de decirle que estaba a punto de acostarse con una virgen de treinta y un años, simplemente asintió y decidió dejar que la naturaleza siguiera su curso.

No se sintió decepcionada al no tener la oportunidad de posar frente a él con la lencería que le había comprado. Alex se deshizo de todo el aplomo que tenía como afamado playboy con la misma rapidez con la que se desnudó. Oh, era muy dulce. De eso no había duda.

-Deja que te mire -le dijo, esperando que aquellas palabras hicieran posible que relajara sus brazos y dejara sus pechos a la vista.

Aún sentada al borde de la cama, Stephanie respiró hondo y dijo lo que él quería. Arqueó el cuello con la misma gracia que un cisne y se quitó las horquillas con las que sostenía su pelo, dejándolo caer sobre sus hombros. Aquellas gloriosas ondas caían de una seductora forma a lo largo de su espalda.

Deseando explorar las sombras que su melena creaba contra la palidez de su piel, Alex gimió.

Aquel sonido hizo que Stephanie esbozara una gran sonrisa. Así fue que ella comenzó de despojarle de su ropa. Él la ayudó de buen grado. Un momento después su ropa caía en el suelo dejándole frente a ella como un guerrero desnudo. En vez de encogerse de miedo ante su desnudez mientras él aprovechaba para ponerse un preservativo, Stephanie agradeció en silencio que él hubiera pensado en ello antes de haberle ofrecido y abierto los brazos.

Abrirle el corazón.

Y dejarle entrar adentro.

Sentir su piel contra la suya al yacer juntos sobre la cama fue como sentir el mismo tacto que la seda. Antes de dejar que sus manos se perdieran en su cuerpo, Alex la besó apasionadamente. Entonces fue Stephanie quien gimió. Nunca había imaginado que el cuerpo de un hombre pudiera ser tan bello. La poetisa que había en ella se moría de ganas por prolongar aquel momento y plasmarlo para siempre con palabras, pero Stephanie, la mujer, estaba demasiado excitada como para pararse a escuchar.

Dejó a un lado sus preocupaciones acerca de no ser capaz de satisfacerlo y se dejó llevar por el placer de entregarse por completo a aquel hombre. A aquel dulce y voraz amante que la hacía sentir tan bella. Además, Stephanie había leído lo suficiente para saber que la primera vez normalmente conllevaba cierto dolor.

El ritmo del latido de su corazón hizo que sus inhibiciones quedaran en un segundo plano. Dejó escapar un grito ahogado cuando Alex se posicionó entre sus muslos. El tamaño de su erección la hacía sentir poderosa y vulnerable a la vez. Alex había demostrado ser todo un caballero, pero ahora ella estaba tan impaciente que, ante las

expectativas, arqueó la espalda. Alex se inclinó sobre ella y le susurró al oído suavemente mientras aceptaba el regalo que ella le había ofrecido. Stephanie sintió que su cuerpo se inundaba de luz y calor mientras que se unía a su gozo. Sentirse tan llena y tan excitada era algo con lo que jamás había soñado.

Pero cualquier sueño se habría quedado corto comparado con la realidad.

Alex no dejó de besarla hasta que sus gritos de placer llegaron a sus oídos. Agarrándola de la cintura, él la siguió hasta la cima a la que, con tanta facilidad, había llegado. Entonces Alex se estremeció y pronunció en voz alta su nombre.

Lo quería. Lo amaba. Lo amaba. Lo...

Oír el eco de esas palabras en su corazón la impidieron pronunciarlas en voz alta. Temía que semejante afirmación pudiera enviarlo de vuelta a su mundo. Un mundo en que en el sexo no tenía la menor importancia si dos adultos accedían a ello por propia y libre voluntad.

Le rodeó con sus brazos. Escuchó que sus corazones latían al unísono.

Sin duda, la Julieta de Shakespeare había elegido la muerte a tener que vivir sin su Romeo. Una vez que un alma comulgaba con otra a través de un acto tan sagrado como ése, no había vuelta atrás a la inocencia. El sexo por sí solo no tenía el poder de convertir a una muchacha en una mujer.

Pero el amor sí lo hacía.

Alex limpió con sus manos las lágrimas que corrían por las mejillas de Stephanie.

-No era mi intención hacerte daño.

Stephanie posó un dedo sobre sus labios para hacerle callar.

-No lo has hecho -le aseguró.

«Aún no».

Negándose a cuestionar aquella triste premonición en un momento en que la felicidad la embargaba, prefirió mantener la calma. No quería que él lamentara aquel instante ahora ni nunca.

-Son lágrimas de felicidad -le explicó.

Alex trató de borrar sus lágrimas con besos. A pesar de sus esfuerzos por aliviarla, Alex pudo saborear la amargura del sentimiento de culpa en sus labios.

-Si te atreves a disculparte ante mí, lloraré en serio -le dijo.

Nada iba a arruinarle aquel momento a Stephanie. Después de experimentar el momento más bello y crucial de su vida, no iba a permitir que él la hiciera sentir como si hubiera hecho con ella una obra de caridad o algo así. Pasara lo que pasara, ella nunca lamentaría lo que habían compartido juntos. Eso sí, él había echado por tierra su modesto sueño de sentar cabeza junto a un hombre discreto y

bonachón.

Stephanie ya no podría nunca considerar a un hombre sin compararlo con el que ahora yacía entre sus brazos. Ya no se contentaría con aceptar a cualquier pobre hombre por marido. Ni vivir la vida como una mera espectadora.

En el futuro, siempre que Carrie hablara de su marido, Stephanie sería capaz de identificarse con su enamoramiento. Y cuando Alex y ella acudieran a la agencia de adopción, no tendría que fingir querer ser la madre de los hijos de aquel hombre. Sus sueños estaban llenos de imágenes de una adorable familia creada a raíz del amor que ella sentía por él. Por su parte, no era necesario actuar.

Que Alex le hubiera arrebatado el corazón era un regalo y una maldición con la que tendría que vivir el resto de su vida.

-Gracias -murmuró mientras se separaba de sus brazos.

Aunque Stephanie sabía que aquel comentario no era muy adecuado, aquello no le impidió expresarle la gratitud que sentía.

Alex se mordió los labios. Que una criatura tan bella y adorable como Stephanie le diera las gracias por arrebatarle su más preciado tesoro le hizo sentir un profundo desprecio hacia sí mismo. Después de todo, no era una mujer que utilizara a los hombres como él por dinero o fama. Aquélla era una mujer incapaz de abandonar sus responsabilidades de esposa y madre. Comparada con las mujeres con las que Alex se había relacionado desde su infancia, Stephanie era una santa. Y él, un pecador empedernido que no podía ofrecerle más que el desengaño a cambio de la confianza que ella había depositado en él.

No sería fácil para ella volver a la soledad de su apartamento y una biblioteca llena de libros polvorientos. Tampoco sería fácil para él retomar la relación con mujeres que estaban más interesadas en su dinero que en él.

Cuando las cosas se ponían demasiado serias para su gusto, la última conquista de Alex acabó arrojándole piezas de arte de valor incalculable a la cabeza mientras le exigía alguna compensación económica por haber perdido el tiempo con él. Sospechaba que Stephanie querría más que tener su corazón de vuelta. La expresión de su cara al recibir el anillo de compromiso fue tan emotiva que jamás podría pedirle que se lo devolviera. Ambos sabían que llegaría el momento de separar sus vidas. Cuando ese momento llegara, Alex quería que ella conservara el anillo como recuerdo del tiempo que habían pasado juntos.

Alex se quedó despierto un buen rato mientras Stephanie yacía dormida a su lado. Mientras examinaba sus bellas facciones en reposo, luchó por poner orden en una misión en la que acababa de , sembrar el caos. Nunca antes había infringido la regla número uno del club que

exigía mantener una distancia profesional mientras se estuviera trabajando en un caso.

Sumida en un profundo sueño, Stephanie no escuchó la voz que, en medio de la oscuridad, se alzó para preguntar:

-¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

Capítulo Nueve

Stephanie eligió cuidadosamente qué atuendo lucir en su cita. Sabía lo importante que era resultar ser ricos y, mientras que aquello no era un problema para Alexander, sabía que ella necesitaría mucho más que ropa cara y bonita para poder aparentarlo. Estaba empezando a entender que la prosperidad económica estaba más relacionada con una forma de pensar que con el hecho de derrochar el dinero. Siendo un privilegiado desde su nacimiento, Alex entendía aquello con bastante naturalidad. Se dejaba llevar por una seguridad y una gracia que nada tenía que ver con regatear o fijarse en los precios. Él anteponía la calidad a todo lo demás.

Una y otra vez, Stephanie visualizó cómo debía actuar cuando, al abordar el tema de adquirir un bebé, salieran a relucir importantes sumas de dinero. Era vital evitar cualquier expresión que aquella terrible acción pudiera provocarle.

Esperaba pasar desapercibida mientras que Alex trataba de negociar su ilícito acuerdo. Por eso, eligió una falda beige a juego con una chaqueta de punto que la hacían más estilizada de lo que había creído. El clasicismo de sus líneas y su discreto color la harían sentirse cómoda mientras se hiciera pasar por la esposa de Alexander Kent. La simple camiseta blanca que llevaba debajo proporcionaba un buen escondite al micrófono que Alex le había ayudado a colocarse.

-Intenta que no llame la atención -le advirtió, abrochándole el jersey sobre el chisme en cuestión.

A pesar de lo pequeño y discreto que era el micrófono, Stephanie era totalmente consciente de él. De hecho, más bien le parecía que la habían marcado con una letra escarlata en el pecho. Aun así, el gesto de Alex al ayudarla a vestirse hizo que se derritiera. Lo miró a los ojos.

Le dolió que aquellas preciosas pupilas de color verde reflejaban arrepentimiento. Cuando él apartó la mirada, ella se acercó a él y le acarició suavemente la barbilla con sus manos. Se había aficionado al perfume de su after-shave. Como él, era suave y enigmático. Ya no le quedaba dignidad, así que no vio razón por la que evitar hablar del problema que parecía haber entre ellos.

-Por favor, no me rehuyas la mirada -le reprendió-. Ya soy mayorcita. Sabía perfectamente en lo que me estaba metiendo. No he hecho nada de lo que deba avergonzarme y es imprescindible para nuestra misión, sin mencionar que también para mi orgullo, que tu no te avergüences de haberme hecho el amor. Dejando a un lado los sentimientos personales, tenemos un trabajo que hacer. Un trabajo que exige que finjas estar tan loco por mí como yo lo estoy por ti.

-Tú me gustas -dijo Alex, eligiendo sus palabras

cuidadosamente.

La carcajada que soltó Stephanie le sorprendió sobremanera. Normalmente, ése era el momento en que sus anteriores relaciones llegaban a un punto clave en el que él solía dar un paso hacia atrás haciendo que, por lo tanto, su pareja acabara en un mar de lágrimas. Alex miró a Stephanie confuso. ¿No iba a agarrar el primer jarrón que tuviera a mano y lanzárselo a la cabeza? Nunca antes había conocido a una mujer tan imprevisible como ella.

Desconcertado, se abstuvo de preguntarle: «¿Y eso es todo?».

Claramente Stephanie no iba a reaccionar como aquellas mujeres que arrojaban sus cuerpos contra él rogándoles que por favor se comprometiera con ellas. Alex admiraba el hecho de que ella no hubiera dramatizado sobre el asunto. Era una mujer con la suficiente clase y seguridad en sí misma para tener que recurrir a la manipulación. ¿Acaso ella quería estar con él por algo distinto a la fama y el dinero?

Aquel pensamiento dio alas a su corazón, haciéndole vibrar más allá de la coraza de metal con la que había cubierto su pecho durante demasiado tiempo.

Una hora después, agarrados de la mano, llegaron hasta la entrada de la agencia que, según Nata-lie Pérez creía, estaba relacionada con la trama ilegal de adopción en la que el doctor Birkenfeld estaba involucrado. Aunque Alex sabía que Stephanie le había tomado la mano para aparentar ser una pareja normal de enamorados, se permitió disfrutar de los sentimientos tan saludables que aquel simple gesto le hacía experimentar.

Era un bonito día de primavera y sostenía la mano de la criatura más encantadora y desconcertante que jamás había conocido. Realmente dudaba si Stephanie había llegado ya a aceptar lo hermosa que era. Parecía ajena a las miradas de los hombres excepto a la suya, y eso le hacía sentirse orgulloso, como si fuera un adolescente enamorado por primera vez.

Mientras Alex le abría la puerta, rezó para poder mantenerla a salvo de cualquier peligro que pudiera surgir. La recepción de la agencia estaba decorada con muebles de diseño para agradar a los clientes más selectos. Una recepcionista rubia platino le dedicó a Alex una sonrisa voraz mientras miraba a la mujer que parecía ser su esposa.

La recepcionista les tomó los nombres y les pidió que tomaran asiento en la sala de espera.

Una vez allí, se sentaron en un carísimo sofá de piel. Alex rodeó con su brazo a Stephanie y le ofreció una de las revistas que había disponible para hacer que se distrajeran mientras esperaban. Pero, en

vez de eso, Stephanie rechazó su ofrecimiento y apoyó la cabeza sobre el hombro de Alex. Que de repente tuviera las manos frías era señal de lo nerviosa que estaba. Ambos se levantaron cuando un hombre atractivo, de mediana edad y perfectamente vestido con un traje gris, entró en la sala y se presentó.

-Soy Larry Sutter.

Su apretón de manos era firme como el apoyo que Alex ofrecía a Stephanie en aquel momento.

La chaqueta del traje le cubría a Larry su incipiente barriga. El reflejo de su alianza brilló a la luz cuando les condujo hasta su despacho. Estaba decorado con muy buen gusto, pero para nada recargado. Stephanie se sorprendió al ver una foto de su familia en su escritorio. Se preguntó si su mujer y sus hijos sabían que era un agente de bebés.

Esperó hasta que ambos se hubieron sentado frente a él para darles la mala noticia.

-Como asesor elegido para llevar su caso, debo ser sincero con ustedes. Aunque seamos una agencia privada y nuestro tiempo de espera sea sustancialmente menor que el de las instituciones públicas, seguramente serán conscientes de que la disponibilidad de bebés hoy en día es escasa en todas partes.

Stephanie palideció. No requirió de grandes habilidades interpretativas para imaginarse cómo debía sentirse cualquier mujer deseosa de ser madre al oír esas palabras. Alex le agarró la mano.

-Mi mujer y yo estamos deseosos de formar una familia. Queremos que sea lo antes posible -dijo Alex.

Apartando la mirada, Stephanie habló suavemente:

-Hemos visitados a muchos doctores, los mejores, y todos dicen lo mismo. Es culpa mía el que no podamos tener hijos. Mi marido está siendo tan bueno conmigo...

La voz de Stephanie se quebró, impidiendo que continuará con aquel pensamiento.

-Nadie tiene la culpa, cariño -corrigió Alex-. Como puede ver, Larry, a mi mujer le resulta muy difícil tratar este tema. No puedo soportar verla así. Si hay algo que pueda hacer que el proceso se acelere, puedo pagarlo. Si le facilita las cosas, no nos importa que sea niño o niña. Por favor, haga todo lo posible para ponernos a la cabeza de su lista de espera para el próximo bebé que haya disponible. La pareja que nos recomendó esta agencia nos hizo creer que quizá pudiera existir la posibilidad de que regresáramos a casa con nuestro bebé.

La expresión del rostro de Larry no era muy alentadora.

-No puedo prometerles nada...

-Haga todo lo que esté en su mano -sugirió Alex con un tono de voz que dejaba claro que estaba dispuesto a negociar-. Como le dije

por teléfono, el dinero no es problema. Lo que realmente me importa es la felicidad de mi esposa.

Stephanie no sabía cómo podía ser tan contundente. Inmersa por completo en su papel, casi podía escuchar el sonido de su propio reloj biológico. Se imaginó sentada en una mecedora acunando a un niño cantándole nanas. Un puño regordete le agarraba los dedos. Unos ojos del mismo color que los de Alexander la miraban bajo unas largas y espesas pestañas.

Perdida en sus pensamientos, Stephanie imaginó cómo decoraría los cuartos de los niños. Colocaría libros sobre las estanterías. Su casa de dos plantas de estilo Victoriano tendría un enorme jardín con columpios. Las risas inundarían la casa. Y mientras aquellas imágenes se sucedían en su mente, Alex siempre permanecía a su lado.

El tiempo pasó en silencio como las lágrimas que ahora se deslizaban por sus mejillas.

En un primer momento, al aceptar esta misión, Stephanie simpatizaba enteramente con las mujeres que habían perdido a sus bebés, pero ahora, sentada allí e inmersa por completo en su papel de futura madre, entendió la postura de todas las mujeres desesperadas que, a cualquier precio, querían hacer realidad su sueño. ¿Quién era ella para juzgarlas cuando sus propios deseos de formar una familia y ser madre se habían visto frustrados?

-Señora, por favor, no llore -le rogó el señor Sutter-. Empezaremos a tramitar su solicitud ahora mismo. Una vez que todo el papeleo esté en orden, les prometo que haré todo lo que esté en mi mano para hacer que las cosas vayan lo más rápido posible.

Una vez de vuelta de su ensueño, Stephanie vio cómo aquel hombre sacaba unos papales de debajo de su escritorio.

-La cantidad habitual son cien mil dólares, pero si desean acelerar el proceso deben añadírsele algunos gastos extra.

-Entiendo -dijo Alex con indiferencia.

Stephanie estaba tan metida en su papel que no pudo evitar hacer una pregunta incuestionable.

-¿Cuánto de ese dinero irá destinado a la madre del bebé?

Alex apenas pudo evitar no fruncir el ceño, pero el señor Sutter la sonrió con benevolencia.

-La mayor parte. Nuestra agencia no saca grandes beneficios. Nuestra tarea es, fundamentalmente, asegurarnos de que todo el mundo salga satisfecho, incluida la madre que, obviamente, busca las mejores opciones para dar su bebé en adopción.

Alex deseó que aquel hombre no hubiera dicho eso. Él no era tan buen actor como Stephanie, pero se contuvo para no echar por tierra toda su interpretación. El había presenciado la entrada de Natalie Pérez en el Royal Diner aquella noche agarrando a su bebé en

un brazo y una bolsa de pañales en el otro. Desde aquel día, no había podido borrar de su mente el miedo y la desesperación que reflejaban sus ojos. El único dinero que Nata-lie había recibido por el bebé que alguien había intentado robarle había sido la cantidad que ella había sustraído de la agencia al escapar de la ciudad. Cantidad que aquella agencia había ganado ilegalmente.

A juzgar por la apariencia de los papeles que Alex estaba en proceso de cumplimentar, la agencia parecía bastante ansiosa por llenar sus arcas de dinero. Aquellos papeles no eran más que una solicitud de crédito que garantizaba a la agencia que el cliente potencial poseía realmente el dinero para hacer frente al pago del bebé. Por supuesto, aquella era una solicitud que jamás sería confirmada. Todo lo que aquellos criminales tan sofisticados querían saber era dónde mandar los documentos necesarios para formalizar la adopción una vez se hubiera efectuado el pago. Había más que dinero suficiente en la cuenta que los miembros del club de ganado de Texas habían abierto a nombre de Alex y Stephanie para no suscitar dudas. Los ladrones obviamente no tenían ningún reparo hacia lo que estaban haciendo y estaban más que deseosos de aceptar el dinero que Alex les ofrecía. Alex no pudo evitar sonreír al pensar que aquél era el dinero que Natalie les había robado y que ahora estaba financiando toda aquella operación.

-Naturalmente entenderán -dijo Larry-, que cuando llegue el momento, el pago se hará al efectuar la entrega.

Al ver que Alex se ponía tenso, Larry prosiguió para reconfortarle:

-En su caso, se trata de una mera formalidad. Cuando llegue el momento de formalizar la adopción, tendrán que firmar los documentos que liberen a la agencia de cualquier responsabilidad desde ese día en adelante.

-Los firmaré con mi propia sangre si es necesario -dijo Stephanie, llorando de una forma que hubiera convencido de su sinceridad al criminal más despiadado.

Alex la miró de reojo mientras la conducía hasta el vehículo. No se había dado cuenta de lo difícil que podría resultar algo así para una mujer tan sensible y dulce como ella. Jamás había estado con una mujer que mostrara deseos de tener hijos. La mayoría de ellas creían que la maternidad echaría a perder inevitablemente su figura. Ninguna de las mujeres con las que había salido anteriormente le habrían dado la posibilidad de asistir a una representación tan creíble como la que Stephanie acababa de escenificar en aquel despacho.

-¿Estás bien? -le preguntó.

-Lo estaré.

Stephanie estaba temblando. Alex se inclinó en el asiento para estrecharla entre sus brazos. De repente, empezó a sollozar

incontrolablemente.

Como regla general, a Alex no le conmovían las lágrimas de una mujer. Las había visto en demasiadas ocasiones y eso le había llevado a aceptar que eran una más de las muchas artimañas femeninas que existían. De hecho, había esperado que Stephanie comenzara a llorar después de que hubieran hecho el amor para manipularle y conseguir que se pusiera de rodillas y le propusiera matrimonio. Pero se había equivocado.

Aquellas lágrimas le sorprendían. Aquellas lágrimas eran reales.

-Eres maravillosa -le dijo, tratando de hacer que se centrara en el hecho de que la misión estaba marchando como habían planeado.

-Soy una actriz nefasta -sollozó contra su hombro.

Aunque Alex sospechaba que en la interpretación de Stephanie había mucho más que su mera habilidad escénica, creyó mejor dejar las cosas como estaban. Se suponía que los sentimientos no debían interferir en el trabajo. Los suyos nunca lo habían hecho antes. Que empezaran a humedecérsele los ojos al imaginar tener un hijo con aquella mujer era algo mucho más aterrador que Larry Sutter y Román Birkenfeld juntos. El por qué ahora le asaltaban deseos de ser padre, escapaba a su razón.

Todo lo que Alex sabía era que, pronto, su misión acabaría y sería libre para retomar su vida. Una vida desprovista de emociones que le hacía sentirse inseguro. Una vida sin obligaciones hacia nadie más que hacia sí mismo y el club de ganado. Una vida demasiado cómoda para un hombre que no estaba acostumbrado a que las lágrimas de una mujer le rompieran el corazón.

Capítulo Diez

Después de la visita a la agencia, Stephanie se sintió un poco indispuesta.

-¿Te importaría ir a cenar sin mí? -preguntó a Alex-. Me temo que he perdido el apetito.

-¿Por qué no llamamos al servicio de habitaciones? Así podremos quedarnos aquí el resto de la noche -sugirió él-. Tengo el presentimiento de que Larry va a ponerse en contacto con nosotros muy pronto. Y me gustaría estar aquí para poder contestar la llamada.

Stephanie deseó poder sentirse tan segura como él. No creía que la interpretación de esa tarde la hiciera merecedora de un premio de la academia ni que hubiera podido convencer a Larry de que eran un matrimonio feliz. Por muy bien que sonara lo del servicio de habitaciones, todo lo que Stephanie quería era echarse a los brazos de Alex hasta que aquel horrible sentimiento que la embargaba desapareciera. Avergonzada por la llorera de esa tarde, trato de sobreponerse. Lo último que Alex necesitaba era una compañera que se aferrara a él suplicándole algo que él no estaba dispuesto a darle.

Stephanie pensaba que había entendido la seriedad de la operación que se traían entre manos, pero no fue consciente de la magnitud de todo aquellos hasta estar sentada frente a Larry Sutter intentando adquirir un bebé. Suponía que aquel tipo de operaciones fraudulentas se sucedían a diario en todo el mundo. Y aquello le hizo apreciar la rutina de la vida. No sabía cómo Alexander se las apañaba para mantenerse cuerdo si siempre estaba al servicio del club y lidiaba todo el tiempo con tipejos como aquéllos. Imaginaba que aquélla era, en parte, la razón por la que se negaba a sentar cabeza. Bajo su imagen de playboy, había un hombre de gran carácter que jamás nunca hubiera imaginado.

Stephanie asumió que no quería involucrar a nadie en unos juegos tan peligrosos. Siendo así, ¿quién podría entonces culparle por no querer tener mujer y formar una familia? ¿Cómo explicaría a sus hijos que iba a dejarles por una temporada para poner su vida en peligro por el bien de otras personas? ¿Qué mujer no sospecharía cuando su marido se negara a compartir con ella los detalles de sus misiones secretas por miedo a ponerla en peligro?

Nunca antes se le había ocurrido a Stephanie que, quizá, Alexander también soñaba con la estabilidad y el amor de una familia al igual que ella lo hacía.

Deseó entonces ser la mitad de valiente de lo que él era. Alex tenía razón cuando la acusó de poner todas sus energías sobre el escenario en vez de vivir su propia vida. Hasta entonces, sólo había vivido las aventuras de los libros que catalogaba y las de las vidas de

sus alumnos. Stephanie se preguntó si alguno de ellos se daría cuenta de que había dejado de ser una solterona para convertirse en una mujer aventurera.

Volver a esa vida no iba a ser fácil. Por mucho que lamentara tener que quitarse sus zapatos de cristal, aquella Cenicienta entendía que, cuando el reloj diera las doce, no habría ningún carruaje que la llevara a casa. Y aunque le entristecía pensar que aquella maravillosa farsa estaba a punto de terminar, no se arrepentía de haberse enamorado de Alex ni de haber hecho el amor con él. Retomaría su rutina diaria siendo una mujer distinta. Una mujer que se sentía bella. Una mujer dispuesta a vivir nuevas experiencias y asumir riesgos. Una mujer que jamás volvería a sentir miedo de amar con toda su alma.

En el momento en que llegaron a la suite del hotel, Stephanie se abalanzó sobre Alex ávida de placer. Le desabrochó la camisa, le acarició y le besó dulcemente la piel del pecho. Alex se quedó sin aliento justo cuando sus manos empezaron a desabrocharle el botón de los pantalones.

-¿Estás segura de que quieres hacerlo? -le preguntó.

Aquellos ojos verdes como las praderas irlandesas no reflejaban engaño. Mirándole a los ojos, entendió realmente lo que aquella pregunta implicaba.

«¿Estás dispuesta a aceptarme tal y como soy? ¿Estás dispuesta a entregarme tu cuerpo entendiendo que esto no implica establecer ninguna relación entre nosotros? ¿Entiendes que nuestra relación terminará el día en que tomemos un avión de regreso a nuestras respectivas vidas?».

Stephanie asintió. No sólo entendía las condiciones de Alex, sino que, siendo una mujer enamorada, también las aceptaba. Feliz porque él no hubiera dicho aquellas palabras en voz alta, dejó que la muchacha que había dentro de ella se dejara llevar y cumpliera el segundo de sus tres deseos. El primero ya se había cumplido. El patito feo se había convertido en un bello cisne.

El segundo era experimentar y ser merecedora del amor de un hombre. La cuestionable virtud de morir virgen no podía compararse al hecho de vivir el amor aunque eso significara vivir un desengaño. Aquel acto quizá hiciera que jamás viviera de nuevo de la forma en que lo había hecho hasta conocer a Alex, es decir, en una burbuja que la separaba del resto del mundo. El viejo refrán de «Haber amado y perdido es mejor que nunca haber amado» era lo más parecido a lo que le estaba sucediendo ahora.

Sin embargo, no se atrevía a pedir el tercer deseo por miedo a romper a llorar. La posibilidad de convertirse algún día en la señora de Alexander Kent era algo demasiado rocambolesco como para si quiera considerarlo.

Stephanie procedió a bajar la cremallera de los pantalones de

Alexander. Los deslizó por sus piernas mientras contemplaba la solidez de su belleza. Arrodillada ante aquellas robustas piernas como si estuviera frente a un altar, le besó ambas rodillas.

La belleza del cuerpo humano estaba llena de detalles. Stephanie sintió que la fuerza de una ráfaga de lujuria se apoderaba de ella. Deseaba excitar y satisfacer a aquel hombre como lo habría hecho la mejor de sus anteriores amantes. A pesar de que hubiera entrado tarde en el juego de la seducción, estaba deseando aprender deprisa y recuperar el tiempo perdido. Hábilmente le despojó de sus calzones y le propinó otros cuantos besos estratégicos en su magnífico miembro.

-Levántate -le dijo Alex.

Aquélla fue una orden llena de ternura.

Stephanie obedeció. Alex se sentó al borde de la cama y le devolvió el favor. Primero le quitó la ropa y el micrófono que había colocado tan cerca de su corazón. Después le rodeó la cintura con sus brazos. Un momento después Stephanie escuchó el suave y erótico sonido de una cremallera al bajarse. La falda cayó a sus pies seguida de sus braguitas. Sin agacharse, se descalzó quedándose frente a él llevando sólo un par de medias y un suéter de cuello de cisne.

-Estás absolutamente arrebatadora -dijo Alex, haciendo que ella lo creyera.

Sus zapatos se unieron a los de ella a los pies de la cama. Stephanie alzó los brazos para quitarse el suéter. Llevaba un sujetador de encaje blanco. Cuando ella se inclinó para besar la boca de Alex, él la detuvo poniendo uno de sus pulgares sobre sus labios. En aquel momento, Alex empezó a deslizar suavemente sus medias de seda a lo largo de sus muslos. Ella misma se quitó el sujetador y las braguitas mientras que él se quitaba lo que le quedaba de ropa.

Tomándola entre sus brazos, Alex llevó a Stephanie hasta la cama sin molestarse en apartar las sábanas. Se echó encima de ella cuidando apoyarse sobre sus codos para no aplastarla. La rodeó el cuello con los brazos para atraerla hacia sí todo lo que fuera posible. La respiración de ambos era irregular. Inspirar el dulce aroma de su cuerpo era en sí una suave caricia.

-¿Por qué no consigo obtener lo bastante de ti? -quiso saber él. Su voz entrecortada resonó en la penumbra de la habitación.

Stephanie le respondió con un beso, sabiendo que el sabor de sus dulces palabras era el elixir que la mantendría caliente en los fríos días que estaban por venir. Incapaz de entregarle a aquel hombre únicamente su cuerpo, se consideró muy mala actriz. La pasión rezumaba por los poros de su piel y sus ojos lo miraban con adoración.

Sabía que era mejor no expresar en voz alta sus sentimientos. Eso probablemente sería su ruina. Aún les quedaban por compartir algunos días juntos. No había razón por la que echarlos a perder por

pronunciar las últimas palabras que Alexander Kent quería oír. No había razón alguna excepto el hecho de que su corazón se negara a escuchar sus palabras.

-Te quiero -murmuró en la penumbra, y sintió cómo él se estremecía ante aquella declaración.

Stephanie se forzó a sonreír con la intención de que él se sintiera a gusto.

-No te preocupes -susurró-. No tienes la obligación de contestar. Sé que esto no puede durar. Simplemente déjame actuar como si fuera tu mujer en todos los sentidos mientras estemos juntos. No te guardaré ningún rencor cuando esto se acabe y nos separemos. De hecho, espero que podamos seguir siendo amigos.

En el silencio que se sucedió, Alexander abrazó con tanta fuerza a Stephanie que tenía dificultades para respirar. Murmuró algo imperceptible que dejaba ver que en su interior se estaba librando una oscura batalla. Stephanie no estaba segura de si aquello se trataba de una maldición o una plegaría. Lo único que le importaba era estar en los brazos del hombre que amaba y fundirse en un solo ser con él.

Un momento después, cuando él ya se encontraba dentro de ella, Stephanie gritó no de dolor, sino de placer. Que ella pudiera llevarle hasta el borde de un precipicio y elevarle hasta el cielo mucho más allá de lo imaginable, era algo mágico. Mientras él la conducía hasta la cima del placer, Stephanie disfrutó cada uno de los minutos de aquella danza salvaje que ya siempre permanecerían grabados en su memoria. Alex cerró los ojos y empezó a gemir en el mismo instante en que se sintió estallar dentro de ella.

Stephanie no lloró esta vez. Por el contrario, quiso disfrutar el hecho de tenerle dentro de ella el mayor tiempo posible. Una mujer no podía estar más cerca de un hombre de lo que ella lo estaba ahora de Alex. Saborear el sudor de su cuerpo, acariciar aquellos fuertes músculos que tan voluntariosamente sucumbían a su voluntad, venerar la explosión de placer de su cuerpo dentro del suyo mientras que dos cuerpos se fundían física y emocionalmente en uno era lo más maravilloso de este mundo.

De regreso a la tierra, se sintió como una pluma movida por una imperceptible brisa. Aunque sabía que Alexander pensaba en su bienestar, lamentó que hubiera usado protección. Pensar tener un hijo suyo la hacía colmarse de felicidad. ¡Cuánto le gustaría obtener algo más que un corazón roto de su relación!

La grave expresión del rostro de Alex se relajó al preguntarle asombrado:

-¿Cómo has podido llegar tan rápido? -le preguntó, apartándole cariñosamente un mechón de pelo de la cara.

-Aprendo rápido.

Stephanie le sonrió inmensamente feliz por la aprobación

implícita en aquella pregunta. Teniendo tan poca experiencia, estaba contenta de no haberlo decepcionado. Le besó la punta de la nariz.

-¿Te apetece venir a la ducha conmigo?

-Deja correr el agua. Iré ahora mismo a enjabonarte la espalda.

Alex estaba asombrado y agotado por la intensidad con la que habían hecho el amor. Tanto era así que tuvo que reposar durante algún tiempo. Permaneció tumbado en la cama mirando al techo mientras oía fluir el agua en la habitación de al lado. No podía entender qué le estaba pasando. En verdad, se sentía bastante decepcionado como amante, algo que nunca le había pasado antes. Se había prometido ir despacio la próxima vez que hiciera el amor con Stephanie para proporcionarle más placer, pero no entendía cómo había podido perder el control de esa manera cuando ella le había acogido entre sus brazos.

Cuando otras mujeres le habían manifestado su amor, Alex no había tenido el mayor problema en tomarse aquellas declaraciones como una pura manipulación.

Sin embargo, esta vez había sido totalmente diferente.

Esta vez temía que lo que Stephanie le había dicho fuera cierto.

Incapaz de vencer el temor que sentía al poder hacerle daño, y confuso por su negativa a enfadarse con él por hacerle daño sin pedirle nada a cambio, Alex se sentó en la cama y empezó a pensar en ir a darse una ducha. Por muy tentador que fuera imaginar enjabonar las seductoras curvas de Stephanie, dudaba que hubiera suficiente agua caliente en el hotel con la que poder eliminar el sentimiento de culpa que le apesadumbraba.

El sonido del teléfono puso fin a sus pensamientos. Ya que esperaba la llamada de Larry Sutter, contestó con la típica voz que utilizaba para los negocios. Stephanie irrumpió en la habitación completamente empapada. No quería perderse la conversación. Alex apretó el manos libres para que ella también pudiera escuchar.

La voz de Larry era más empalagosa por teléfono.

-Tengo grandes noticias para ustedes. Si no estuvieran ahora mismo en Las vegas, no creerían la suerte que han tenido.

Alex le hizo una señal a Stephanie para que permaneciera en silencio y le dejara a él proseguir la conversación.

-Tendremos un bebé disponible a finales de esta semana. Es una niña recién nacida.

-¡Eso es maravilloso! -exclamó Alex-. Mi mujer estará encantada cuando se lo cuente.

-Le facilitaré los detalles de dónde y cuándo hacer la entrega en cuanto hayamos terminado todo el papeleo y mi supervisor dé el visto bueno.

-Tendré su dinero listo mañana -le garantizó Alex-. ¿Le parece bien que le entregue billetes de cien dólares?

-Perfecto. Volveré a ponerme en contacto con usted mañana.

Para cuando Alex había colgado el teléfono, Stephanie estaba temblado y chorreando su propio sudor. Aún desnudo, Alex la estrechó entre sus brazos.

-Estás empapada, cielo. Ven, déjame que te seque.

Le quitó la toalla y procedió a secarle el cuerpo. Que se excitara al hacerlo no le impidió secarla eficazmente. Stephanie empezó a derretirse ante sus cuidados.

-Gracias -dijo mientras le castañeteaban los dientes a pesar de la agradable temperatura de la habitación.

Alex la envolvió en uno de los esponjosos albornoces del hotel.

-Tenemos que actuar rápido. Tenemos que encontrar la forma de obtener alguna prueba incriminatoria antes de que alguna otra pobre mujer pierda a su bebé. Siento tener que asustarte, pero debes saber que las cosas han empeorado desde que salimos de casa.

-¿A qué te refieres?

-Hablé con Darin ibn Shakir esta mañana. Tenía malas noticias. Parecer ser que el doctor Birkenfeld estaba bajo arresto policial, pero un desafortunado accidente hizo posible que escapara. Puesto que, de alguna manera, ha podido burlar las autoridades en Texas, supongo que ahora permanece escondido aquí, en Las Vegas. Probablemente, él es el supervisor a quien Larry se refiere.

No queriendo asustarla más de lo absolutamente necesario para garantizar su seguridad, Alex no le dijo que el doctor Birkenfeld era, probablemente también, el asesino del verdadero doctor Bel-don. El objetivo de la misión era desmantelar toda la red de adopción ilegal y apresar a todos sus integrantes. Larry Sutter, desde luego, no era uno de los peces gordos involucrados en este asunto.

Hasta entonces, Alex había prometido estar atento ante cualquier movimiento del doctor Birkenfeld. Ahora le quedaban muy pocas dudas de que aquel hombre anduviera cerca. Algunas de sus fuentes le habían revelado que no sólo había escapado de la policía, sino de algunos acreedores. El hecho de que Natalie les privara de gran parte del dinero que utilizaban para pagar sus deudas, seguramente, le había dejado en una situación económica nada ventajosa.

-Si me estás diciendo eso para asustarme, está funcionando -admitió Stephanie-. Pero no te preocupes. Estoy tan comprometida como tú con esta causa. Dudo que algo pueda resultarme más duro que la actuación de hoy. Simplemente dime qué tengo que hacer mañana y confía en mí, no te defraudaré.

Las palabras que había elegido le dolieron. Una vez su misión hubiera terminado, Alex temía ser el culpable de que aquella valiente

e increíble mujer se viniera abajo. Sólo pensarlo le hacía daño.

Realmente no sabía cómo las cosas se habían complicado tanto. Aquella relación estaba basada en un subterfugio, pero al pasar los días Stephanie había conseguido lo que ninguna otra mujer había logrado antes. Llegarle al corazón.

La condujo hacia la cama con la advertencia de que ambos necesitaban dormir para estar en plena forma a la mañana siguiente. Fuera lo que fuese a lo que se enfrentaran, sabía que las cosas iban a complicarse aún más a partir de entonces. Al día siguiente, el peligro sería real.

Capítulo Once

El día amaneció soleado. Stephanie no había dormido bien, pero estaba encantada de haberse despertado entre los brazos de Alex, así que permaneció allí, acurrucada contra su cuerpo, disfrutando de aquel momento.

Preocupada por que sus movimientos pudieran despertarlo, abandonó el calor de la cama de mala gana y se sentó en una butaca junto a la ventana. Allí, en el silencio de un corazón desbordado por el sentimiento de autocompasión, reflexionó sobre su futuro.

Pasara lo que pasara, su pequeña farsa estaba llegando al final y la vida que estaba llevando como la esposa de Alexander Kent pronto terminaría. Stephanie comenzó a dar vueltas a su anillo, de modo que los rayos del sol se reflejaban en él proyectándose hacia las paredes. Quitándose el anillo, estudió todas las caras del diamante. Todas ellas le recordaron a las distintas facetas de la personalidad de Alex. Las lágrimas empezaban a agolparse en sus ojos, pero se resistió a dejarlas brotar.

-Quiero que te lo quedes.

Aquellas generosas, aunque frías, palabras rompieron la soledad en que Stephanie estaba inmersa. Recostado en la cama sobre un codo, despeinado y sin afeitar, Alex parecía uno de esos galanes de los anuncios que utilizan todo su sex-appeal para vender un producto.

-No podría aceptarlo -le aseguró ella.

A pesar de que le temblara la voz, le dedicó una sonrisa tan firme y serena como la de La Mona Lisa. ¿Qué sentido tenía decirle que cada vez que miraba el anillo se sentía decepcionada? La farsa de su matrimonio también reflejaba la falsedad de sus sentimientos. Que le hiciera ese ofrecimiento por pena o generosidad, no importaba. El caso es que siempre que ella mirara el anillo recordaría todo aquello con amargura.

-Ven aquí, tesoro -dijo, dando unas palmaditas sobre el colchón-. Tenemos que hablar.

-¿Sobre qué?

-Sobre nosotros.

Stephanie se levantó y acudió a su lado.

-¿Qué pasa con nosotros? -preguntó en un tono que reflejaba su preocupación.

-He pensado que no hay razón por la que no podamos continuar con esto una vez regresemos a casa.

La profunda voz de Alex era dulce y espesa como la miel. La esperanza colmó el corazón de Stephanie. Tanto que incluso sin medir el impacto que podían tener, hizo que de sus labios brotaran palabras llenas de esperanza. Se le iluminaron los ojos. Le tembló la voz.

-¿Me estás proponiendo matrimonio?

La expresión de asombro que adoptó el rostro de Alex fue todo lo que Stephanie necesitaba como respuesta. Stephanie hizo una mueca de dolor al ver que él se echaba hacia atrás en su declaración de sentimientos.

-No era exactamente eso lo que tenía en mente.

Por muy doloroso que fuera enfrentarse a la verdad, Stephanie intentó asimilar sus palabras.

-A ver si lo entiendo. Quieres que me quede con un anillo que simboliza un compromiso que tú no estás dispuesto a contraer, un anillo de cristal para hacer creer a todo el mundo que tú y yo...

Alex apretó la mandíbula.

-Es auténtico.

-¿El diamante o la fidelidad que, supuestamente, simboliza?

-No te andes con evasivas -dijo Alex, pasándose una mano por el pelo. Gesto que Stephanie había aprendido a reconocer como símbolo de su frustración.

-Me refiero al diamante que luces en tu mano. Independientemente de cómo terminen las cosas entre nosotros, quiero que te lo quedes.

A Stephanie no le sorprendió demasiado que Alex descartara la posibilidad de matrimonio, pero lo que le dolió fue que la comparara con las otras mujeres a quienes había conocido y a quienes podía comprar con cualquier baratija cara. Por algo así, muchas de ellas estarían dispuestas a compartir cama con él sin importarles las condiciones que él impusiera.

-Sin los beneficios del matrimonio, el anillo no tiene demasiado valor, ¿no crees?

-No puedes esperar que asuma semejante compromiso -exclamó Alex, muy enojado.

-Nunca he esperado nada de ti -contestó ella con total calma.

Parecía que acabaran de golpearle en la cabeza con un saco de cemento. Alex intentó tranquilizarse.

-He llegado a preocuparme mucho por ti, Stephanie, y me gustaría mucho poder seguir viéndote una vez hayamos acabado nuestro trabajo.

-¿Quieres decir vernos como amantes?

-Supongo que no esperarías una relación mutua y exclusiva.

-Ya te he dicho que no espero nada de ti excepto que me trates con respecto hasta que cumplamos con el deber que nos ha traído hasta aquí.

No le extrañó que Alex quisiera continuar con el mismo estilo de vida que había llevado antes de conocerla. Sin embargo, lo que sí la sorprendió fue que quisiera seguir viéndola una vez hubieran completado su misión y él ya no tuviera ninguna obligación para con ella. Si fuera una mujer astuta podría haber sacado ventaja de ello,

pero Stephanie era demasiado franca como para poder hacer algo así.

A diferencia de Alex, ella estaba dispuesta a abandonar sin protestar la mejor cosa que le había pasado en la vida. Ella ya había sacado de esa relación algo mucho más valioso que un fabulosos anillo de diamantes. A cambio de su corazón, Alex le había hecho reconocer su autoestima, algo de lo que no había disfrutado en su anterior vida.

Stephanie alzó la barbilla. Una mujer capaz de convertirse en una mujer fatal en menos de dos semanas tenía derecho a conformarse con algo más que con las migajas de pan que el banquete de la vida ofrecía. Por muy tentador que resultara aceptar la propuesta de Alex, nunca sería su amante.

-Creo que es mejor que ambos tomemos caminos separados cuando esto llegue a su fin -le dijo-. Debes saber que no va a resultarme nada fácil retomar mi antigua vida después de haber vivido tantas experiencias nuevas contigo. Será difícil explicárselo a mis alumnos, sin mencionar al director. El por qué fingí un matrimonio con uno de los playboys más afamados de Texas sin que la gente cuestione mi virtud, no va a ser tarea fácil.

-¡Qué más da lo que piense la gente! -soltó Alex.

En cierto sentido, Stephanie se sentía halagada porque él quisiera seguir viéndola. Pero por otro lado, le resultaba bastante insultante. Alex le recordaba a un niño pequeño a quien se le negaba un capricho. Deseando encontrar una forma que le hiciera entender lo ofensivo de su proposición, Stephanie se sentó en el borde de la cama.

Le agarró la barbilla con una mano y le besó en la mejilla tratando de memorizar su aroma natural.

-Puedo hacerme pasar por tu mujer unos cuantos días por el bien de esta causa, pero nunca aceptaré convertirme en tu amante. Estoy segura de que puedes entender por qué.

La mirada atronadora de Alex le dejó claro que no le interesaban lo más mínimo sus razonamientos. Stephanie pensó que, para Alex, aquella proposición quizá había sido lo más parecido a una propuesta de matrimonio. Nunca lo había visto tan enfadado ni tan vulnerable.

-¿Por qué crees que puedes obtener más de mí siendo mi esposa que mi amante? -preguntó-. ¿Crees que de esa forma podrás sujetarme económicamente y chantajearme emocionalmente? ¿Crees que soy tan estúpido para convertirme en el tipo de hombre que era mi padre? ¿Un hombre desesperado por llenar con dinero el vacío que mi madre dejó en nuestras vidas?

En vez de apartarse de él después de aquel arrebato, Stephanie posó la cabeza de Alex sobre su regazo. Nunca antes había visto tanto dolor en aquellos ojos verdes. Nunca antes se había figurado que el miedo al compromiso de Alex se debía al daño que había sufrido en el pasado. Había estado tan preocupada porque él pudiera rechazarla

que había aceptado la fachada de aquel playboy como su imagen verdadera.

-Lo siento.

-Mi madre nos dejó sin el menor reparo -le dijo Alex.

Después de todos aquellos años, su voz aún reflejaba dolor. Stephanie sospechaba que era la primera vez que él desnudaba su alma ante alguien. Debido a la confianza que tenía en ella, Alex le permitió seguir sosteniéndole.

-No todas las mujeres somos iguales -murmuró ella.

Stephanie no podía imaginarse que una madre fuera capaz de abandonar a un hijo. El hecho de que Alex fuera un gran padre el día de mañana le hacía lamentar que fuera a perder semejante oportunidad.

-Algunas mujeres preferirían la muerte antes que abandonar a un hijo -añadió ella.

De repente pensó en Natalie Pérez y lo valiente que había sido al arrebatarle su bebé a aquellos malhechores que ellos ahora estaban a punto de atrapar.

-Sé que no quieres volver a oírlo -dijo Stephanie mientras le acariciaba el pelo-, pero te amo. No tengo ningún problema en decírtelo. Eres tú el que parece no ser capaz de decirme lo mismo.

Cuando él hizo un intento de levantarse, Stephanie posó el dedo índice sobre sus labios en un intento de hacerle callar.

-Estaría muy mal de mi parte pedirte decir algo que no sientes, así que no lo haré. Nadie espera que alguien tan elegante y sofisticado como tú se comprometa con alguien tan corriente como yo. Lo entiendo perfectamente.

Alex refunfuñó ante aquellas palabras, pero las lágrimas que amenazaban con brotar de los ojos de Stephanie le impidieron interrumpirla.

-A cambio, sólo te pido que me respetes. Sólo porque a otras mujeres pudiera satisfacerles la oferta que me has hecho, no puedes esperar que me meta en tu cama siempre que te convenga. Sé que puede parecerte anticuado, pero yo no soy ese tipo de chica. Confía en mí, cariño -le dijo, besándolo en la frente-, a la larga, no sería bueno para ninguno de los dos.

Alex suspiró, exasperado. No podía discutir con Stephanie. No cuando era la única mujer que no había intentado aprovecharse de él. Su falta de lágrimas y reproches en cierta forma le indignaba. Al final, cuando respondió, su voz carecía de emoción.

-Hagámoslo entonces a tu manera. El anillo es tuyo de todas formas. Digamos que es un recuerdo.

Stephanie no tenía ganas de discutir. Estaba demasiado cansada como para decirle que no necesitaba nada que le recordara los días que habían pasado juntos. Lo que realmente necesitaba era algo que la

ayudara a olvidarlos. Dado que no estaba segura de que su corazón pudiera seguir latiendo sin su presencia, Stephanie se preguntó si no había cometido el mayor error de su vida.

-En cuanto a lo que a mí se refiere -dijo Alex-, he permitido que muchas mujeres entraran en mi cama, pero tú eres la primera a la que he permitido entrar en mi corazón.

Stephanie giró la cabeza para que él no pudiera ver sus lágrimas. Aquella afirmación era lo más parecido a una declaración de amor que alguien podría esperar de él. Era un dulce bálsamo para un corazón que se sentía roto.

El que el teléfono sonara de repente dio a Stephanie la oportunidad de enjugarse las lágrimas mientras que Alex se levantaba de la cama para contestar a la llamada. Tal y como había predicho, era Larry.

-Aquí, en la recepción del hotel es perfecto, pero, en vez de a las seis, nos vendría mejor a las siete.

Stephanie estaba sorprendida de lo informal de la conversación.

-Hoy mismo he recibido un giro de ciento veinticinco mil dólares. Entiendo que necesita esa cantidad en efectivo. ¿Le viene bien que le entregue el dinero en un maletín? Como supongo que no se permite la entrada de niños al casino, sugiero que firmemos en el restaurante del hotel.

Hubo una pausa antes de que Alex afirmara.

-Sí, el Eureka. Haré una reserva a mi nombre para las siete de la tarde. ¿Le acompañará alguien más?

Durante esta otra pausa, Stephanie casi dejó de respirar. Aunque aquel momento era el que habían estado esperando, le costaba creer que realmente ya hubiera llegado.

-Muy bien. Cuento con ustedes dos, entonces.

Y diciendo eso, Alex colgó el teléfono. Se volvió hacia Stephanie para revelarle todos los detalles.

-Les daremos el dinero. Ellos nos darán toda la documentación y nos entregarán al bebé. Así de simple.

-Así de simple -repitió, sintiéndose vacía.

Miró al anillo que llevaba en el dedo. No había nada más terrorífico en aquella llamada que saber que Alex no la amaba lo suficiente como para comprometerse con ella. Ella le había entregado su corazón en bandeja de plata y, a cambio, él sólo le ofrecía mantener con ella un romance basado en el sexo. Ver el anillo como un intento de querer comprarla, además de mitigar su sentimiento de culpa, le ayudaría a abandonarlo cuando llegara el momento. A pesar de que él insistiera en que se quedara con el anillo, Stephanie no lo quería.

***

Por mucho que Alex intentara ser indiferente hacia la decisión de Stephanie acerca de romper su relación, en el fondo estaba furioso. En el pasado, jamás se había tomado una relación sentimental en serio, pero con Stephanie era algo diferente. En los últimos días, sus sentimientos hacia ella habían crecido exponencialmente junto al respeto que ella le merecía. La verdad era que jamás había conocido a una mujer tan valiente e inteligente. Su sentido del humor le provocaba carcajadas, su sinceridad era como beber el elixir de la fuente de la juventud y su dulzura dentro y fuera de la cama resultaba adictiva. Pero, por encima de todo, lo que a Alex le encantaba era cómo se sentía cuando estaba junto a ella. Verse reflejado en sus ojos le hacía sentirse el hombre más feliz de la tierra.

Haber llegado a esa conclusión, no le había resultado nada fácil.

No haber podido convencer a Stephanie para mantener una relación con las condiciones que él pusiese, no le había hecho desistir en su idea de protegerla ahora que entraban en la fase más peligrosa de su misión. Si acaso, esa idea se había reforzado.

Tras la conversación que había mantenido con el jeque Darin ibn Shakir, no le quedaba ninguna duda de que el doctor Birkenfeld estaba más y más desesperado a medida que el tiempo pasaba. Puesto que los hombres desesperados suelen tomar medidas desesperadas, la preocupación de Alex por la seguridad de Stephanie no era infundada. Pensar que algo pudiera sucederle a Stephanie le revolvía el estómago. Se preguntaba si su pérdida de objetividad podría poner en peligro la misión.

Empezó a repasar meticulosamente el plan que debían seguir durante el resto del día para levantarle la moral a Stephanie.

-Primero iremos al centro a recoger el dinero que Darin nos ha enviado desde el club.

Alex sonrió sombríamente.

-Resulta irónico saber que los cinco mil dólares que guardaba el club para esta misión es el mismo dinero que Natalie robó a aquellos con los que nosotros estamos a punto de cerrar un negocio.

Stephanie asintió.

-Afortunadamente ahora ese dinero podrá usarse para que los bebés vuelvan a reunirse con sus madres o facilitar adopciones legales a todas aquellas parejas que se vieron involucrados en esta trama sin siquiera saberlo.

-Pero lo primero es lo primero -le recordó Alex-. He concertado nuestra cita con Larry a las siete porque quiero que todos los empleados de la agencia de adopción estén fuera del edificio una vez que hayamos entrado en él.

Stephanie no hizo objeción alguna.

-¿Qué supone añadir el allanamiento de morada a mi lista de actividades criminales?

Alex sonrió, intentando darle ánimos.

-Sabía que podía contar contigo. Deberíamos marcharnos sobre las cinco. Así tendremos una ventaja de dos horas para colarnos en la oficina y recopilar toda la información que pueda confirmar que el doctor Birkenfeld proporciona ilegal-mente bebés robados a la agencia.

-Eso es pan comido.

A pesar de que Alex pensara que el que Stephanie se tomara tan a la ligera su seguridad personal decía mucho de su carácter, maldecía el día en que le había propuesto participar en una trama tan peligrosa. El tipo de gente que robaba bebés a madres indefensas no dudaría en matar a alguien que se interpusiera en su camino. Por mucho que lamentara tener que exponer a Stephanie al peligro, también sabía que ya era demasiado tarde para echarse atrás sin arruinar el resultado de la misión.

Se agachó y sacó de la cama un maletín. Abrió los cierres y lo posó sobre su regazo. Percatándose del grito ahogado que Stephanie dejó escapar al abrirlo, Alex le dedicó una sonrisa en señal de disculpa.

-No hay por qué correr riesgos innecesarios. Hay que estar preparado para todo.

Dentro del maletín se encontraba un revólver de un tamaño inferior a la mano de Alex. De hecho, aquello parecía un juguete en vez de un arma. Alex revisó el revólver para comprobar que estaba cargado y después apuntó a la pared. Un pequeño punto rojo apareció en la blanca superficie.

-¿Qué crees que estás haciendo? -quiso saber Stephanie.

-Asegurarme de que el láser funciona.

-¿Cómo ha llegado eso hasta aquí? -preguntó ella.

-No la traje conmigo, si eso es lo que estás pensando. Sólo te diré que el club tiene muy buenos contactos. Tenemos muy buenos amigos por todo el país.

Aunque Alex pensara que aquello le haría ver a Stephanie lo bien protegida que estaba, sus esfuerzos parecieron no tener ningún efecto sobre ella.

Le temblaban las piernas, así que decidió sentarse al borde de la cama.

-¿Realmente crees necesaria una pistola?

La expresión del rostro de Alex habló por sí misma.

-No te olvides de llevar la lista -le dijo, intentando cambiar de tema.

Alex se refería, naturalmente, al listado de nombres que Natalie les había proporcionado.

-Todo esto acabará muy pronto -le aseguró Alex.

Deseaba estrecharla entre sus brazos y hacerla olvidar aquella situación tan desagradable besándola hasta hacerle perder la cabeza. Stephanie le había dejado bien claro que cuando su misión terminara también lo haría su relación. Se negaba a que le hicieran chantaje para que contrajera matrimonio. Su padre le había enseñado bien la lección después de haberse casado cuatro veces y haber dejado cuatro viudas que se disputaban la herencia que él le había dejado a su único hijo.

-Muy pronto -repitió Stephanie de mala gana, agarrando el micrófono que debía ponerse para la cita con el destino que tenían esa tarde.

Al escuchar eso, Alex no pudo evitar asumir que ella estaba deseando volver a su anterior vida. Una vida ajena al peligro que suponía enfrentarse a criminales o al desprecio de un hombre como él. Lo que Alex no sabía era que, bajo esa fachada, Stephanie escondía el terror que le producía el volver a una vida que, sin él, estaría vacía.

Después de recoger el dinero que el club de ganado de Texas les había girado, procedieron a vigilar el despacho en el que Larry estaba redactando el contrato falso de adopción mientras pensaba en qué iba a gastarse la sustanciosa comisión que iba a sacar de aquella operación en tan sólo un par de horas. Aparcaron a una distancia prudencial para evitar ser detectados.

-¿Sabes qué? Si tenemos éxito, parejas como nosotros se verán forzadas a tener que devolver a los bebés que han comenzado a amar como a sus propios hijos.

Alex suspiró. Las palabras de Stephanie estaban cargadas de una responsabilidad que él se negaba a asumir.

-Eso no forma parte de nuestro cometido, Steph. Al menos nos queda el consuelo de saber que Natalie consiguió medio millón de dólares que puedes servir para hacer que esos bebés se reúnan con sus verdaderas madres y ayudar a otras parejas a llevar a cabo adopciones legales.

Stephanie tuvo que conformarse. Ambos estaban sorprendidos y preocupados por el hecho de que Larry se encontrara aún en su despacho después de que se hubiera terminado la jornada de trabajo. A las cinco y media se marchó del edificio con una rubia explosiva agarrada de su brazo. Alex les observaba con un par de diminutos prismáticos. La mujer llevaba una prenda blanca colgada de su otro brazo. Cuando la dejó en el asiento trasero del coche de Larry, Alex pudo ver que se trataba de un uniforme.

-¿Qué te apuestas a que ella va a ser la enfermera que Larry ha prometido llevar a nuestra cita?

-No ha hecho muy buena elección -murmuró Stephanie, recordando que aquella rubia era la misma que les había atendido como recepcionista la primera vez que habían acudido a la agencia.

Esperaron hasta asegurarse de que el lugar estaba desierto. Después, Alex sugirió bordear el edificio. Sacando un pequeño estuche de su bolsillo, Alex consiguió forzar la cerradura de la puerta de atrás con tal precisión que Stephanie pensó que aquélla no era la primera vez que él hacía algo así. Un momento después, la puerta se abrió.

Cuando Alex se dispuso a encender el ordenador, Stephanie se sacó del bolsillo el listado de nombres. Mientras él intentaba acceder a los ficheros electrónicos, ella empezó a rebuscar en los archivos en papel. El número de archivos físicos era muy pequeño. Pero si en alguno de ellos aparecía alguna pista que relacionara los certificados de nacimiento de los bebés con los de la lista que Natalie les había proporcionado, tendrían las pruebas necesarias para denunciar ante las autoridades la red ilegal de adopción. Sin embargo, el hecho de que Alex tuviera dificultades para acceder al sistema informático, les hizo creer que allí era donde se encontraban los ficheros buenos.

-Comprueba los cajones del escritorio para ver si hay algo que pueda parecerse a una contraseña -dijo Alex, mirando su reloj.

¿Podrían tener la respuesta delante de sus narices? Stephanie examinó la única fotografía que había en toda la habitación que no retrataba la familia de Larry. En ella, Larry aparecía apoyado sobre los hombres de quienes parecía un buen amigo. La fotografía aparecía firmada y fechada en una esquina.

-¿No me habías dicho que el doctor Birkenfeld se llamaba Román?

-¡Hurra! -contestó Alex, aún inmerso en su búsqueda.

Al ver el barco frente al cual la fotografía había sido tomada, Stephanie tuvo una corazonada. ¿Podría alguien ser tan cruel como para alardear de una lujosa embarcación que había sido financiada por los beneficios procedentes de la venta de bebés? Aquel presentimiento le reveló qué tipo de hombre era Román Birkenfeld.

-Prueba con R.B. Baby -sugirió Stephanie al ver el nombre que aparecía impreso en el barco.

-¡Bingo!

Stephanie no podía apartar la mirada de aquella inquietante fotografía.

-Si no logramos conseguir alguna prueba concreta, me temo que el doctor se saldrá con la suya de nuevo.

El frenético sonido de las teclas que Alex pulsaba ponía de relieve la rapidez con la que llevaba a cabo su búsqueda. Desgraciadamente, ninguno de los nombres de la lista de Natalie coincidía con los registros existentes.

-Desafortunadamente, acceder a estos archivos parece ser más

complicado que forzar la puerta de atrás -murmuró Alex-. No podemos permitirnos llegar tarde a nuestra cita. Si se huelen algo, podemos echar a perder toda la operación.

-Eso sólo nos deja dos opciones -respondió ella-. Puedes regresar al hotel para asistir a la cita con Larry y su enfermera mientras yo me quedo aquí buscando los ficheros. O, si lo prefieres, podemos hacer lo contrario.

Su decisión no tuvo nada que ver con quién era mejor actor de los dos. Alex simplemente no concebía dejar a Stephanie a solas con Larry. Creyendo que ella estaría más segura frente a un ordenador que frente a una pareja de criminales, escogió la primera opción.

-Volveré al restaurante del hotel y les diré que estás haciendo unas compras de última hora porque quieres que el viaje de regreso a casa resulte lo más cómodo posible para el bebé. A las siete menos cuarto habrá un taxi esperándote en el semáforo que hay al final de la calle. Tanto como si has encontrado alguna prueba como si no, tomarás ese taxi de vuelta al hotel. Supongo que Larry estará tan emocionado con el dinero que no le importará lo más mínimo que llegues un poco más tarde.

Stephanie instó a Alex a que le cediera el sitio antes de que les pillara el toro a los dos.

Alex refunfuñó.

-Esto me da mala espina. Odio tener que dejarte sola, pero...

-Vete -le dijo Stephanie-. Mientras copio los ficheros puedes ir firmando toda la documentación que puede incriminar a todos esos criminales para que pronto acaben entre rejas. Estamos aquí por eso. No pierdas ni un minuto más preocupándote por mí. Estaré bien.

-Tengo el teléfono móvil encendido por si acaso sucede algo. Haz lo mismo con el tuyo -insistió él, evitando cortar por completo la comunicación entre ellos.

El valor de Stephanie había hecho que Alex se hubiera rendido a sus pies. El porqué pensaba que no podría seguir viviendo sin la compañía de esa mujer, era un pensamiento estúpido que escapaba a su razón. Tenía intención de decírselo para poner las cosas en su sitio, estar en paz consigo mismo y su corazón. Lo haría tan pronto como su misión hubiera terminado.

Ahora, sin embargo, no era el momento más adecuado para demorarse. No cuando la vida de un bebé estaba en juego.

Capítulo Doce

Stephanie había conseguido copiar la mayoría de los archivos cuando oyó que la puerta se abría. Pensando que era Alex, empezó a llamarle, pero el sonido de una aguda sonrisilla la paralizó antes de que pudiera abrir la boca.

-Siento haber sido la culpable de haberte entretenido tanto y que hayas olvidado tus papeles. Me alegra mucho que, con la parte del dinero que le corresponde de esta operación, Román pueda quitarse a sus acreedores de encima.

-Si realmente lo usara para eso...

Stephanie reconoció que la segunda voz era la de Larry. Antes de apagar la luz, miró la pantalla del ordenador.

Sesenta y ocho por ciento de los archivos copiados.

-Me temo que la tendencia a apostar de mi amigo es comparable a su tendencia a la violencia. Y ambas ponen en peligro nuestro negocio. Éste será el último favor que le haga a mi viejo amigo. Después de esta noche, habré terminado con todo esto.

-No me creo que vayas a ser capaz de abandonar un negocio tan lucrativo como éste. Si lo haces, sabes que no podrás mantener el estilo de vida al que tu mujer y tu familia se han acostumbrado tan rápido.

-Mis días de abogado en este tipo de operaciones fraudulentas han terminado -le contestó con sequedad-. Está mal decir que la señora Pérez lo fastidió todo, pero lo hizo. Si Román sabe mirar por su propio bien, deberá reducir sus ganancias y olvidarse de todo esto mientras aún esté a tiempo.

Stephanie echó un vistazo a la pantalla del ordenador, tratando de contener el aire en sus pulmones para evitar el riesgo de hiperventilarse. Las voces procedentes del pasillo estaban cada vez más cercanas.

Ochenta y siete por ciento de los archivos copiados.

-Lo que está planeando hacer es encontrar a esa zorra y cortarle la garganta después de arrebatarle el dinero que nos robó. No me gustaría estar en su pellejo cuando Román le ponga las manos encima. Apuesto a que la hará sufrir bastante antes de matarla.

Stephanie tenía la boca seca. El corazón le latía con fuerza.

Cien por cien de los archivos copiados.

Apagó el ordenador agarrando el disquete al mismo tiempo.

-Si sabe lo que le conviene, pagará a sus acreedores y saldrá del país antes de que alguien pueda localizarle y le relacione con la muerte del doctor Belden. Lo más razonable que puede hacer es navegar alrededor del mundo en el anonimato como yo mismo tengo intención de hacer.

La voz de Larry podía oírse justo por debajo de la puerta.

Stephanie se metió debajo del escritorio justo cuando la puerta se abrió. Se le heló la sangre al pensar que estaba haciendo demasiado ruido al respirar.

-Dejé toda la documentación encima de tu escritorio -dijo la mujer con voz petulante-. Por supuesto, considerando lo que hicimos antes de marcharnos, supongo que tendré que perdonarte por haber dejado caer los papeles al suelo.

A Stephanie le preocupaba que el latido de su corazón pudiera descubrirla. Debajo de su rodilla izquierda se encontraban los papeles que habían venido a recoger. A través de la luz del atardecer que se filtraba por la ventana, Stephanie podía ver la huella del pie de un bebé impresa en tinta negra contra la primera hoja de aquellos papeles.

Los alejó de ella todo lo que pudo sin llamar la atención.

-Aquí están -chilló Mary, recogiendo los papeles del suelo.

Cuando la mujer se agachó a recoger los papeles, Stephanie sólo pudo verla parcialmente.

-¿Estás seguro de que no tenemos tiempo de echar un polvo rápido antes de salir para el Eureka? -le susurró.

-Tengo que decirte, querida, que por el bien de los dos nuestra relación ha terminado. Cuando Román venga a recoger la parte que le corresponde de este trato, tengo intención de dejarte en sus manos. Viendo que tienes la misma opinión que él, está en vuestras manos seguir o no con este negocio. Mira a ver si puedes convencerle de que salga de Las Vegas lo antes posible. Una vez que nuestra joven pareja llegue a la enfermería y descubra que no hay ningún bebé esperándoles, no hace falta que te cuente qué es lo que harán, ¿verdad?

-Tú te lo pierdes -respondió Mary, más perturbada por su rechazo que temerosa de las posibles consecuencias.

-Confía en mí. Será mejor que no lleguemos tarde a nuestra cita. Nuestro cliente no parece ser un hombre acostumbrado a esperar por nada. Será mejor que nos marchemos.

A Stephanie le estaban dando calambres en los músculos, pero no se atrevía a moverse. Podía ver claramente los pies de ambos mientras se dirigían hacia la puerta. Por la conversación que acababa de escuchar, Stephanie sospechaba que mientras que Larry estaba deseando escapar de todo aquello mientras pudiera, Román Birkenfeld tenía intención de vengarse. Mientras Birkenfeld anduviera suelto, Natalie estaría en peligro.

Desde su extraña posición estratégica, Stephanie vio que la puerta se abría. Al verlo, casi lloró de alegría. Al oír el sonido de la puerta al cerrarse, empezó a temblar incontrolablemente al darse cuenta de que estaba a salvo.

Fue en ese mismo instante en que el teléfono móvil que llevaba

en el bolsillo sonó.

***

Algo iba mal. Mucho antes de que su reloj le confirmara aquel hecho, Alex se había sentido angustiado por un mal presentimiento. Que Stephanie no contestara a su teléfono móvil, le impedía quedarse quieto. Mientras caminaba hacia el restaurante podía verse que Alex en aquel momento era igual de peligroso que un oso enjaulado.

-¿Dónde están? -dijo en voz alta.

Si Larry y su enfermera no aparecían en un minuto, Alex iba a tener que elegir entre salvar su misión o volver a por Stephanie. Alex se dirigió hacia la puerta antes de que hubiera pasado ese minuto.

Elegido para llevar a cabo esa misión por sus compañeros de club por su capacidad para mantener la calma bajo coacción, Alex palideció al ver el coche de Larry aparcado enfrente del edificio de la agencia de adopción.

Llegó hasta la puerta principal corriendo. Que la puerta no estuviera cerrada con llave sólo intensificó su preocupación mientras caminaba por el oscuro pasillo que conducía hasta el despacho en que había dejado a Stephanie.

La ira le cegó al verla amordazada y atada a una silla. El micrófono le colgaba de la camisa que parecían haberle rasgado. Con la camisa rota y medio abierta, Stephanie revelaba mucho más de lo que Alex quisiera que nadie viera de la mujer que amaba. Al verlo, Stephanie abrió los ojos como platos. Nunca antes la razón y la compostura le habían abandonado. Y menos al mismo tiempo. Le costó muchísimo contenerse para no irrumpir en la habitación y liberarla sin evaluar la situación.

-Y ahora, ¿qué hacemos con ella? -preguntó la rubia que se apoyaba contra el escritorio de Larry. La agudeza de su voz crispaba los nervios de Alex.

-¿Qué sé yo?

Ocultándose tras la pared, Alex se movió lentamente hacia delante. Tenía tan arraigados los conocimientos que había adquirido en el FBI, que no necesitaba pensar cuál sería su próximo movimiento.

-Pongámonos en contacto con Román. El sabrá qué hacer. Seguramente estará encantado de tener un rehén.

En la voz de Larry podía percibirse el pánico.

-Esto se nos está yendo de las manos. Nunca he tenido intención de participar en un secuestro.

Mary se burló de él.

-¿Entonces qué crees que hemos estado haciendo todo este tiempo? ¿Acaso piensas que era la cigüeña quien nos proporcionaba

todos esos niños?

-¡Cállate!

Aprovechando aquel momento de tensión, Alex irrumpió en la habitación pistola en mano. Mary gritó. Larry empezó a maldecir y se colocó detrás de Stephanie. Ella no estaba en posición de hacer nada excepto asegurarle con la mirada que no estaba herida, sino asustada. La marca que tenía en la mejilla indicaba que Larry le había propinado una bofetada, pero no parecía que le hubiera hecho ningún daño.

El instinto de supervivencia hizo que Larry rodeara con sus manos el cuello de Stephanie.

-Suelta la pistola y no me veré obligado a tener que romper en dos el cuello de tu preciosa mujer-cita -gruñó.

-Apártate de ella o te mataré -respondió Alex.

Larry palideció.

-Se ha terminado -le dijo Alex-. Si colaboras con la policía quizá tengas la oportunidad de conseguir un trato de favor en el juicio. Un abogado como tú no debería tener problema para obtener una reducción de sentencia. A quien de verdad queremos es a Birkenfeld, no a ti. Ni tampoco a ti.

Alex señaló a Mary con su pistola.

-Ambos tenéis serios problemas, pero no hay nada por lo que merezca la pena morir. ¿Por qué no convences a tu amigo de que lo deje? Dile que todo ha terminado.

Pero Mary no era una mujer demasiado razonable.

-¡Mátala ahora que puedes! -gritó ella.

Las manos de Larry se deslizaron desde el cuello de Stephanie hasta el respaldo de la silla. Agarrándolo de ambos lados, volcó la silla hacia un lado e intentó ponerse a salvo corriendo hacia la puerta. Al caer, Stephanie se golpeó la cabeza contra un lado del escritorio. Un instante después, perdió el conocimiento.

Mary corrió en dirección opuesta. El sonido de las sirenas de policía que se oían fuera del edifico no disuadió a Alex de seguir persiguiendo a Larry. Cuando vio que Stephanie no contestaba su teléfono móvil, había llamado a emergencias. Sospechaba que, en esos momentos, la enfermera ya había sido apresada por la policía.

Pero la preocupación de Alex era no dejar escapar a Larry. No tenía ninguna duda de que el abogado delataría a su propia madre si eso significaba obtener una reducción de su condena. Por primera vez en su vida, Alex buscaba venganza. La huella impresa en la mejilla de Stephanie le provocaba un sentimiento de venganza que jamás había conocido antes.

Alex saltó por encima del escritorio y salió corriendo tras Larry. En menos de doce zancadas, le dio alcance. Viéndose acorralado, Larry se giró y le lanzó un puñetazo que Alex fue capaz de esquivar.

Después, con el talón izquierdo, le propinó un golpe de efecto en la barbilla. Que Alex supiera artes marciales pilló a Larry por sorpresa. Larry cayó hacia atrás y quedó inconsciente en el suelo.

Todo había acabado casi antes de haber empezado.

Stephanie recuperó la conciencia en los brazos de Alex. La miraba tan dulcemente y sus ojos reflejaban tanta preocupación, que pensó que estaba soñando. Le dolía muchísimo la cabeza y le costó darse cuenta de que la sangre que le caía del brazo era la suya.

-Antes de que vuelvas a hacerme creer que te has muerto, tengo algo importante que decirte -le dijo Alex.

-El disquete está en mi bolso -murmuró-. Donde quiera que esté.

Lentamente, empezó a darse cuenta de que había un montón de agentes de policía alrededor. Y también detrás de Alex había un enfermero que no dejaba de mirarla.

-Olvídate del maldito disquete. Eres tú quien me preocupa.

La frustración de su voz no evitó que la estrechara fuertemente contra su cuerpo. El sonido de su corazón tranquilizó a Stephanie, que deseó poder quedarse allí para siempre.

-Si muriera en este instante, moriría siendo una mujer feliz -le dijo honestamente.

Alex le agarró la mano mientras ella le apartaba de la frente un mechón de pelo. Se sintió aliviada al ver que sobre aquel bello rostro no había ni una sola cicatriz.

-No hables así. No vas a morirte.

-Pueden continuar esta escena tan emotiva de camino al hospital -les dijo el enfermero.

-Sólo un minuto -respondió Alex al enfermero, lanzándole una mirada que hubiera paralizado a un ejército entero-. Lo que quiero preguntarte es...

Alex se detuvo. La miraba tan fijamente a los ojos que Stephanie sospechó que podía ver en ellos el reflejo de su alma.

-¿Quieres casarte conmigo?

Stephanie se sintió tan mareada que pensó que realmente iba a morir antes de poder contestarle. Se preguntó si estaba delirando. Débilmente alzó la mano y dirigió la atención de Alex hacia el anillo que lucía en su dedo anular.

-Sólo si esta vez es de verdad.

Alex se las apañó para poder besarla antes de que el enfermero lo apartara de su lado y llevara a su ya prometida hacia la ambulancia que les esperaba.

Epílogo

Cayó el telón. Los aplausos resonaban en el teatro del instituto de Texas. De hecho, algunos de los asistentes se emocionaron tanto que incluso sacaron los pañuelos de sus bolsillos. La mayoría eran familiares de los actores, pero, aun así, los alumnos habían hecho un magnífico trabajo. Aunque no fuera una obra para ser representada en Broadway, era la representación más memorable que jamás se hubiera hecho del maestro Shakespeare sobre un escenario tan destartalado.

Cuando el telón se abrió por última vez para mostrar a los actores agarrados de la mano, la audiencia se puso en pie y les rindió ovación. Romeo y Julieta se levantaron de su lecho de muerte y saludaron al público haciendo una reverencia. Un pequeño diamante brillaba en la mano de Launa Beth. Para aquellos que les conocían, no fue una sorpresa saber que Launa había aceptado la proposición de Junior esa misma noche justo antes de que se abriera el telón. El próximo otoño, cuando ambos empezaran la universidad, lo harían siendo marido y mujer.

Como bien sabía Shakespeare, el amor tiene muchas caras. La máscara que Launa había llevado durante los ensayos previos a la actuación de esa noche, había ocultado sus verdaderos sentimientos hacia el chico que le había robado el corazón.

Stephanie y Alex bien podían identificarse con ellos. Ambos habían regresado a Texas sin las máscaras que habían utilizado durante años para ocultar sus verdaderas identidades.

Hacía tan sólo unas semanas que creían que el amor no era más que unos bonitos versos reunidos en un panfleto escrito por un dramaturgo con la intención de vender entradas para ver su representación. La idea de que unos amantes estuvieran dispuestos a sacrificar sus vidas por el bien del otro era para ellos algo abstracto.

Aquel día, mientras Stephanie recibía un bonito ramo de rosas de manos de sus agradecidos alumnos, subió al escenario siendo una mujer nueva. El cambio en la bibliotecaria era tan espectacular que algunos de los espectadores se preguntaron si la exquisita criatura que agradecía los aplausos del público era realmente la señorita Firth que ellos conocían.

Pero, en realidad, no lo era.

Aquella mujer había cambiado de vida y de nombre al convertirse en la feliz señora de Alexander Kent. La boda que habían celebrado en Las Vegas antes de regresar a Texas era tan real como el anillo que Stephanie lucía en su mano. Alex le prometió celebrar una ceremonia civil oficiada por un juez de paz en la intimidad de la extravagante iglesia que su novia quiso elegir. Para celebrar el comienzo de su nueva vida en común, Stephanie quiso que sólo

familiares y amigos les acompañaran en ese día.

La madre del alumno que representaba a Mercutio, le dio un codazo a su compañero de butaca.

-Me resulta imposible creer que ésa sea la misma mujer que cataloga los libros en la biblioteca.

-Está mucho más guapa -afirmó el hombre, ignorando el codazo que le había propinado la mujer.

Sheihk Darin ibn Shakir, el viejo amigo de Alex, parecía estar fuera de sitio en aquel lugar. Midiendo casi dos metros, aquel hombre estaba rodeado de un halo de misterio que atraía la atención de todas las asistentes. En ello también influía que llevara la negra melena recogida en una coleta, una perilla perfectamente recortada y que luciera un pendiente de oro que contrastaba con el dorado de su piel. Además, a pesar de que podría haberse encontrado como en casa luciendo la típica indumentaria de Oriente Medio, esa noche iba todo vestido de negro.

Sin embargo, él no parecía ser consciente del furor que había causado entre las mujeres allí presentes. Él se encontraba allí por trabajo, un trabajo aún por concluir. Tenía intención de acribillar a su amigo Alex a preguntas para poder obtener hasta el más mínimo detalle que pudiera ayudarle a seguir la pista de Birkenfeld para ponerle al fin entre rejas. Tenía planeado estar de regreso en Las Vegas antes de que amaneciera.

Entre sollozos, la directora teatral le hizo un gesto a su marido para que subiera con ella al escenario. Él lo hizo de mala gana. Cuando cayó el telón, Stephanie le susurró a Alex al oído:

-Ahora que hemos terminado esta producción, me gustaría poner en marcha una nueva enseguida.

Alex parecía perplejo.

-Pensé que habías decidido tomarte un descanso hasta finales de curso.

Stephanie le dedicó una enigmática sonrisa. Agarrándole una mano a Alex, la posó sobre su vientre.

-Me refería a la nueva producción de un bebé. O mejor, un montón de ellos, si es que queremos llenar esa casa que me has obsequiado como regalo de bodas.

Alex la miró fijamente. Estaba encantado con la idea. Tomándola entre sus brazos, le susurró al oído:

-He oído que eres una directora muy exigente. Supongo que tendremos que ensayar hasta altas horas de la madrugada.

Reconociendo aquella mirada lujuriosa, Stephanie le respondió con dulzura:

-Ambos tendremos que someternos a unos horarios muy estrictos.

Aunque su tono de voz pudiera resultar guasón, sus ojos

reflejaban su sincero deseo de tener niños. El amor que sentía por su marido se multiplicaba día a día.

Stephanie miró al hombre que había hecho que se cumplieran los sueños e intentó evaluar cómo se sentía ante la idea de convertirse en padre. Stephanie siempre había querido tener hijos, pero sin marido aquella idea era totalmente irrealizable. Ahora esperaba que la difícil infancia de Alex no resultara un problema para crear su propia familia.

Alex esbozó una sonrisa.

-¿Dónde tengo que firmar? -preguntó-. Me gustaría poner todo mi talento al servicio de semejante producción. Pero, eso sí, con una condición.

Stephanie exageró un suspiro.

-¿Y qué tipo de condición va a poner ahora el protagonista del show?

-Que la producción tenga un final feliz. No más tragedias.

Stephanie no podía estar más de acuerdo. Había presenciado demasiadas tragedias a lo largo de su vida. Ahora estaba preparada para vivir el final feliz que había buscado durante años en los libros y en los escenarios. A pesar de que en la vida, los cabos sueltos no quedaban tan bien atados como en los finales de Shakespeare, Stephanie estaba comprobando que el verdadero amor puede conquistarlo todo. Y a pesar de que el doctor Birkenfeld estuviera aún en paradero desconocido, Stephanie estaba segura de que una vez que sus cómplices, Mary Campbell y Larry Sutter, declararan ante las autoridades, el buen doctor no tardaría mucho en ser apresado.

Alex aseguraba que Darin, uno de sus compañeros de club, se dirigiría a Las Vegas a la mañana siguiente para que ellos pudieran disfrutar de una larga luna de miel libres de preocupaciones y peligros.

Tal y como Launa y Junior tendrían que esperar hasta después de su graduación para anunciar su compromiso, el doctor Birkenfeld tendría que esperar hasta que llegara su hora.

Cuando Alex estrechó a su esposa para besarla apasionadamente ante los aplausos del reparto de actores, Stephanie se percató de que aquello no era un final feliz, sino el inicio de una vida nueva y maravillosa en la que ambos, juntos, escribirían el guión.

FIN